

# La Esfera

AÑO XVII.—NÚM. 837

MADRID, 18 ENERO 1930

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



La Princesa María José de Bélgica y el Príncipe Humberto de Saboya después de la ceremonia de su enlace, que se celebró en Roma con verdadera brillantez, y que tuvo, no sólo la solemnidad de un gran acto oficial, sino también el apasionado fervor y el júbilo efusivo del pueblo

(Fot. Felici)



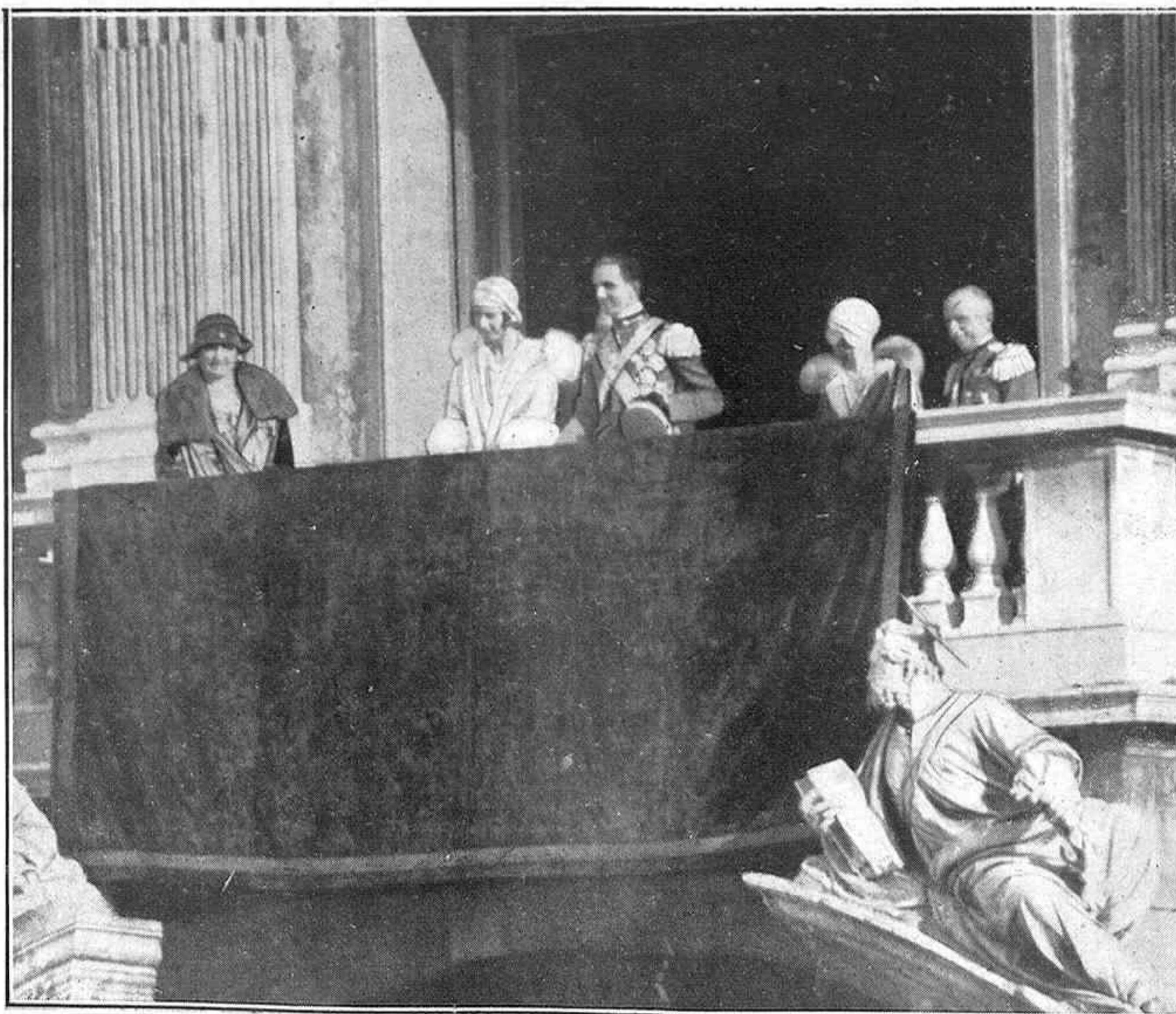
# LA BODA DEL PRINCIPE HUMBERTO

## ENTUSIASMO LEGITIMO



La Princesa María José de Bélgica, al llegar á Roma, donde fué recibida con el máximo entusiasmo

**D**IFÍCIL sería encontrar, entre las familias reinantes, ninguna que goce y merezca más universales simpatías que la soberana de Bélgica, y quizás sería más difícil aún encontrar princesas que superasen en atractivos morales compatibles siempre y particularmente en ella á la princesa María José. Aun sin tanto, sería perfectamente lógico el entusiasmo con que en Italia, y singularmente en Roma, ha sido acogida la boda del príncipe Humberto. Siempre fué preocupación de reyes y de pueblos asegurar la continuación de sus dinastías, y el príncipe italiano, tan popular en su pueblo, resultaba en el caso actual el símbolo de esa continuidad mediante un enlace fruto de suprema selección. Así, el entusiasmo delirante con que la familia real belga, y sobre todo la Princesa María José, ha sido recibida en Roma, es una manifestación muy expresiva de sentimientos populares



La Princesa María José, con su prometido, saludando, desde un balcón del Palacio Real, al pueblo romano (Fots. Agencia Gráfica)

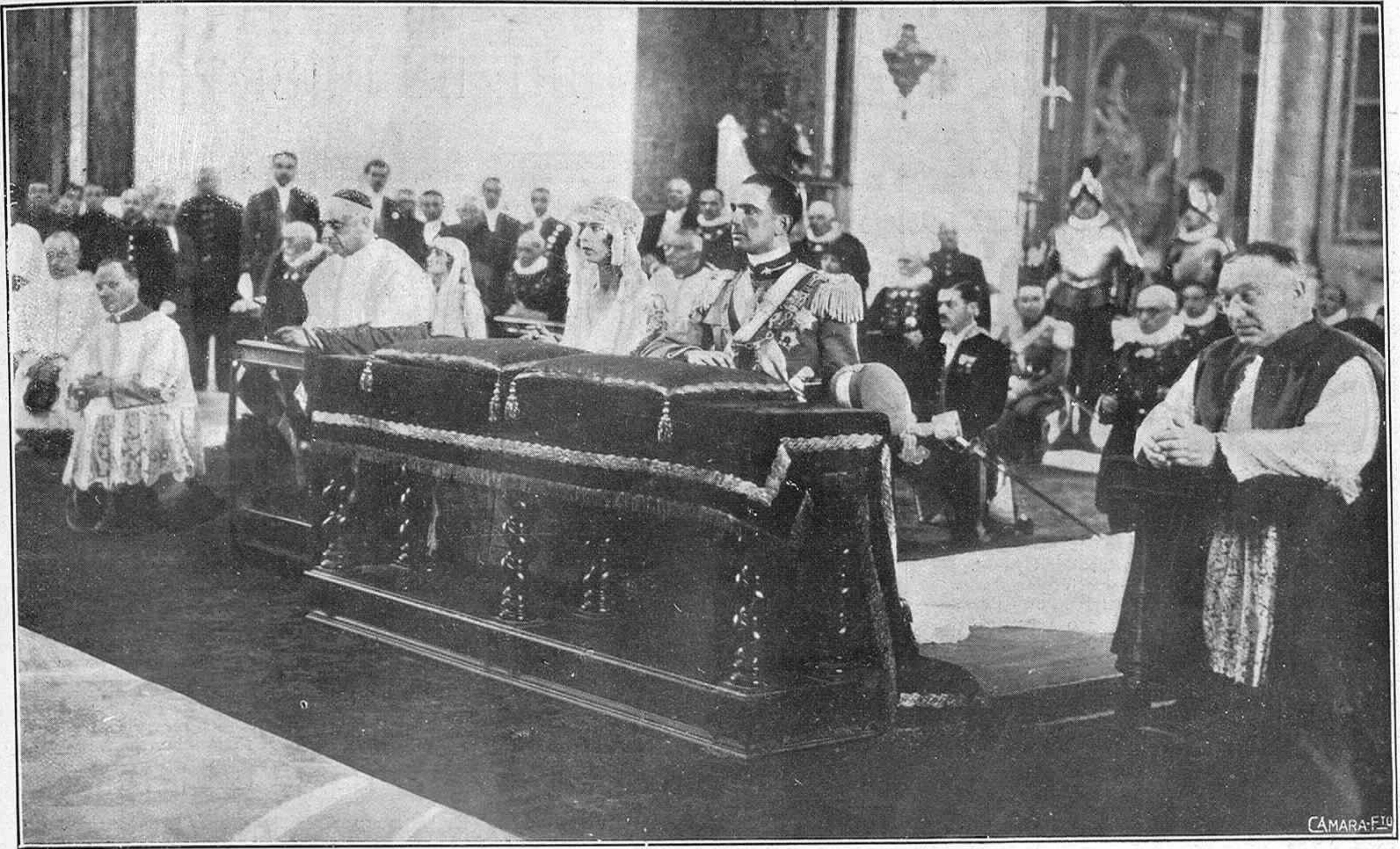
muy hondos. Todo hace suponer que ante los nuevos esposos se abre un amplio horizonte de felicidad, que ha de ser á la vez motivo y reflejo de las bienandanzas del pueblo italiano. Los Príncipes merecen que así sea é Italia también.

Italia, además, espera del enlace de su Príncipe heredero las máximas felicidades. Por eso ha recibido á la Princesa María José con el máximo rendimiento.

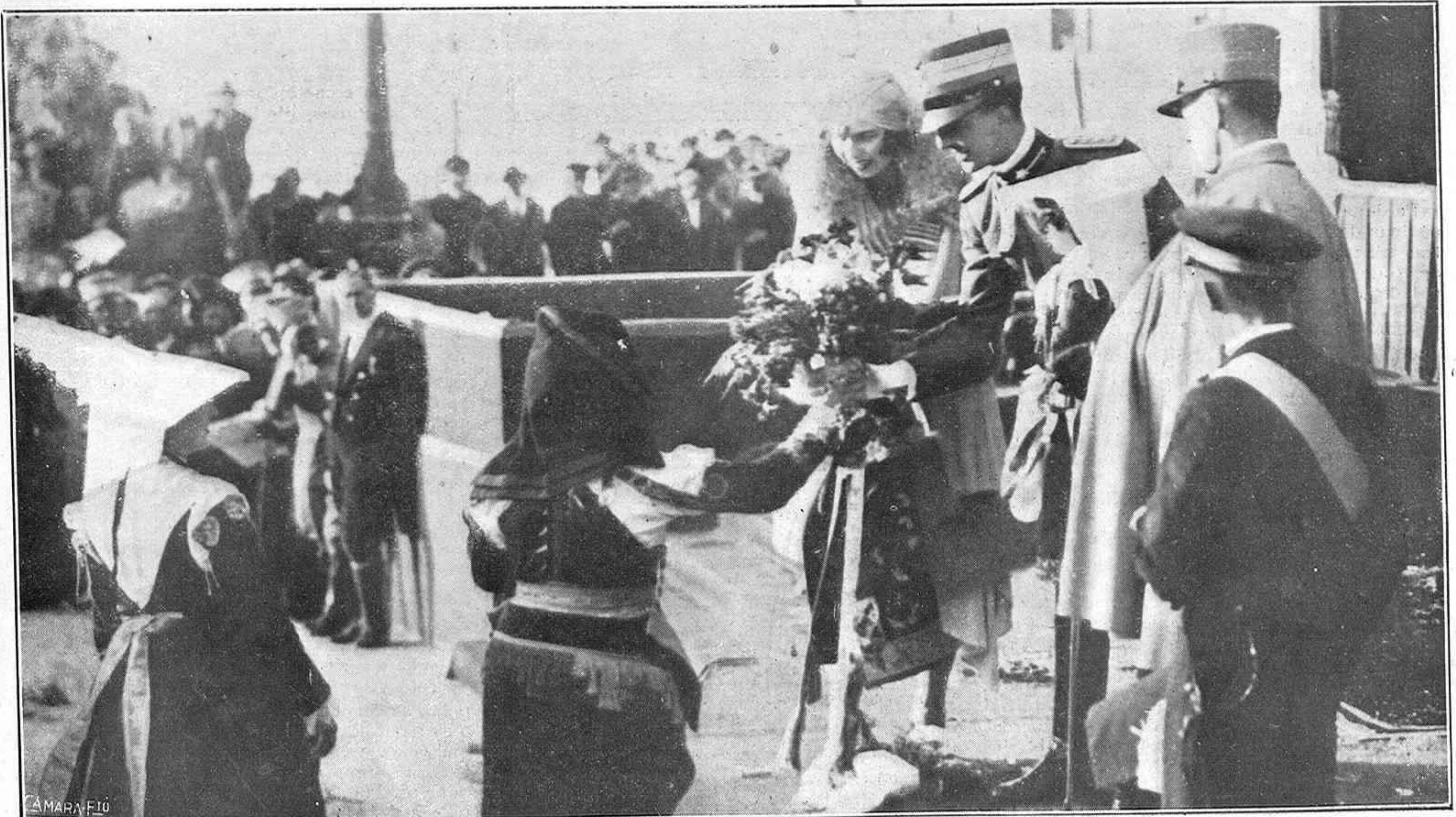
Todas las regiones del país han enviado representaciones, que han mostrado á la Princesa hasta qué punto toda la nación siente como los romanos que aclamaron á su futura soberana.

La Princesa María José ha podido sentir hondo regocijo ante tales manifestaciones de afecto. Si alguna melancolía pudo sentir al salir de su patria, habrá experimentado una gran emoción al ver cómo se abren los corazones italianos á la que habrá de ser su reina.





La Princesa María José y el Príncipe Humberto, arrodillados, después de visitar á S. S., ante el sepulcro de San Pedro



Las aldeanas de las diversas regiones de Italia, pintorescamente vestidas con los trajes tradicionales, ofrecen flores á la Princesa María José y al Príncipe



## DE LA VIDA QUE PASA

## LOS NIÑOS QUE TIENEN HAMBRE EN PUERTO RICO

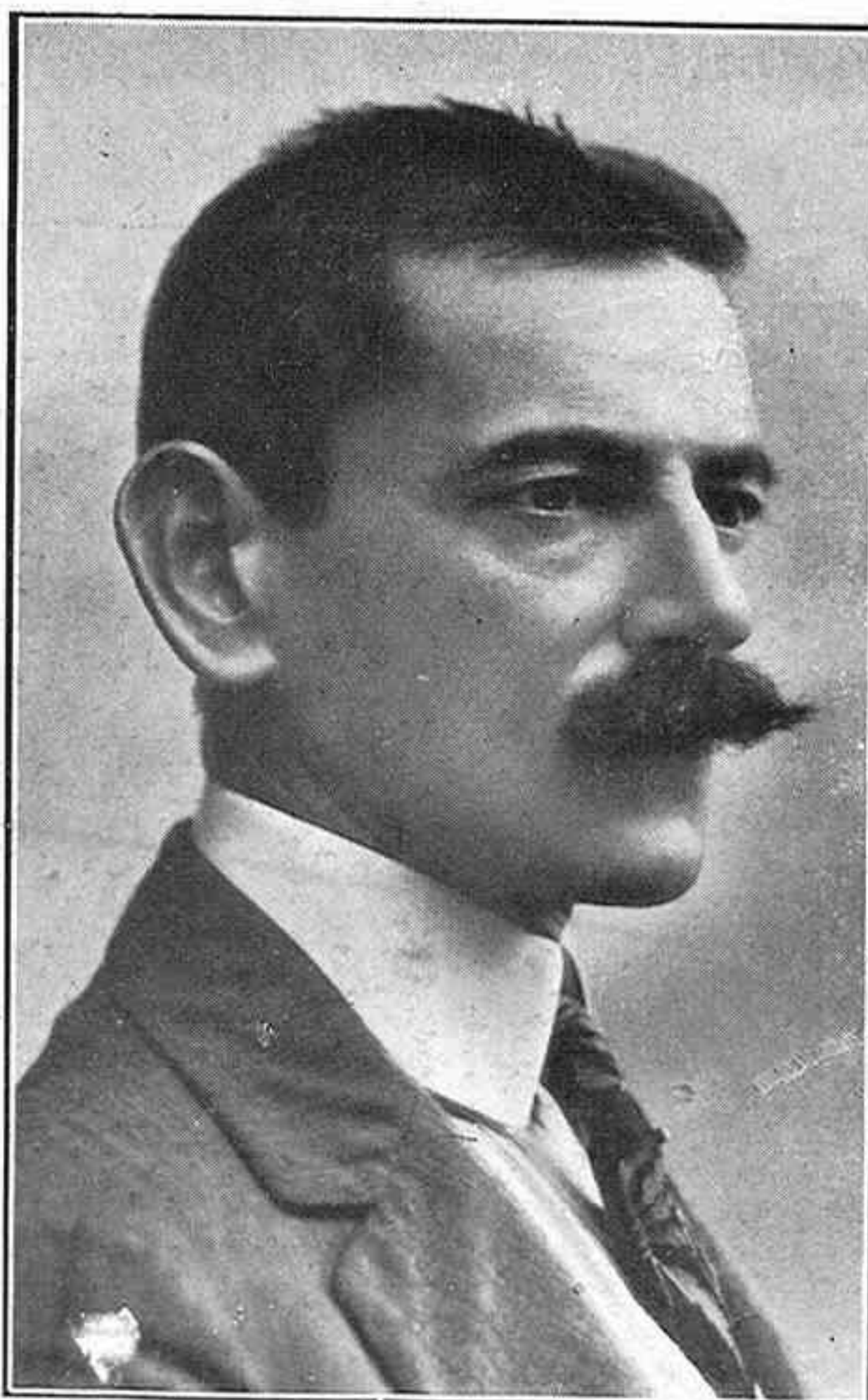
No ha repercutido en la Prensa madrileña —al menos, hasta el momento en que escribo esta página— la situación angustiosa de una tierra que fué de España, que conoció poco y explotó menos y olvidó prestamente, como quien quiere descargarse prestamente la conciencia de un fardo de arrepentimientos. Me refiero á la isla de Puerto Rico.

La situación es esta: «Hemos llegado ya— escribe el órgano del partido unionista, inspirado por el presidente del Senado, señor Barceló— á las lindes de la desesperación y al momento aquél en que no le es posible ya á un pueblo permanecer impasible, contemplando tranquilamente, casi criminalmente, la manera cómo se realiza el despojo inaudito de todo lo suyo y cómo se hunde en la miseria y cae en la ruina moral...»

Y he aquí la misma angustia expresada por otro diario portorriqueño, *La Democracia*: «... Acaparadas nuestras tierras más productivas; monopolizadas en cada localidad nuestra vida comercial y agrícola, y sometidos á la usura de los Bancos que con el interés que cobran por sus préstamos, y á un plazo perentorio, tienen siempre la espada levantada sobre el deudor; llevándose mar afuera, casi en su totalidad, el producto extraído de nuestro suelo, convertido en pingües dividendos, dejando sólo aquí un miserable salario, que dado el encarecimiento de nuestra vida, como resultado de la tarifa protectora del producto americano, no alcanza ni siquiera á llevar al hogar del trabajador lo preciso para las necesidades más perentorias de su vida...» Quede troncado el párrafo ahí, para que complete el cuadro un párrafo—escrito en *La Prensa*, de Nueva York: «Los campesinos portorriqueños, bajo el yugo de una situación de esclavitud industrial y económica sin paralelo en el mundo civilizado, siguen rindiendo invariablemente una considerable producción á las grandes Empresas extranjeras. Estas explotan los recursos naturales de la Isla, desde lejos, sin dejar allí sino los restos de una utilidad que se hace más desproporcionada á medida que aumenta la miseria del pueblo, que sostiene esas industrias.»

Perdona, lector apacible, que buscas en las páginas de LA ESFERA el honesto recreo de letras bien concertadas, de expresiones de arte, de erudición y de cultura, que yo turbe tus amedidades con este grito angustioso de un pueblo que se muere de hambre y se degrada en miseria. Al cabo, no creo que haya fuente de emoción —y la emoción es el origen del Arte y de la Literatura— como el dolor humano. Tanto más, cuanto, como en este caso, hay en nosotros un deber de recordar que este pueblo convivió con nosotros en una unidad nacional y se formó con la propia sangre de nuestras emigraciones. Posiblemente, en estas angustias de hoy existe un rezago de errores y responsabilidades nuestros.

El estrago del hambre en todo un pueblo y su ruina moral han llegado á tal extremo, que al desembarcar en la Isla un nuevo Gobernador —un Roosevelt, hijo de aquel enconado enemigo de España, organizador de legiones para luchar contra nuestros soldados, que llegó á Presidente de la República—, hubo de rendirse, afrentado, á aquella realidad y hubo de exponer sin recato á su Gobierno el mísero estado de los campesinos en los pueblos y de los obreros en las ciudades, sin refugios donde cobijarse, sin pan que comer... Los niños, obligados por la ley y la autoridad, á asistir á las escuelas, instaladas en edificios suntuosos, tienen los ojos enrojecidos de llorar su hambre... «No parecen seres humanos— escribe este Gobernador en su informe—; son pequeños esqueletos...»



DON JOSE DE DIEGO  
Ilustre político portorriqueño

Problema económico—responderán los espíritus impasibles—. Problema social—arguirán los sofistas—. Problema político—definirán los juristas y los leguleyos—. No; no. Problema de amor. Herido de esta angustia de su pueblo, murió no ha mucho el poeta José de Diego, que luchó bravamente con sus endecasílabos vibrantes, defendiendo á sus hermanos de la yanquilización en que agonizan. Se enseñaba inglés en las escuelas oficiales á los niños españoles, y el poeta abría escuelas españolas y fundaba liceos españoles, conservando la tradición de nuestra cultura y la integridad de nuestro pensamiento. Y luego, corría por los campos, predicaba en las aldeas, convirtiendo en emoción lírica, en inquietud espiritual la repulsión del borinqueño á desprenderse del pedazo de tierra, que era suyo, á cambio de un puñado de billetes de dólares, que bien pronto había de gastar. Murió el poeta y cayó en olvido y se deshizo aquella recia muralla de sonetos, de endechas tiernas, de décimas gimientes, de endecasílabos enardecedores que defendían y amparaban al pueblo, como el cerco de una fortaleza... Y el campesino, que cultivaba su pegujal y vendía el tabaco y la caña de su cosecha, pasó á ser bracero de la Empresa poderosa; bracero con un dólar de jornal, por tumbar caña todo un día, en competencia, bajo el sol del fuego, con el negro haitiano, jamaicano y dominicano, llevado en manadas, como en los tiempos de la ominosa esclavitud...

¡Oh, pero estos niños hambrientos, llorando su hambre en español en la escuela inglesa, cómo hubieran desgarrado el corazón del poeta!... Las colonias hispánicas residentes en los Estados Unidos, acogieron entusiastas la iniciativa de dos grandes periodistas españoles, Camprubí y Torres-Perona, que han extendido las manos, mendicantes, pidiendo á todos que se suscribieran con un *quarter*—la cuarta parte de un dólar—, para dar de comer á los niños hambrientos de las escuelas portorriqueñas, donde hay aulas suntuosas, piscinas y gimnasio y bibliotecas, pero donde faltan cantinas escolares. A este propósito, escribí estos días, en varios periódicos de provincias: «España, ¡qué lejos, qué ausente, qué desconocedora de todo esto...!» Yo no sé si en las lejanías y tibiezas que crea el olvido, habrá alguien que quiera recoger aquí aquella iniciativa... Unión Iberoamericana, Asociación de la Prensa, Cruz Roja, alguien más: pensad en el valor que tendrían, no los *quarter*, que aquí no los hay, sino unos millares de nuestras monedas de cuproníquel, recogidas entre los niños de las escuelas españolas, para remediar el hambre de los niños de las escuelas borinqueñas.

Aquí cada moneda informaría al donante de lo que fué Puerto Rico para la candorosa España; allí, cada moneda evocaría el recuerdo de un pasado, en que Puerto Rico, á pesar de los errores de una burocracia estúpida, fué feliz... Cada cuproníquel español, cada pedazo de pan pagado con una moneda española, cumpliría, no ya la obra de misericordia de dar de comer al hambriento, sino la misión augusta de defender la raza, porque este niño que gime de hambre en la escuela de Puerto Rico, mísero esqueleto al que la ley y la autoridad obligan á aprender inglés, aún sabe hablar español y piensa en español, y puede un día repetir las palabras del poeta José de Diego: «¡Queremos, no obras públicas, sino libertad y espíritu!» Ved qué enorme valor representativo puede llegar á tener un cuproníquel y ved si está justificado que yo turbe la quietud apacible de LA ESFERA, trayendo á sus páginas esta evocación del amor de España, que fué...

Para los Niños de Puerto Rico  
que pasan una crisis de  
verdadera hambre

¡Un quarter... o más...!

PUEDEN USTED DEPOSITAR SU DONATIVO  
EN LOS SIGUIENTES SITIOS:

LIBRERIA CERVANTES, Inc.	62 Lenox Ave.
LIBRERIA SANJURJO	143 W 116 St.
DANIEL CASTELLANOS, Inc.	1 South St., 46 W 116 St., 101 Lenox Ave.
YVARS Y CASASIN	45 Cherry St.
LIBRERIA GOMEZ	42-7a Ave.
LIBRERIA GALDOS	216 W 14 St.
VARELA BROS.	46 Lenox Ave., 1475-5a Ave.
JOSEPH VICTORI & CO	164 Pearl St.
VALENTIN AGUIRRE	82 Bank St.
LIGA PUERTORRIQUEÑA E HISPANA	36 W 115 St.
CLUB ESPERANZA	600 W 153 St.
PORTO RICAN BROTHERHOOD	34 W 115 St.
CASIANO CREDIT CLOTHING CORP	71 Lenox Ave.
HERNANDEZ MUSIC STORE	1735 Madison Ave.
CENTRO INTERNACIONAL DE AUXILIOS MUTUOS, Inc.	114 W 116 St.

## EN BROOKLYN

LOS HISPANOS	253 Adams St.
TEJERA BROS.	172 Columbia St.
BORINQUEN MUSIC HOUSE	142 Columbia St.
"LA CHAMBELONA"	50 Atlantic Ave.

## EN NEWARK

DANIEL CASTELLANOS Inc.	175 Ferry St.
-------------------------	---------------

## EN BAYONNE

RAMON GOMEZ	566 Ave C, Bayonne
-------------	--------------------

Los fondos serán enviados al gobernador Teodoro Roosevelt para que él pueda atender personalmente a los casos más desesperados en nombre de la Colonia de New York.



## E V O C A C I Ó N

## E L J A R D Í N D E L P O E T A

CAMINANDO despaciosamente en la noche clara, atravesamos todo el *Parque de María Luisa*, jardín extraordinario que un pueblo de poetas quiso ofrecer al mundo, como muestra acabada de sus muchos primores. No es, todo este vergel bonito y simpático, un parque modernista ni cosa que lo valga; es, sencillamente, un jardín andaluz con sus fuentes encendidas, sus pérgolas llenas de flores y sus macetas sevillanas luciendo un puñado de claveles. Hay también, bajo la sombra acariciadora de sus árboles, bancos de azulejos colocados con exquisito arte en los rincones del parque y en las anchas plazuelas del jardín. Pero, ahora, toda esta gran alfombra verde que es el orgullo de los sevillanos, aparece perfectamente iluminada con focos y bombillas de distintos colores, que al chocar unos con otros, en un extraño pugilato, reflejan una bella tonalidad en cada árbol, en cada flor...

Estos reflejos misteriosos que besan el jardín, se empeñan también en besar el rostro romántico del poeta andaluz, aquel gran soñador que se llamaba Bécquer, cuando á cuestas con sus versos por todo patrimonio, miraba el cielo azul de su Sevilla, la esbelta silueta de la *Giralda* y los rayos encendidos de su sol.

El poeta, desde su rincón, contempla los progresos de un pueblo inmortal, de una raza soñadora que al cabo de los siglos supo unir armoniosamente el pasado romántico y batallador y el presente activo y pujante de nuestro siglo. Porque no ha querido Sevilla—y esto es, sin duda, su mayor encanto—despojarse de sus tesoros evocadores; pero como es pueblo sazonado que quiere caminar con paso rápido y seguro por los anchos senderos del progreso, también ofrece al visitante las muestras rotundas de su ingenio. Y así, Sevilla presenta al juicio severo de los hombres dos aspectos bien distintos: el típico y castizo que nos obliga á pensar en Abderramán—Santa Cruz y Triana—y este otro que ahora nace al calor del gran Certamen Iberoamericano, barriada primorosa de un brillante porvenir. Mirándole con toda atención, el *Parque de María Luisa* siente el orgullo de ser sevillano y, en un esfuerzo supremo, se atavía con sus galas de fiesta, lanza á los cuatro vientos el perfume magnífico de sus claveles y deja en libertad salvaje, como un adorno más en su atavío, los pavos reales elegantes y presuntuosos, que al través del jardín se pasean con todo el empaque de un gran señor...

Bécquer, el poeta, recita cada noche, en esta soledad soberbia

de su jardín, las *rimas* inmortales y las bellas leyendas en las que el hombre dejó, prendidas para siempre, todas las ternuras de su alma soñadora y todas las bellezas de su corazón de poeta. Aquí, entre unos árboles tan viejos como el mundo, los versos del gran iluso nos sue-

nan á cristal. Y las fuentes sonoras de Sevilla, bajo su cielo azul, tienen el ritmo majestuoso de aquellas poesías que Bécquer, el sevillano, fué escribiendo á lo largo de su vida errante.

¿Fueron estos rincones del mundo los inspiradores del poeta? Tal vez; Sevilla es el último girón del Arte clásico, algo así como el relicario sentimental de una raza. Por esto mismo, en sus absurdas callejuelas vive el alma musulmana, con todo el cortejo de bizarras leyendas, creadoras, allá en la lejanía de los siglos, de un pueblo de guerreros y poetas de un país eminentemente artístico y gentil, tan gentil como lo es la espigada torre sevillana, la famosa *Giralda* que aún se yergue arrogante sobre hombres y cosas, para contemplar, a su gusto, la vida nueva.

Creció, á los pies de la torre, la ciudad y ella vió, desde su altura inmensa, todas las

grandezas de los árabes, sus luchas heroicas y sus progresos; vió cómo la raza pujante, en un bárbaro empujón, quedóse por dueña y señora de la serranía, del viejo Betis y del sol, este sol andaluz con el que á brazo partido tuvieron que luchar siempre las gentes de Tarik, porque sus rayos de oro se empeñaban en descubrir amores y venganzas, planes de guerras, leyendas inmortales, todo... Así, ellos, celosos de la luz, fueron creando una ciudad torcida y temblorosa, que á cada vuelta absurda de sus calles quería ocultarse de la mirada inmensa del sol...

En este ambiente de poesía y de belleza, nació un poeta de altos vuelos, un soñador que miraba á la vida con sus ojos claros, y sin fijarse en las ruindades del mundo, creyóse que la vida era un eterno soneto con estrambote... Y caminó á oscuras por la tierra; ciego á cuanto no fuesen sus versos, sus *rimas* dolorosas, sus leyendas de ensueño... Solitario siempre, errante con sus ideas, al margen de la vida que para él fué cruel, partió del mundo lo mismo que había venido:

«... sin pensar  
De dónde vengo, ni adónde  
Mis pasos me llevarán.»

Que así nos dice, en una de sus *rimas* geniales, este gran poeta sevillano que sólo tuvo de vida treinta y cuatro años, espacio inverosímil para cantar á un mundo con unos versos de cristal.

Ahora, lejos de las miserias de la tierra, en este apacible rincón, mira el poeta la vida que pasa, y cada noche, sigilosamente, recita sus poemas, que luego se esparcirán por este bello jardín que todo él es poesía...

LUIS RIJDAVETS DE MONTES



Fuente luminosa del estanque de los Leones, de noche, en la Exposición de Sevilla



Monumento á Bécquer en el Parque de Sevilla



## TEMPORADA QUE TERMINA Y



MARIA GUERRERO LOPEZ

La heredera legítima del ilustre nombre de María Guerrero, que ha de hacer una brillante campaña en el Español



CATALINA BARCENA

Cuyo alto prestigio, tan merecido, puede vivificar al Infanta Beatriz

DE aquellas temporadas de diez ú once meses que hacían antaño los teatros de Madrid, sólo queda como representación, un poco abreviada, la temporada de la Comedia: Tirso Escudero, fiel á su teatro y á su Compañía, se mantiene y la mantiene en él, y el público, un público un poco distinto tal vez del de aquellas grandes temporadas con Benavente, Rosario Pino, Matilde Rodríguez, Concha Catalá, Lolita Bremón, Morano, Valls, Pepe Rubio y Tallaví, se lo agradece y le apoya con asistencia, aplausos y risas, sin reparar si esto es mejor ó peor que aquello.

Los demás teatros se han declarado prácticamente enemigos de la centralización artística y se prestan á que por los escenarios madrileños desfilen las Compañías que antes, pasado, ya no obstante, el tiempo de los cómicos de la legua, no lograban nunca llegar á la villa y corte.

El sistema, como casi todas las cosas humanas, tiene sus ventajas y sus inconvenientes; la ventaja principal está en la variedad de artistas y aún de repertorios que sin esa feliz innovación no conseguiríamos disfrutar los madrileños; el inconveniente más grave en que así se favorece el sistema atomístico de

las Compañías macrocéfalas que, en el caso más favorable, tienen una sola figura, rodeada de figurillas, y no es posible que logren los conjuntos que autores y público tienen derecho á conseguir.

Otro inconveniente, de orden económico y se ha manifestado al hacerse ahora, al comenzar el año 1930 y hacerse el «relevo»—vale la palabra—en los grandes teatros. Algunos de ellos tenían obras con excelente éxito «en plena producción» y, sin embargo, por responder á compromisos anteriores han tenido que variar el cartel, cambiando lo cierto por lo dudoso.

Contra los que hace un año se dedicaban afanosamente á descubrir las causas de crisis teatral, los tres meses primeros de campaña de 1929-1930, han demostrado que esa aparente crisis no consiste sino en las equivocaciones de los autores, en primer lugar, de los cómicos inmediatamente.

Ahora mismo, Lola Membrives por un lado y Anita Adamuz por otro, han buscado manera de continuar en Madrid, en lugar de salir á provincias, las campañas en Madrid que con *La Lola se va á los Puertos* y *El alma de la copla*, estaban siendo enormemente pro-

Qu

d  
P  
h  
P  
C  
P  
a  
r  
j  
r  
c  
a  
r  
s

pr



## TEMPORADA QUE EMPIEZA



CAMILA QUIROGA

Que sin desertar del teatro argentino se propone hacer en Fontalba una campaña de teatro castellano

ductivas. Lara, con *Para ti es el mundo*, y el Infanta Isabel con, ¡*Pégame, Luciano!*, han hecho también ingresos inusitados, máximos, puesto que en ambos teatros se han agotado días y más días las localidades.

En Lara, las ciento cincuenta primeras representaciones de la obra de Arniches han producido un ingreso de 700.000 pesetas, es decir, un promedio de más de 4.500 pesetas por representación. Seguramente, ¡*Pégame, Luciano!* ha producido, proporcionalmente y en relación con la cabida del teatro, cifras semejantes. *La Lola se va a los Puertos* ha seguido muy de cerca á esas dos obras cumbres de lo que antes llamaban «el trimestre». *El alma de la copla* ha dado algún día once mil pesetas de entrada y otras muchas cifras parecidas, y *Por si las moscas*, en el minúsculo Romea ha llegado á la cifra inaudita, allí y aún en otros coliseos más amplios, de 8.000 pesetas.

Junto á esas cifras, podrían figurar, con seguridad dignamente, las conseguidas por Ricardo Calvo en su campaña del Español. No será aventurado calcular que en la mitad de las representaciones, el Español ha tenido llenos y los llenos en aquel teatro amplio y á

precios razonables, son también altamente benéficos.

¿Habrá quien hable aún de crisis teatral? Sería ganas de perder el tiempo.

Ahora lo que hace falta es que la nueva temporada sea tan feliz y provechosa como la que termina, y que autores, empresarios y actores cuenten en élla, cuando menos, con el gusto del público.

Y por mi parte: *Amén.*

El comienzo de la nueva campaña parece propicio para que así ocurra. Catalina Bárceña, ó no hay en Madrid gentes de depurado gusto artístico ó puede convertir el Infanta Beatriz en un poderoso centro de atracción. El debut de la gran actriz en aquel teatro con *Vida y dulzura*, la comedia de Rusiñol y Martínez Sierra, que coincidió en la época de su estreno con otras de Galdós y Benavente sobre el mismo asunto, ha demostrado que el público deseaba aplaudir á una de sus actrices favoritas, y el debut de Camila Quiroga en Fontalba ha reconquistado á una gran parte del público para la excelente actriz argentina.

ALEJANDRO MIQUIS

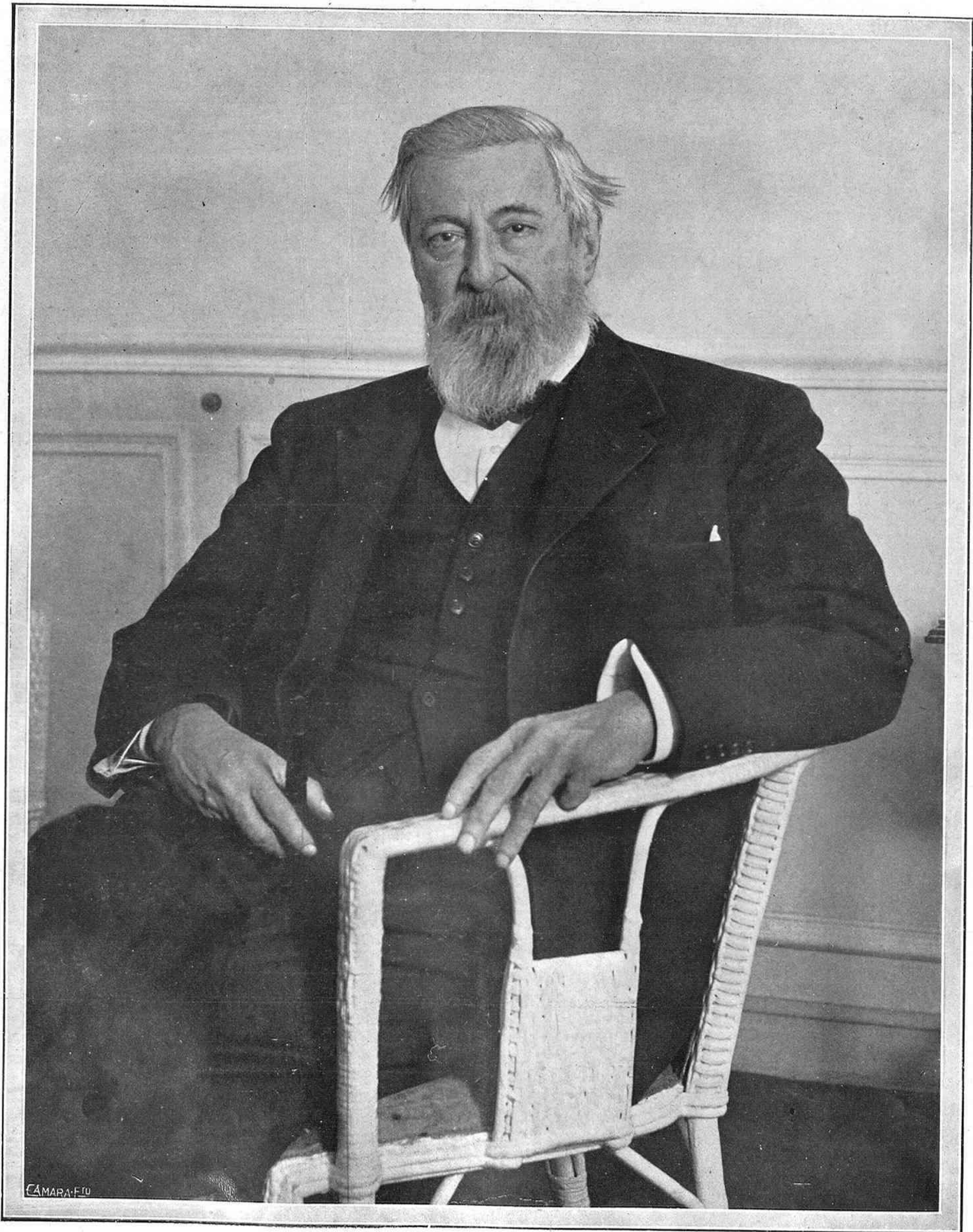


FERNANDO DIAZ DE MENDOZA Y GUERRERO

Tiene aún el ejemplo vivo de su ilustre padre, que dió tanta gloria al clásico coliseo madrileño

CÁMARA-FIO





## El último retrato de Santiago Rusiñol

Madrid ha tributado un homenaje de admiración y de respeto al insigne Santiago Rusiñol, que es en estos días nuestro huésped. Aplaudía en él— con motivo de la reposición de «Vida y dulzura»—al escritor y al pintor, al gran artista, doblemente admirable, que es uno de los más altos valores de la España moderna

(Fot. Díaz Casariego)





# EL PIRATA DE SYBARIS

## CANCION

*Quiero en todo momento que esté lista la vela  
de mi bajel; la amarra, suelta; levada el áncora;  
la diestra en el timón...*

*Hechas las provisiones para la travesía  
y saldada al Diablo mi deuda en cada puerto;  
en la boca, el adiós.*



*¡Viajar siempre! El bauprés, á lo Desconocido;  
hacia perpetuos hielos ó hacia tierras solares:  
el rumbo me es igual...*

*Toda vida es viaje: los amores, caminos  
en que se cruzan almas... El Arte, un doloroso  
sendero sin final...*



*Pirata de placeres—que ha leído á Epicuro  
durante las terribles calmas ecuatoriales,  
bajo el fuego del sol—,*

*navego alegremente, sin llevar á remolque  
el bote salvavidas de una Moral, gozoso  
sin Duda ni Temor...*



*Si no es que prendo antes, como Cortés, la tea  
á mi galera, lejos del puerto originario,  
dispuesto á no volver;*

*ó encantado por una sirena de ojos verdes  
y como el mar profundos, me matan de delicia  
sus brazos de mujer,*

*cuando el Destino—mudo capitán de mi nave—  
me dé su inaplazable é imprevisto mandato  
de partir sin tornar,*

*no habré miedo á las sombras... Sin amor á las playas,  
y sin odios, impávido, diré como otras veces:  
—¿El rumbo?... ¡Me es igual!*

JUAN G. OLMEDILLA

(Dibujo de Ximénez Herráiz)

XIMENEZ  
HERRAIZ



## EL TEATRO DEL TIEMPO VIEJO

## «EL BARBERILLO» Y «LA MASCOTA»

MIENTRAS los vanguardistas, dueños temporales de un teatro, se despachaban á su gusto, arunciando la bronca del día, como si fuese la mismísima batalla de *Hernani*, ó se apedreaban con epítetos de plazuela, defendiendo, por amor al arte, naturalmente, unas cuantas pesetas problemáticas, una Empresa prudente hacía su cartel con dos obras viejas: *El barberillo de Lavapiés* y *La mascota*, que aun amenguadas para tal circunstancia, aún conservan lo suficiente de su esplendor inicial.

Ambas zarzuelas peinan canas: *El barberillo* ha cumplido ya cincuenta y cinco Navidades, y *La mascota* celebrará en 1931 sus bodas de oro con los teatros de Madrid; *éppur, si muove!* las dos obras resucitadas tienen aún frescuras y lozanías juveniles que ya quisieran para sí algunos vanguardistas arrugados y vacilantes.

Es que, por mucho que sea también en arte el poder de la moda, cuando las obras artísticas—sea cual fuere su género—lo son verdaderamente, se sobreponen á los dictados de la más voluble de las diosas. Si ahora entrásemos en Eslava y viésemos en el patio, oyendo la música de Barbieri, á los personajes de *Pequeñeces*, tal como los vemos en el *Infanta Beatriz*, nos asombraría el anacronismo y, sin embargo, aquellas figuras, así indumentadas, á la moda de la Restauración alonsina, son las que asistieron al estreno de *El barberillo de Lavapiés*, el 18 de Diciembre de 1874; las túnicas, con *panneaux*, los polisones y los sombreretes minúsculos sobre peinados monumentales, se fueron y no han vuelto. *El barberillo*, cada vez que surge de nuevo, parece más ajustado al último figurín, y es que el figurín es el mismo, modelo y arquetipo de un género teatral con poder de supervivencia.

Cuando nació *El barberillo de Lavapiés*, la zarzuela, tan joven que aún sonaba en los ecos de Variedades la música de Hernando, cantada por la Samaniegos, Doña Sabina (madre de Arderius) y Manuel Catalina, había perdido su pasado esplendor: el teatro que, con la ayuda de D. Simón Rivós, habían construído para ella, los que llamaron *Los siete pecados capitales* no lograba un buen éxito, y los bufos que habían importado á medias Arderius y Eusebio Blasco, con *El joven Telémaco*, llevado al mismísimo escenario donde nació *El Duende*, arrebatában al público. Con 10.000 reales, menos de los que



Rosendo Dalmau, en su época tenorial

se necesitarían hoy para alzar el telón un sólo día en cualquier teatro madrileño, había empezado aquella campaña de importación el atrevido cómico empresario, y con sus 10.000 reales contaba sostenerse diez días, si «venían mal dadas». Afortunadamente, vinieron bien, y Arderius se hizo millonario, mientras nuestra zarzuela clásica agonizaba en Jovellanos.

Barbieri, que había dado al género amado de Arrieta una obra magistral, *Pan y toros*, lo que no le impedía ser director en el Real y promiscuar en los bufos con *Robinson*, encontró un libro de Larra hecho á su medida; y en los albores del reinado de Alfonso XII, cuando Currita Albornoz y sus amigas, con Diógenes y los suyos, volvieron de París, se encontraron á los madrileños cantando el numerito obsesionante:

«Camisón,  
si á tu dueño le sientas bien,  
dile que quien le ha hecho  
soltera es...»

Fué un furor perfectamente justificado. Barbieri había encontrado otra vez, y ahora sin concesiones wagnerianas de las que en *Pan y toros* parecían al cáustico Peña y Goñi contradicciones, la fórmula de la zarzuela popular y sencilla, que para ir al pueblo en coros, dúos y romances de sabor majo, venía del pueblo y había pasado por las tonadillas.

Un crítico de la época, después de hablar de *Aida*, que hacía furor en el Real, contó así el «suceso» del estreno de *El barberillo*:

«No es esta obra lírica la única que ha logrado recientemente los plácemes de todo el mundo; también en la Zarzuela ha aparecido una *vara avis*, que ha conquistado en su primera representación un triunfo y que ha establecido el primer éxito de la temporada. Refiérome á *El barberillo de Lavapiés*, que ha sido recibido con tanto mayor júbilo cuanto que los concurrentes al teatro de Jovellanos iban ya perdiendo la esperanza de asistir á un estreno y no presenciar un fracaso ó una fría y melancólica aceptación. Por fin ha resucitado, al parecer, nuestra musa de la zarzuela, y la batuta del maestro Barbieri ha hecho brotar un raudal de fresquísimos acordes de la árida roca de aquella escena, ni más ni menos que la vara de Moisés en Egipto... Los sedientos aficionados á la ópera cómica na-

cional, se han precipitado á aquel jugueteón y transparente arroyuelo y han calmado en él sus ansias. El poeta Larra ha compartido con el más típico representante de la música indígena los halagüeños honores del triunfo. ¡*Aleluya!*, pues, ya que estamos en Pascua, y quiera el numen tutelar de la lírica española evitar otro año del hambre á la Zarzuela.»

El numen tutelar hizo lo que pudo en aquella época, en que los carteles no perduraban como ahora y en que Vico, en el Español, necesitaba hacer en quince días mal contados, *Cid Rodrigo de Vivar*, de Fernández y González; *La esposa del vengador*, en plena y dislocada fulguración romántica, y *El gran jilón*, de Rodríguez Rubi. *El barberillo* perduró en el cartel, y los madrileños, aun los muy pequeñitos—yo «me andaba» entonces en los cuatro años, y tengo el de una representación de las obras de Barbieri por uno de mis más remotos recuerdos teatrales—, cantábamos á todas horas aquello de

«Pero si tú á la Grigoria...»

ó aquello otro de

«Como nació en la calle de la Paloma...»

aunque hubiésemos nacido en el cogollito de la calle de la Montera.

*El barberillo* tuvo, además, excelentes intérpretes: dos tiples «de bandera», Dolores Franco de Salas, que siete años después, cuando estrenó el «Roberto» de *La tempestad*, aún estaba en el apogeo de su espléndida belleza y de sus mayores facultades, y Cecilia Delgado, que merecía una serie de artículos; un tenor que estaba de moda entonces—en todos los sentidos de la palabra—Rosendo Dalmau; un barítono muy ramoso también, Loitya, y un tenor cómico que había podido suceder directamente á Vicente Caltañazor nada menos: se llamaba Tormo, y ocho años más tarde estrenó también *La mascota*.

Rosendo Dalmau era entonces lo que mucho más tarde dimos en llamar *el capricho de las damas*. No escarmentó en la cabeza de Tirso Obregón, barítono de tan gallarda planta, que pudo poner en su escudo la divisa de Villamediana: «Son mis amores reales»; pero tuvo mejor suerte que el infortunado conde, y libró con una



Cecilia Delgado, en el acto tercero de «El barberillo de Lavapiés», en 1874



Dolores Franco de Salas, que estrenó el papel de Paloma de «El barberillo de Lavapiés»



pita, que en lugar de un asesino, le preparó su ofendido rival.

Andando el tiempo, Dalmau, perdidas la línea y la voz, merecía aquellas frases de *Madrid Cómico*:

«—Pero qué mal canta Dalmau.

—Únicamente está peor declamando.»

Más tarde, aún formó una Compañía dominguera, que en los teatros extramuros — ¡oh, viejo Maravillas! — hacía melodramas tremebundos: *El campanero de San Pablo*, *El desertor húngaro* ó *La cabeza de bronce*, *El hombre de la selva negra* y otras truculencias por el estilo.

Aquella Compañía, formada por aficionados principiantes, era en el fondo una escuela libre de declamación; de ella salió hecho un primer actor cómico Emilio Carreras, que había entrado mero aprendiz de maqueador de canas.

Por cierto, que Carreras — hombre bueno y madrileño castizo — no olvidó á su maestro, y cuando en disidencia con Arregui y Arúej, formó con los hermanos Amare, para Eslava, llevó á Dalmau de director artístico.

Allí hizo el ventrudo don Rosendo su último papel: un portero que decía media docena de palabras en una revista política de Navarro Gonzalvo. Si le vieron sus amadoras del 74, tal vez derramaron una lágrima á la memoria de aquel gallardo intérprete de *El barberillo de Lavapiés*.

¿Por qué perdura la vieja zarzuela? Evidentemente, porque hay en ella algo del alma nacional. Barbieri, defendiendo su piano arcaico de una cuchufleta de Peña y Goñi, escribía al crítico una carta, llena de corazón, en que, entre otras cosas, decía:

«Hay, además, en los sonidos de mi piano tanta analogía con los de la guitarra y la bandurria, que por esto sólo no le cambiaría por el mejor piano de los que hoy se construyen, ni aunque me dieran encima el valor de un piano de cola.»

Y Peña y Goñi, arrepentido, entonando el *mea culpa*, escribió emocionado:

«Sí, pobre, humilde y modesto instrumento; en ti se sintetiza la historia de nuestra música



Cereceda, Oudrid, Caltañazor, tres mantenedores de la zarzuela grande

popular, la historia de nuestra tan pobre, hoy, como tú, zarzuela...»

«Virgen de toda profanación, tú eres el alma de un alma; la encarnación de otro ser, algo que vive y respira con alientos y vida de otro...»

He ahí — ¡oh, vanguardistas! — el secreto de la eficacia y perdurabilidad de la obra artística: tener alma y saberla poner en ella.

*La mascota* fué, en su época (1882), piedra de escándalo. Las gentes se asustaban entonces por mucho menos que hoy, y tuvieron á aquella opereta desenfadada y atrevida por un esfuerzo insuperable de salacidad. Aún no había sido necesario inventar la palabra *sicalíptico* para que tuviera denominación apropiada un género, y los catones, oyendo *La mascota* y viendo cómo para verla y oirla se llenaba el Circo noches y noches, se indignaron tanto como en el nacimiento del género bufo, cuando las coristas — á que también dieron, como significativo de su descoco, el nombre nuevo de *suripantas* — enseñaban una pierna — nada más que una pierna! — por la abertura lateral de su túnica griega, al cantar *El joven Telémaco*.

Esperanza y Solá, crítico muy sesudo, como buen académico, escribió, entre otras cosas, parangonando *La mascota* con *El planeta Venus*, estrenado en la Zarzuela por los mismos días.

«De Scribe y Ventura de la Vega á Duru Chivot y sus incógnitos traductores, hay más distancia que de un peso duro de plata de buena ley y recién acuñado, á otro relleno de plomo; porque éste, siquiera, guarda las formas; las que de seguro no se guardan en *La mascota*; palabra que si no es castellana, cuenta será de la Academia el irritarse y ponerle el veto, mientras tanto que produce ópimos frutos á los empresarios del teatro de la plaza del Rey, sitio, entre paréntesis, en donde, aun cuando á primera vista no parezca ser donde se cultive con más esmero y fructifique la virtud *mascotil* (son palabras de la zarzuela), se siente, como en pocas partes, el benéfico influjo de ella, á juzgar por la buena fortuna que ha presidido allí siempre, y que, por las trazas, no tiene ánimos al presente, de mudar de bisiesto. De aquí el que aquéllos, con sobra de razón, pueden entonar, mejor que nadie, lo que canta el coro casi al principiar la obra:

«Feliz aquél que el cielo dota de una «mascota»;

lo cual, si no es verso ni cosa que se lo parezca, tampoco se entiende, por el pronto al menos, y váyase lo uno por lo otro.»

Y por si no era suficiente esa rociada inicial, añadía en otro párrafo:

«Pero si la lengua española y la gramática no salen bien libradas y la versificación es pedestre, bien pueden darse por contentos viendo la suerte que *La mascota* depara al buen sentido y á la moral, dado que de lo uno y de lo otro exista allí algo, siquiera sea en proporciones homeopáticas.»

Menos mal que elogiaba, aunque con muchas

reservas, la partitura de Audrán y la interpretación de Consuelo Montañés, de Ripoll y de Tormo, y menos mal que no se hacía ilusiones acerca de la eficacia de sus diatribas y terminaba la crónica diciendo:

«Y lo que es doloroso decir: *La mascota*, por las muestras, seguirá por largo tiempo figurando en los carteles del teatro de la plaza del Rey; la razón de ello... queda á cargo del lector averiguarla y hacer el comentario que le plazca.»

Y así fué... *La mascota* figuró largo tiempo en «los carteles del teatro de la plaza del Rey», y cincuenta años — ó poco menos — después aún alegra otros escenarios con su presencia.

No lo atribuyamos todo, como Esperanza y Solá insinuaba, á lo atrevido de su asunto ni á las *toilettes* sumarias de la «condesa de Panada». Aquellos atrevimientos eran la infancia del arte ligero de ropa, menos pecaminosos, si el desnudo es un pecado, que los corrientes y moientes en las revistas modernas... y (no culpemos siempre á las juventudes actuales) que el *can-can* sin mallas, que, medio siglo después, nos presentaban como novedad en el *Tabarin*, de París, y que ya gustaba á nuestros abuelos en Capellanes.

En cuanto al asunto, recuerdo que un tenorcillo de una Compañía de opereta italiana oyó una vez una tremenda silba por acentuarle excesivamente, al entrar en escena, en una escena culminante del acto tercero, mostrándose excesivamente fatigado.

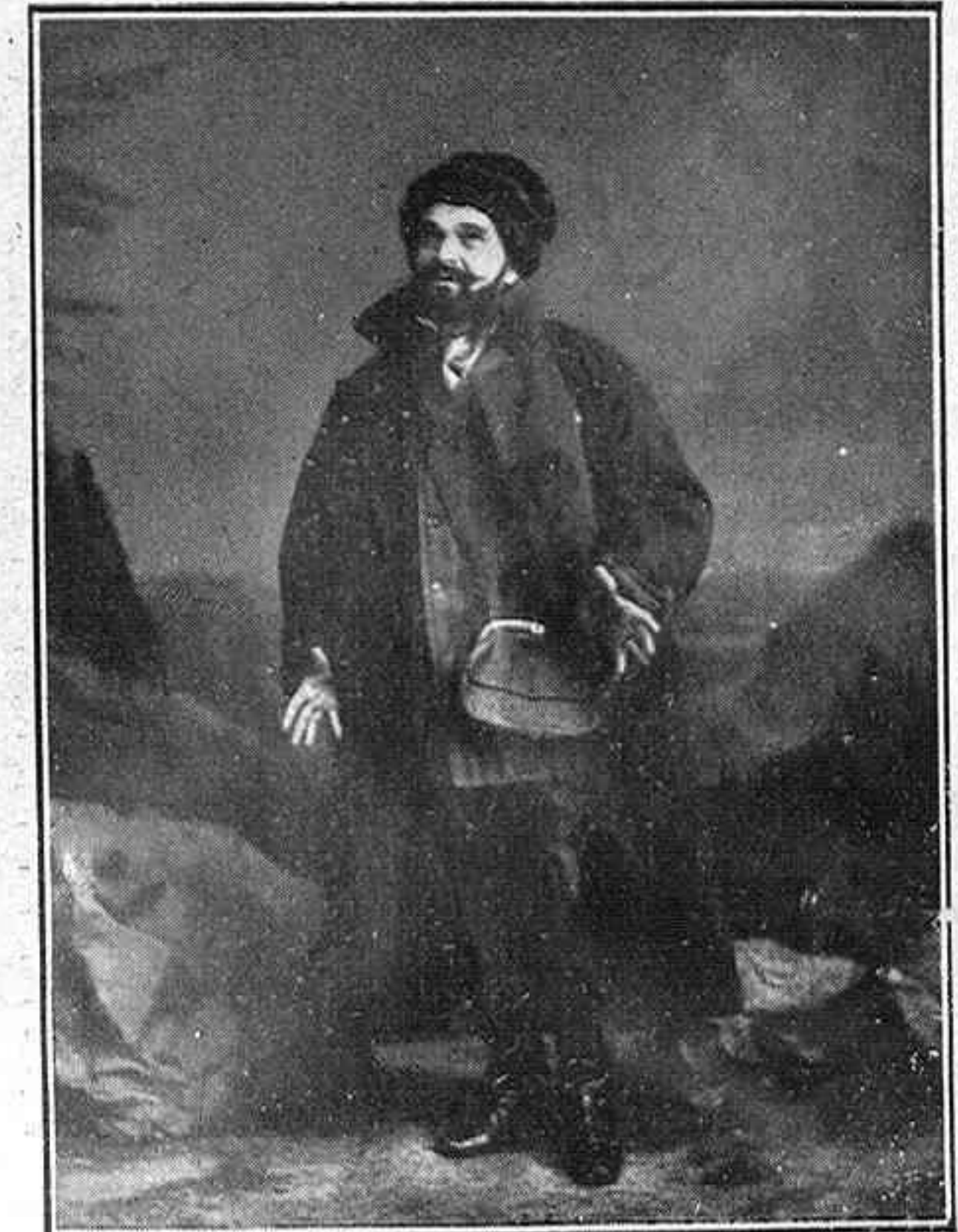
No; el asunto picaresco no lo era todo. La inmensa mayoría de las operetas de entonces: *Bocaccio*, *Los mosqueteros grises*, *Doña Juanita*..., menos amengadas que las vienesas; y Cereceda, que era entonces empresario y director del Circo, había hecho de ellas una especialidad.

Aquel era el teatro de la gente alegre, que aún se divertía y hasta gozaba oyendo los ritmos brillantes y las instrumentaciones adecuadamente coloristas de Audrán; y en su partitura tuvo y tiene *La mascota* razón de supervivencia.

A. G.



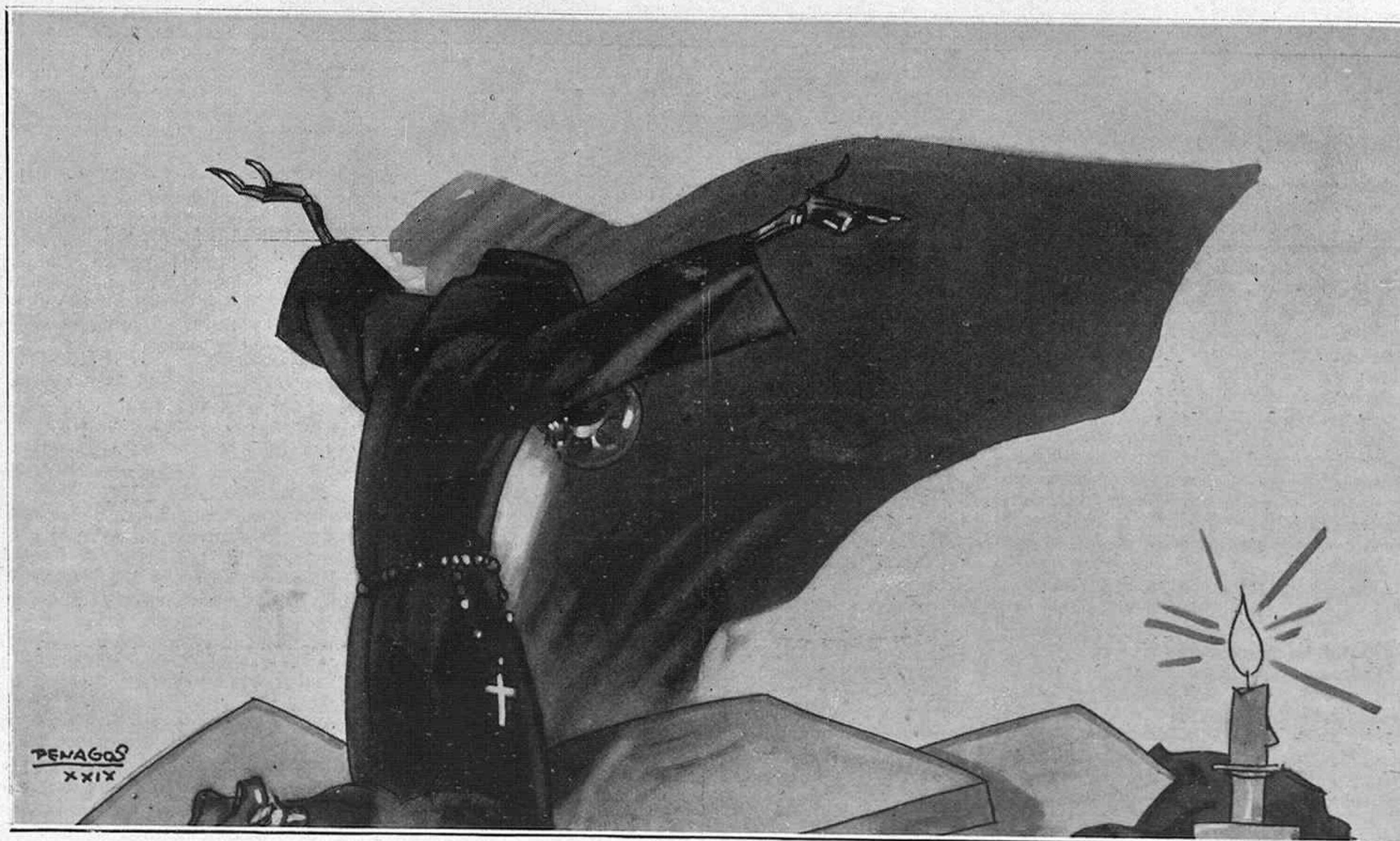
Consuelo Montañés, creadora de «La mascota», á pesar de su aspecto inocente



Miguel Tormo, que estrenó el papel de Lamparilla, de «El barberillo de Lavapiés»



## CUENTOS DE «LA ESFERA»



## MISA MAGNA

El ansia le desasosegaba, y no bien cantaban los gallos para el día, se erguía del lecho, en el que nunca el alba le viera acostado.

Sólo precisaba, para dominar la laxitud de los músculos y aquel resto de sueño que se le refugiaba en los párpados y en la frente, sumergir la testa joven en una jofaina de agua fresca.

El agua en el rostro y en la testa, y la frescura de la matinal, le daban una nueva vitalidad para el día.

No había en Córneas hombre que más temprano se levantase. Cuando rayaba el día ya estaba en el trabajo, fuese en el invierno ó en el estío. Aun no había aparecido el lubricán, cuando Baltasar pasaba cantando por los caminos de la aldea. Los más madrugadores, entre sueños, con los ojos nublados, decían al oírlo:

—¡Cuánto trabaja este Baltasar!

El ansia le aumentara desde la muerte del padre, al quedar solo en este mundo, y desde que había tomado estado, con una muchacha tan afanosa como él, un año después.

Aquel día de Difuntos lloviznaba una lluvia fina, que llenaba de tristeza todas las cosas. El paisaje nebuloso tenía vagos tonos negros, morados, azules, verdes. Aun no se veía. El sol estaba inmerso en la noche, detrás de los montes nevados de Ancares. ¡Cuántas veces había visto, estupefacto, nacer el sol jubiloso y radiante sobre aquella ara mística é inmensa, en la que la nieve era cándido mantel! Quedaba embargado de emoción, y sin saber el motivo, cuando estaba sobre la cumbre de otra montaña, desde donde la aparición matutina era más espléndida, rodeado de aquella soledad y de aquel silencio, sólo interrumpido por el rumor de las miriadas de insectos que nuevamente nacían á la vida, irrumpía en gritos de alegría y de júbilo.

Respetaba unciosamente los días sagrados, y ni aun en el más urgente trabajo dejaba de oír la misa del domingo.

En aquel día de Difuntos había de tener tiem-

po para ir á ver cómo nacía el centeno en la seara más lejana y para volver á la misa solemne, en recuerdo de sus muertos y de todos los muertos de la aldea.

Siempre que pasaba junto á la pequeña iglesia aldeana, sobre una colina, blanca como la paloma del Espíritu Santo, se descubría y se santiguaba.

Había detrás de la tapia del atrio un viejo rosal enroscado como una culebra á un tejo meditabundo. En la primavera, sus ramas se cuajaban de rosas, y el perfume de ellas, junto con un aroma inconfundible de cementerio de aldea, invadía el camino.

—¡Qué buen olido!—decía entonces Baltasar—. Da gusto saber que lo han de enterrar á uno ahí.

Al pasar, vió que estaba la cancela del atrio abierta.

—¡Qué extraño! ¿Quién vendría tan temprano á la iglesia?

Y entró. Aun era de noche. En la penumbra se destacaban vagamente las cosas.

Cuando llegó al porche, debajo de la torre del campanario, quedó mudo de espanto.

Tenía ante sí un sacerdote revestido, con las manos juntas y levantadas, en actitud de orar.

Pero más que un sacerdote era un espectro. Tenía la faz tan lívida como la cera. La piel, arrugada, se había pegado á los huesos de la calavera. Los ojos estaban abiertos y vidriosos. Por una de las fosas nasales le entraba un gusano amarillo. La litúrgica casulla, negra y dorada, le colgaba en andrajos. Por debajo de los encajes podridos del alba se le veían los pies descalzos.

Baltasar cayó de rodillas, exclamando:

—¡Don Antonio!

—¡Levántate, Baltasar! Nada temas de mí. Sólo vengó á este mundo á cumplir un mandato. Hizo una pequeña pausa, como para tomar aliento, y siguió:

—Te estaba esperando, Baltasar. Ya se va

perdiendo la fe. Tú aún la conservas. Ven á ayudarme á misa, como en otro tiempo. Pero no vuelvas los ojos, aunque oigas los ayes más dolientes.

El espectro, revestido de sacerdote, dió la vuelta, y lentamente fué hacia la iglesia. La puerta, ferrada de clavos, se abrió sola, á su paso. En el fondo de la iglesia se veía el altar: un altarcito barroco, en cuyas columnas de humo se enroscaban pámpanos maduros y hojas de vid. Ardían dos velas en él. En la pequeña lámpara de plata chisporroteaba la palomilla, como si se le estuviese acabando el aceite.

Fué entonces cuando Baltasar despertó como de una pesadilla.

—Pero, ¿estoy soñando?

El espectro seguía caminando silenciosamente, pisando con pausa las losas de las sepulturas con sus pies descalzos, hacia el altar.

Aun se frotó los ojos.

—Sí, sí. Es don Antonio.

Ensimismado, se puso á recordar. Don Antonio, el santo, era toda su niñez. Durante muchos años había sido cura en aquella parroquia. Era tan bueno, que los hombres, aquellos hombres tan rudos, le besaban la mano, y las mujeres el extremo de la sotana. En todas aquellas aldeas no había más pobres que él. Todo cuanto tenía, todo lo daba á los necesitados. Había muerto en olor de santidad. Lloraba toda la parroquia como á la muerte de un padre. Cuando fueron á enterrar el cura que hubo después, al cabo de veinte años, ¡encontraron su cuerpo incorrupto! Desde entonces, la gente no dejaba de invocarle en los momentos de angustia, como si fuera un Santo.

Don Antonio se había arrodillado en las gradas del altar para rezar, con la cabeza inclinada, como siempre hacía, una breve oración.

—Sí, es el mismo don Antonio. Bien me acuerdo. Cuando yo era un rapaz, le ayudaba siempre á misa. Pasaba para la iglesia desde la rectoral y le decía á mi padre: «Dile que voy andando.» Subía mi padre al cuarto y me llamaba á



gritos. En cuanto se marchaba, yo seguía soñando en que iba para la feria del Cádabc con unos zapatos nuevos. Don Antonio tocaba la campana, y al cabo de un rato volvía á tocar. Yo ya soñaba entonces en que tenía una yunta de bueyes marelos. Al oír la campana, habían ido acudiendo á misa unas cuantas mujeres, cubierta la cabeza con un mantelo. Era entonces cuando don Antonio, con aquella paciencia de santo, iba á buscarme á casa, á despertarme, diciéndome: «¡Ah, pícaro! ¡Ah, pícaro!»; pero con una dulzura con la que sólo me habló una mujer después... ¡Es un santo! ¡Es un santo! El me aprendió á temer y á adorar á Dios.

Don Antonio seguía rezando, con la cabeza inclinada sobre el pecho, en un profundo gesto de devoción.

—Habrà que tocar la campana. Quizá sea demasiado temprano. Nadie habrá oído una misa tan extraña.

Fué á tirar de la cadena. Sobre la piedra del pórtico, durante siglos, había ido limando la cadena un profundo surco, y los eslabones de hierro se habían ido gastando. Fué á tirar de la cadena, y se quedó maravillado al ver que no tocaba la campana, ó si tocaba, con un son tan tenue, que apenas se oía. Siguió tirando de la cadena, y prestó mayor atención. Tocaba la campana; pero eran unas badaladas tan tristes y tan lentas y tan silenciosas, como si la campana estuviese sumergida en lo hondo de un lago, en el lago de aguas quietas de su corazón.

Parecía como si aquellas limitadas ondas sonoras de la campana fuesen para él sólo, ó quizá para alguien más que estaba dentro de las tapias del atrio.

Y, sin embargo, como si los perros tuviesen un nuevo sentido ó un sentido más sensible para percibir las cosas extrahumanas, los perros del lugar aullaban vagarosamente, como cuando olfatean la carne en descomposición de algún enfermo, al sentir aquellos tañidos tan tristes. Espantable y temeroso aullido de presentimiento.

Baltasar entró en la iglesia. Sus zuecos sobre las losas, en aquel recogido silencio, hacían un ruido irreverente, y entonces anduvo con más cautela.

Don Antonio, ya de pie, comenzaba á oficiar. Baltasar se arrodilló en las gradas.

Peró, ¿qué sintió al comenzar la misa? Algo le hizo sentir un frío helado en la medula, como si se hubiera abierto tras de sí la puerta de una gruta cerrada durante miles de años. No era el frío de la mañana, porque aunque fuera, llovía una lluvia menuda y lenta; había una tibieza grata en el paisaje.

Era un hábito helado, que le corrió por la espina dorsal y le hizo estremecerse de espanto.

Le parecía que se levantaban solas las losas de la iglesia—cada una cubría una tumba, por la antigua costumbre de enterrar en la iglesia—, y

que la nave baja y umbría se llenaba de sombras, como si fuesen acudiendo oyentes á aquella misa misteriosa.

Sí, alguien había detrás de él, aunque á nadie oyerá entrar. Sin volver el rostro, quería ver lo que había detrás, y sólo lograba ver su misma alma alucinada.

Aquellas sombras de confusos contornos que él imaginaba detrás de sí habían llenado de un olor fétido la pequeña iglesia. Recordaba con ilusión infantil aquellas misas de domingo á las que los aldeanos traían aromas del campo, de hierba seca, de tierra mojada, de flores silvestres de los caminos.

Una voz dolorida gimió detrás de él:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Sintió un frío terrible en el cuero cabelludo. Quiso volver la faz para saber quién se quejaba de un modo tan lastimero. Pero las palabras de don Antonio se le clavaban en la frente: «No vuelvas los ojos, aunque oigas los ayes más dolientes.»

La voz seguía su lamento:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Otra voz, ronca y viril, de hidalgo barbado, llenó la nave:

—¡Perdón, Señor, perdón! ¡Perdón, Señor, perdón!

Innumerables voces del otro mundo comenzaron á layarse.

Una gemía:

—¡Ay, cuánto peno!

Un hombre, como si hubiera sido incrédulo durante su vida, rezaba tercamente, arrepentido:

—¡Creo en Dios padre, creo en Dios hijo, creo en el Espíritu Santo, creo en la Santísima Trinidad! ¡Creo en Dios padre, creo en Dios hijo, creo en el Espíritu Santo, creo en la Santísima Trinidad!

—¡Ay, Dios mío! ¡Yo di muerte á un hombre!

—Estoy ardiendo por faltar á misa los domingos y fiestas de guardar. ¡Ay! ¡Estoy ardiendo!

Aquellos lamentos, aquellos delirantes *mea culpa* le helaban los huesos. La vista se le enturbiaba, y un sudor frío caía gota á gota de su frente. El hubiera querido salvar á aquellas ánimas en pecado. Aquellas voces remotas, cascadas como campanas hendidas, y que le parecía ha-

ber oído alguna vez, le sobrecogían de espanto y de compasión. Sí, recordaba aquellas voces suplicantes, y por eso le producían una más intensa angustia. Nada tan tornadizo como la voz humana, que tan pronto se recuerda como se olvida. Para recordar algunas de ellas, tenía que contraer la frente en profundas arrugas.

Aquella voz que gemía: «¡Ay, cuánto peno!», ¿no era acaso la de la señora del pazo, que daba á su jauría de perros lo que debía de dar á los pobres?

El sacerdote iba á alzar.

Baltasar agitó la campanilla; pero él, familiarizado con lo maravilloso, no reparó que sólo se sentía como la esquila lejana de una vaca que anduviese perdida en el crepúsculo.

La blanca, la nítida hostia se alzó en aquel ambiente de penumbra, de sombras horrendas. En aquel instante, un rayo de luz entró por un pequeño ventanal que había á la diestra del altar, y se posó en la hostia.

En los silencios se sentía afuera el piar de los pajarillos, el rumor de los insectos, música de la alborada.

Los ayes, las lamentaciones, unidas á bisbiseos de rezos, á chasquidos de besos sobre las losas, volvieron á llenar aquel silencio sonoro.

—¡Perdón, Señor, perdón! ¡Perdón, Señor, perdón!

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

—¡Estoy ardiendo por faltar á misa los domingos y fiestas de guardar! ¡Ay! ¡Estoy ardiendo!

—¡Yo di muerte á un hombre!

Una voz potente, cóncava, pero como destrozada, gimió un ardiente salmo:

—¡Sálvame, Dios mío, de estas llamas en que me consumo!

La reconoció súbitamente.

—¡Mi padre!

Volvió la faz, y vió lo más horrendo y escalofriante.

Las losas de algunas sepulturas estaban levantadas. Sobre ellas se arrastraban y se humillaban sombras tremebundas, esqueléticas, en las que aun quedaban pingajos de carne verdosa, en la que bullían innumerables gusanos.

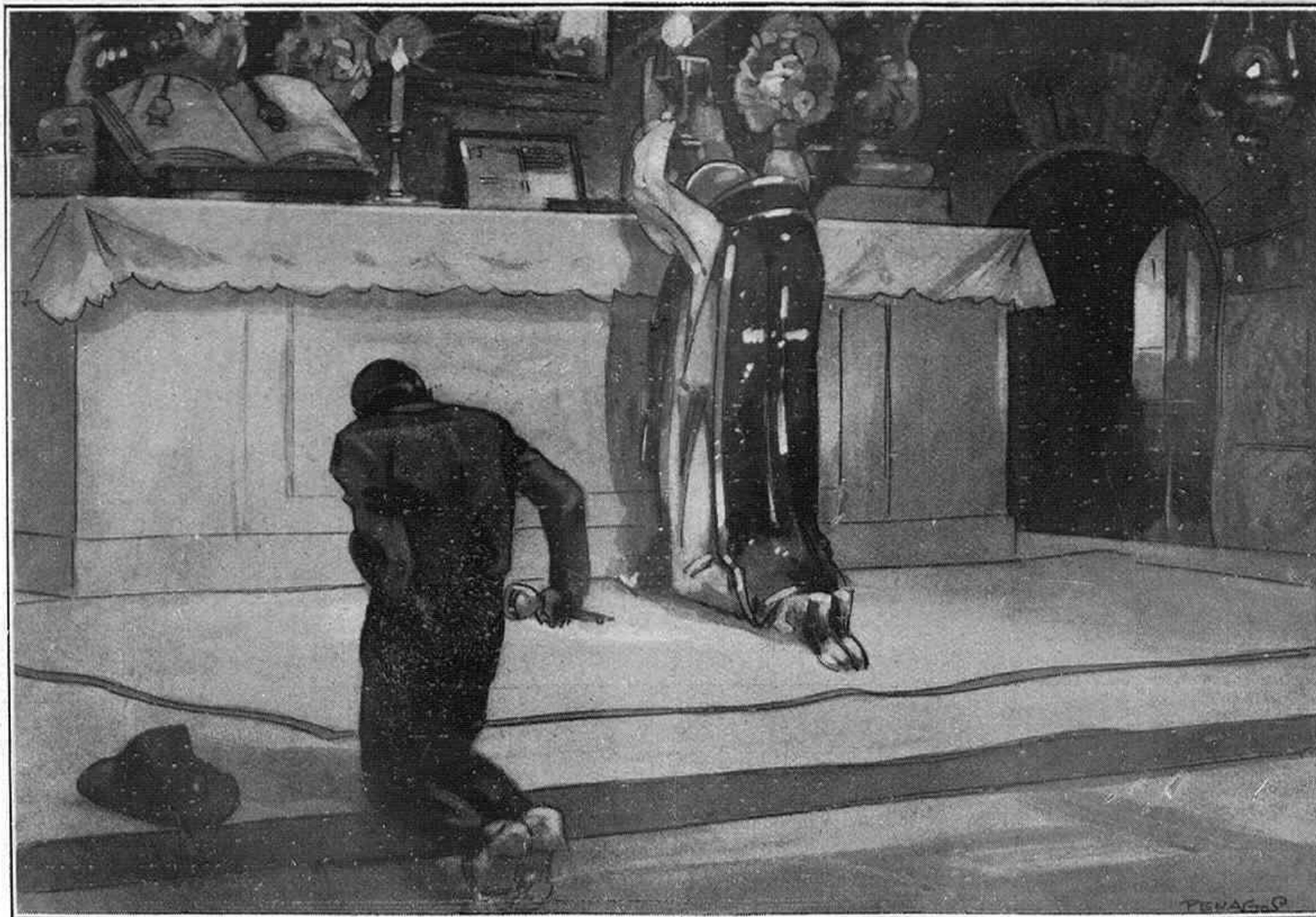
Su padre estaba erguido en medio del templo, con los brazos abiertos en cruz, y el rostro descarnado hacia el cielo. El hábito de San Francisco con que había sido amortajado le colgaba en guñapos.

Fué una visión espantosa, que duró sólo un instante.

Cayó desvanecido sobre las gradas.

Baltasar es ese ciego delirante que va por los caminos...

CORREA-  
CALDERON



Baltasar agitó la campanilla...

(Dibujos  
de Penagos)



ACABA DE PUBLICARSE

## «LA SAETA DE ABARIS»

Escritor insigne, por todos alabado con justicia y constantemente, menos que ningún otro necesita presentación. La de su nuevo libro, *La saeta de Abaris*, del que reproduciremos luego el regalo de algunas páginas, está hecha en las siguientes líneas de su prólogo:

«Este libro de andar y ver va desde el oriente de Europa á las Indias occidentales. Desde la Dacia de Trajano, donde la latinidad llevada por un español tiene su más lejano baluarte europeo junto á eslavos, turcos, tártaros y judíos, se pasa por sus páginas hasta las primeras tierras americanas, á las que llegó el latinismo, también llevado por simiente hispánica, y donde vive, entre otras razas diversas, como la sajona, la negra de Africa, la amarilla, las posibles reminiscencias de indios aborígenes y una frecuente inmigración eslava, otomana y arábiga, sosteniendo al mismo tiempo que sus calidades étnicas, el prestigio de una civilización histórica.

«El paso por Francia, Suiza, Italia y Yugoslavia. La vieja

y la nueva Rumania. La lejana Besarabia, que ha sido rusa hace pocos años. Los países que fueron turcos y moscovitas hasta hace medio siglo, y ahora renacen entre múltiples inquietudes. Las inseguridades del nuevo mapa del cercano Oriente. Las naciones añadidas á Servia. Los jirones del imperio austro-húngaro.

«Luego, al otro lado del Atlántico, la variedad de las Antillas. La belleza y el encanto de Cuba, ancestral y progresiva. Visión de Jamaica, el marquesado del almirante. La gracia natural y legendaria de Santo Domingo y los peligros de su estado actual. Puerto Rico bajo la dominación yanqui. Sus anhelos y sus vicisitudes.

«En Nueva York, este libro llega al encuentro de aspectos típicos y recoletos de la ciudad ultramoderna, en la que ya ha empezado á anidar la tradición. Y atisba los múltiples contrastes que hacen tan interesante el estudio de los diversos matices que presenta la metrópoli norteamericana.»

## SABADO NEGRO

SABADO y alta noche. La velada sabática del aquelarre legendario no se concibe sin el fondo de un escenario fragoso y roquero, de Walpurgis ó de Zugarramurdi, con el estrépito del trueno ó el bronco son del tamburino de Juan Saisin. Mezcla de aquelarre y de romería, la «tumba» conga convoca su negra cofradía y agita ébanos vivos al ritmo africano, que acompasa las danzas cadenciosas y aun ceremoniosas á veces, y vibrantes y hasta convulsivas otras, en el plácido ambiente del trópico, bajo un sencillo cobijo familiar.

Una barraca de madera en un paseo de arrabal. Fronda copiosa y vegetación de tierra cálida fingen en una orilla urbana la selva ancestral propicia á las fiestas rituales de la broncínea raza. Al fondo, en una corraliza, una larga mesa y un mostradorcito con su lebrillo lavadero de vasos, sus botellas de refrescos y de licores y el hornillo del café hacen el efecto de un ambigú de baile pobre. Delante de la barraca, otros puestecillos de café, tenderetes de golosinas y peste y humo de fritangas, tienen algo de rincón de verbena ó de aldeanos de ermita lugareña el día de la función del pueblo, y en los de la cafetera humeante, mucho también de esquina de ciudad á la hora matutina del letuario madrugero.

Sólo mi rostro curioso blanquea, con racial contraste, entre la obscura concurrencia.

Es un cuadro pintoresco que espera el pincel de un pintor costumbrista, de un Goya, de un Alenza ó de un Eugenio Lucas. ¿Por qué obstinarse en negar, no ya el interés que esa vi-

sión puede ofrecer al observador, sino querer considerar como no existente esa manifestación típica de una raza y sus ritos seculares?

Negro ladino ó bozal, cimarrón sin tacha ó con tacha, y aun con todas las tachas, menos la

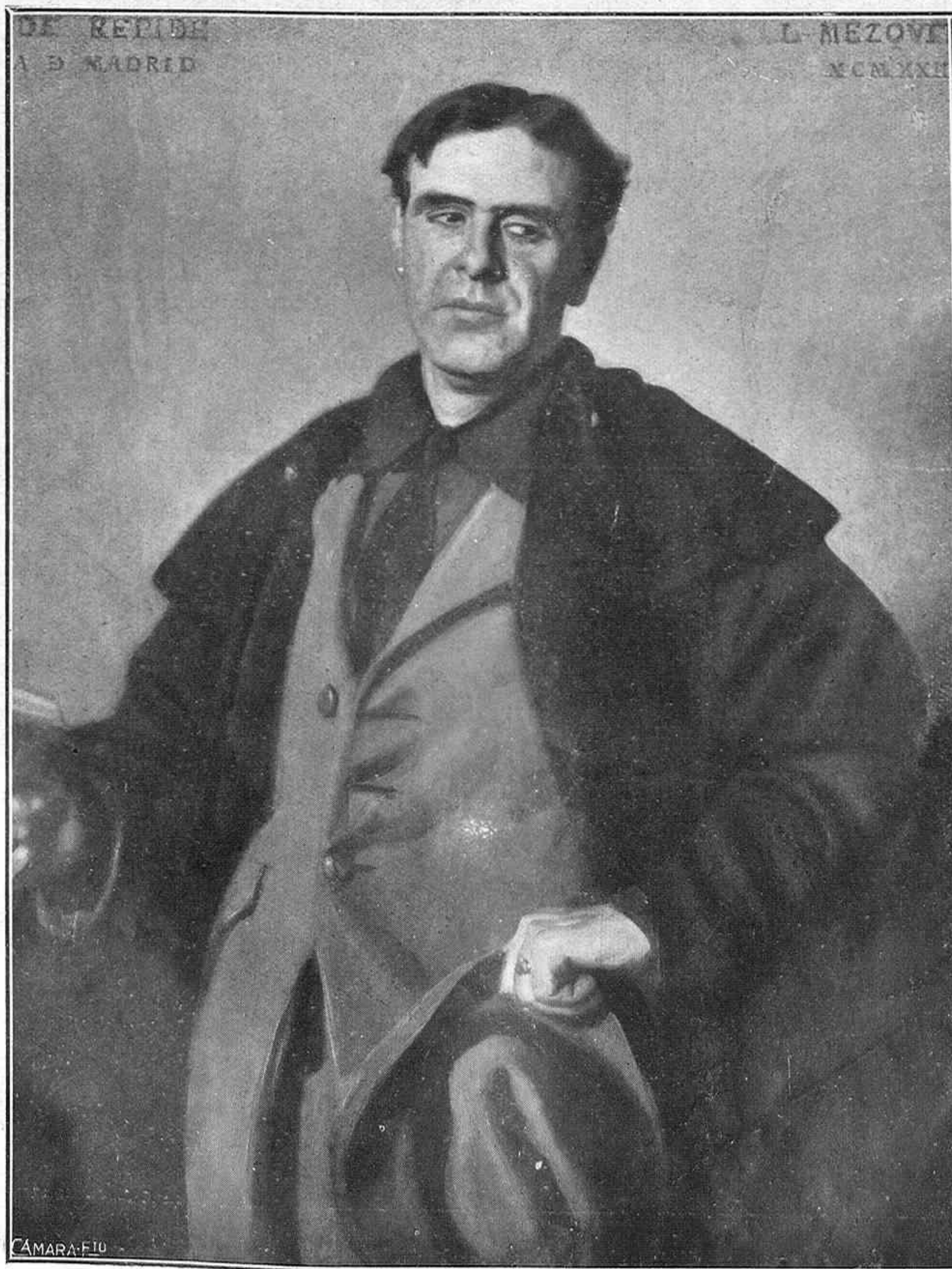
de ladrón, como decían en sus anuncios la Prensa criolla de hace un siglo; ese diario tan poéticamente llamado *La Aurora del Yumuri*, cuyo nombre parece el título de una canción melancólica, pareja de la lánguida *Atala*, que conmo-

vía a nuestras abuelas; ese periódico, en cuya última plana se veía, entre el anuncio de la pérdida de un perro y el de la venta de una mercadería que trajo tal bergantín recién arribado de España ó del Norte, el de que se venden, formando un solo lote, dos arrobas de tasajo y una negra de nación conga con su cría, ó que se cambia una negra criolla lavandera por un negro que sea cochero, y se pregona el extravío de un negro lucumí, ofreciendo dos onzas por el hallazgo, ó la fuga de otro, carabalí, con tales indicios, como para que no hubiese guapo que intentase su captura.

Aquella raza humillada y encadenada, sometida á los inconcebibles rigores de la esclavitud, tenía su única expansión en sus danzas y sus fiestas tradicionales, que celebraban públicamente en señalados días, si la generosidad de los amos les concedía esa merced, y si se les negaba ese cauce para derivativo de sus sentimientos, las verificaban con la heroica clandestinidad que ennoblece las prácticas rituales, por extravagante y grotesca que sea la idea que las rige.

Vestigio de aquellas reuniones con que mitigaban los negros las amarguras del yugo que les oprimía, es «la tumba», que desde las diez de la noche del sábado, hasta que ya luce ardoroso el sol del domingo, congrega á los nietos de Cam.

A la derecha de la sala donde se baila hay, en una pieza más reducida, una mesita hecha altar,



PEDRO DE REPIDE, por López Mezquita

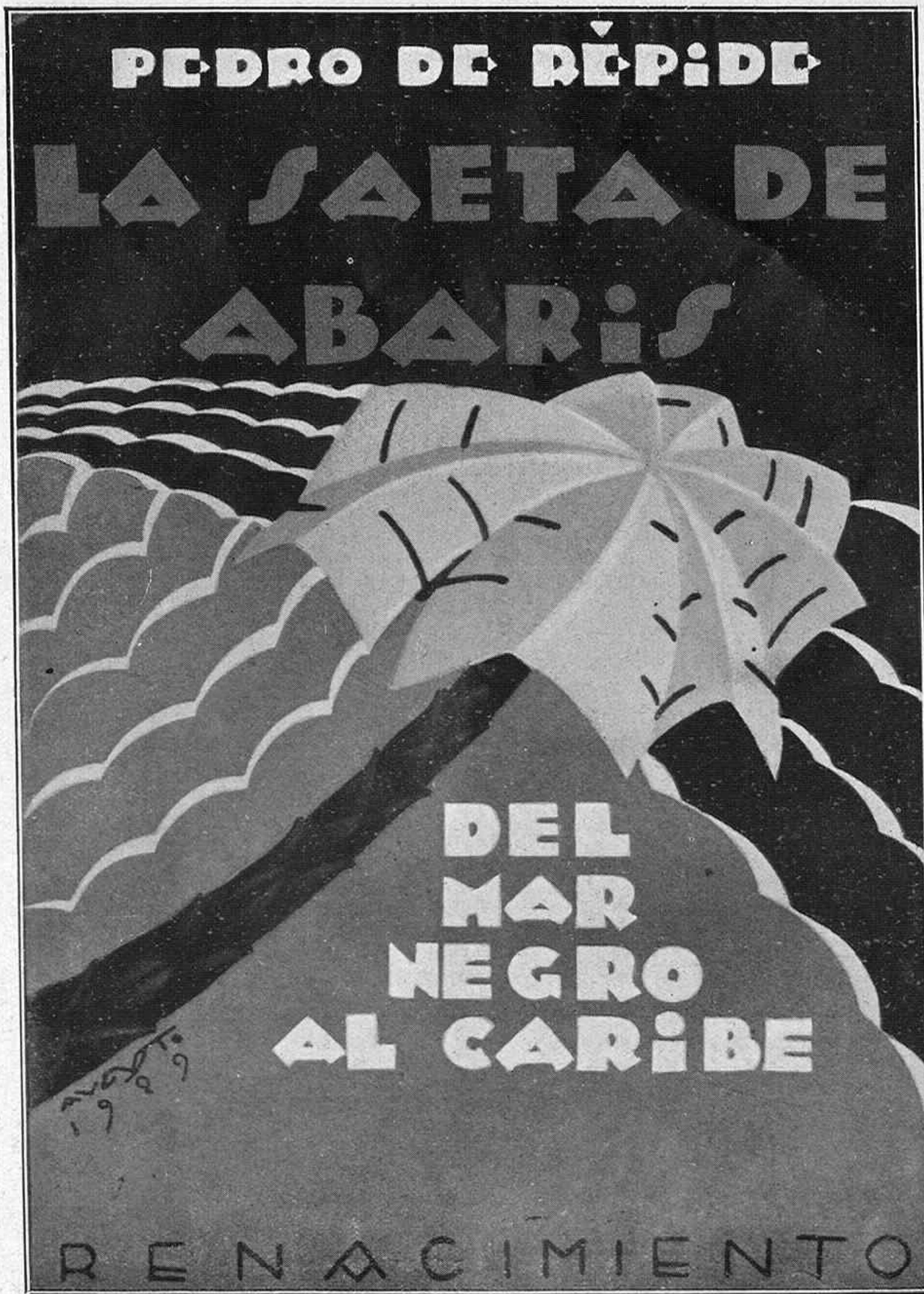


con una estampa piadosa adornada por un pabellón de roja tela, floripondios de papel y la leve luminaria de una vela de cera en rancio candelero de cobre. En esa estancia es donde se acogen á descansar algunos de los más graves danzarines, y á tomar sus refrescos ó sus tragos de licor en los intervalos del ceremonioso y prolongado «cocuyé». Y dícese las graves figuras que en la danza intervienen, porque son viejas y viejos quienes se mueven acompasados ó se agitan frenéticos, á los monótonos sonos del bongó.

Los negros jóvenes atraviesan el salón para ir al patinillo del ambigú, ó permanecen en él como espectadores. Conversan con las muchachas de su raza, que, al revés de lo que sucede entre la gente blanca, han ido para acompañar y ver bailar á sus madres y abuelas, ó hablan con los músicos de la rudimentaria orquesta. El mismo mocerío entra y sale inquietamente y arma bulla fuera. Alterna en los puestecillos, forma grupo en torno del tañedor de un tres, canta á sus acordes canciones más alegres que el cansado sonsonete con que acompañan sus movimientos los danzantes del interior, y aun tiene tiempo para acudir á un velorio, tan concurrido y festejado como un bautizo, y para asistir más allá á una casa también poblada por el elemento bronce, y de la que salen histéricos gritos y desgarradores lamentos. Es que allí se verifica un «último rezo». Una escena de poseídos y de exorcismos en que al cumplirse el novenario de la muerte

de una persona de la familia, se le hacen unas postreras exequias espiritistas, «cayendo en trance» algunos de sus parientes, y pugnando otros por apartarlos de ese estado, merced á determinadas fórmulas de conjuro. Las posesas, pues suelen ser mujeres, se retuercen y se revuelcan en el suelo, lanzando siniestros alaridos, entre los que mezclan llamamientos al muerto é invocaciones á la divinidad para que proteja á su alma en la otra vida. A veces hablan con la persona desaparecida, como si la vieran. Y el exorcizador, que suele ser el hombre de más edad y representación en la casa, trata de volver á su ser á las poseídas, convenciéndolas de que el muerto goza de bienaventuranza, y en aquel mismo momento está rogando por ellos y bendiciéndoles á todos.

En tanto, siguen en la «tumba» los infatigables danzantes, continuando su baile al son de la adormecedora canturria, que amodorraría á cualquiera, y á ellos, en cambio, les anima y sostiene para proseguir indefinidamente su fiesta, la cual tiene su protocolo y etiqueta. Así, ese viejo de bigote y perilla, que albean, contrastando con el moreno rostro, y á cuya figura completa el veterano aspecto marcial la manquedad del inválido brazo, se ha dirigido airado contra dos muchachitos que estaban en



Portada del libro

mangas de camisa, y los ha expulsado como profanadores del lugar, haciéndoles este cargo, abrumador y supremo:

—Ustedes han entrado aquí sin saco.

Y como un ángel que arroja del Paraíso una pareja de Adanes, hizo salir á aquellos chicos que fueron osados de permanecer sin chaqueta en el respetable lugar, y volvió á seguir recibiendo el acatamiento y pleitesía de la concurrencia, que le rendía las veneraciones debidas á un patriarca.

Las negras jóvenes, que bailan el charleston en vez del cocuyé legendario, con lo cual no han realizado ningún progreso de civilización coreográfica, contemplan el espectáculo de la danza ancestral ataviadas con los cortos trajes de la moda de ahora, y adornada su faz ingenuamente con inútiles afeites, ya que incurren en la candidez de darse colorete en las mejillas y embadurnarse con polvos de arroz, con lo que consiguen una combinación endemoniada, bien que ello les haga acariciar la ilusión de que resultan blancas como las más puras circasianas.

Las viejas, fieles á su raza, muestran tal como es su rostro obscuro y arrugado, y aparecen vestidas con sus largas batas de fino lienzo blanquísimo y bien almidonado, tocadas con

pañuelos de seda de los más vivos colores, y continuando la nota de policromía con escarpelas, de las que penden cintas de colores diversos, y que ellas prenderán en la solapa de su pareja de baile, ó le anudarán al brazo algún sedoso pañuelo de color, que parece prenda del rendimiento del galán, ó el listón que en los torneos lucía el paladín con el emblema de su dama.

La danza es prolongada y se resuelve en variadas figuras. Un hombre docto en ella la dirige, oficiando entre de bastonero y maestro de ceremonias. Auxiliase unas veces de una pértiga, con que gobierna la marcha del baile, y otras de un silbato, del que se sirve para marcar el fin de cada paso. Hacen sus paseos las parejas en ordenada teoría, y apártanse luego en graciosos saludos y gentiles reverencias de minué. Parece como un curso de la historia del baile, en que aparecen el vals y el rigodón entre una remota danza sagrada y la habilidad de un bailarín solitario, que destaca su persona y ejecuta un lento trenzado, midiendo cuidadosamente con los pies un ritmo singular.

La noche avanza, los espectadores ya no se agolpan para presenciar las proezas de los bailarines, y el baile prosigue indefinidamente. Son las mujeres las que resisten briosamente el cansancio. Sin muestra ninguna de fatiga, las viejas continúan solas canturreando su salmodia y agitándose ya convulsivas y frenéticas. Y cuando el sol comienza á dorar el verdor de los

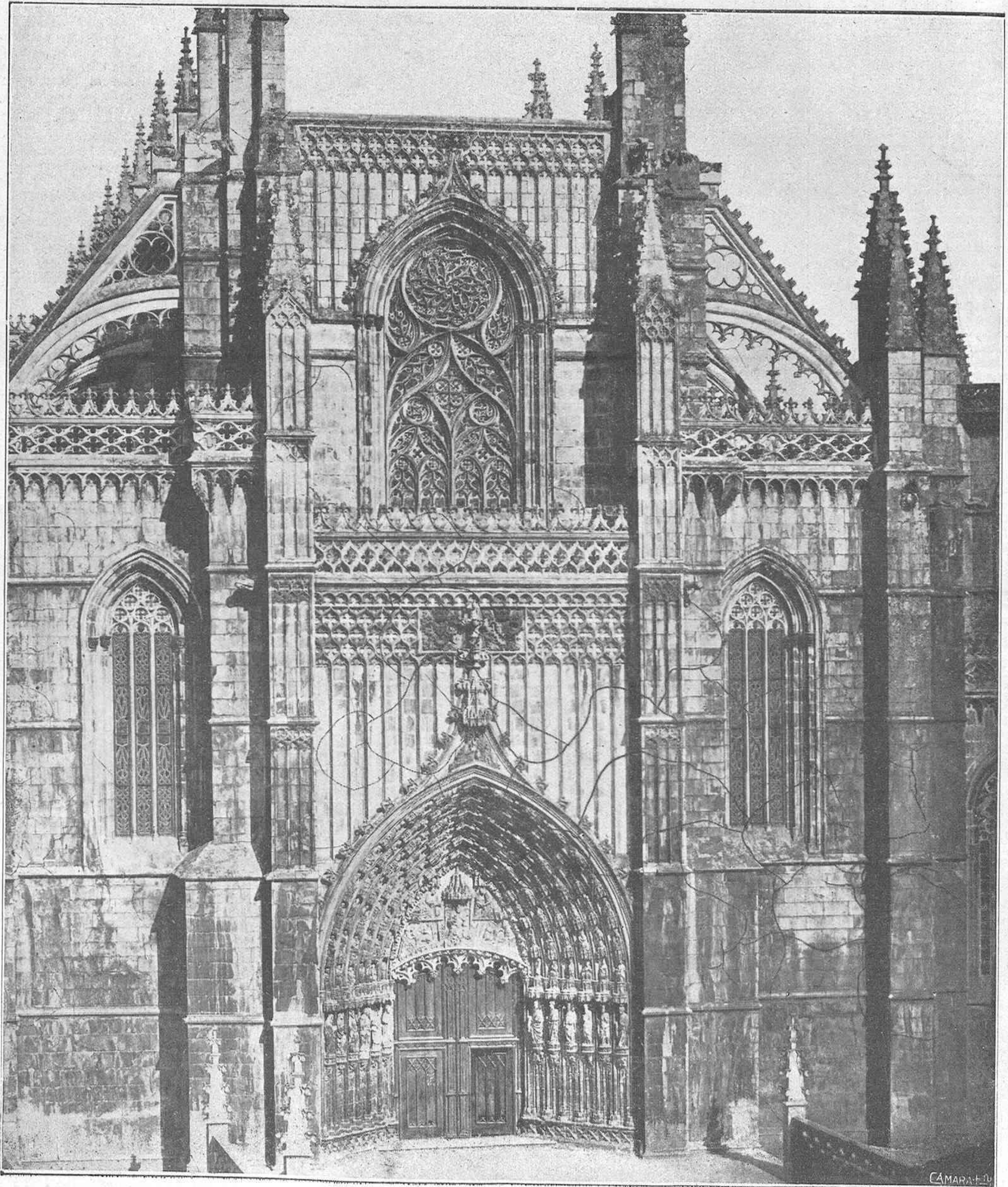
platanos, y los abuelos y las nietas ha tiempo que se recogieron á descansar, y el bongosero golpea, mecánicamente y adormilado, su tambor, y los mozos jaraneros duermen su embriaguez, aún quedan unas negras antañonas danzando pesadamente, como movidas por un impulso ultrahumano.

A nadie ofenden con esa supervivencia de sus prácticas tradicionales. ¿Por qué mirar, pues, como cosa vitanda esas fiestas, con un horror sospechoso, ya que puede parecer el celo con que en un tiempo abominaban de todo lo que olía á judío los cristianos nuevos, para no recordar su origen mosaico?, y cuando á alguno de sus detractores le podría repetir aquél lo que dijo ante cierto concurso: «No toquemos ese punto, señores, porque aquí el que no tiene de dinga, tiene de mandinga.»

Tan verdad es, que no hay que envanecerse de genealogías. Nadie pidió nacer, ni mucho menos eligió el color del marbete con que había de venir facturado á este bajo mundo. Al fin, todos somos hijos de Dios. Y de la casta de Cam era uno de los tres reyes magos que, guiados por la estrella de Oriente, llegaron á adorar al niño que nació en Belén.



## MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS PORTUGUESES



Puerta principal del Monasterio de Batalha

CAMARA-FIU



# LA HISTORIA EN LAS CANDILEJAS

## LA VIDA AVENTURERA DE LADY HAMILTON

Al escenario del *Theatre des Nouveautés*, de París, acaba de llevar, en separados episodios que constituyen diez cuadros de la obra, el dramaturgo Nozière, la vida tan brillante, y á la vez tan patética, de aquella inglesa excepcional lady Hamilton, cuyo recuerdo, por su intervención en resonantes acontecimientos públicos, conserva la Historia. El intento escenográfico de Nozière parece que no ha sido muy afortunado. Sin embargo, es esa una figura que ha tentado á muchos escritores, así ingleses como franceses, lo mismo á los forjadores de novelas, que á los cultivadores de las biografías históricas. En efecto, la vida de lady Hamilton es una asombrosa y dramática novela. Claro es que ya no se la puede reproducir con aquella espléndida hermosura que maravillara á Goethe, y que él expresa en las páginas de su *Viaje á Italia*. Además, de ella han quedado imperecederas imágenes en el lienzo, ya que á lady Hamilton la retrataron los más grandes maestros de la pintura inglesa: Romney, Reynolds, Lawrence.

«Ella tenía—escribe la gran pintora francesa madame Vigée-Lebrun, en sus *Souvenirs*—una cantidad enorme de hermosos cabellos rubios oscuros, que podían cubrirla enteramente; con los cabellos sueltos era admirable.» De añadidura, ella tenía unos ojos de un azul profundo, el irresistible encanto de una angelical sonrisa, con la candidez de la sonrisa de un niño. Todo eso hacía de ella un tipo de ingenuo á lo Greuze, que

este pintor se complacía en perpetuar en sus lienzos célebres.

Aun tenía otro encanto seductor lady Hamilton, y era la movilidad expresiva de su rostro. A este propósito, la misma madame Vigée-Lebrun escribía: «Nada más curioso que la facultad que había logrado lady Hamilton de dar á todos sus rasgos la expresión del dolor ó de la alegría, y de prestarse maravillosamente á representar personajes los más diversos. El ojo vivo, los cabellos sueltos, ella os mostraba lo mismo una amante deliciosa, que una Magdalena arrependida admirable.»

Lo que no puede explicarse bien es qué extraño sortilegio había en ella, llevándola tan rápidamente en su carrera triunfal, desde los más humildes orígenes, al pináculo de la fortuna, los honores y la celebridad. Acaso fué ese histrionismo de comedianta, que era en ella una irresistible seducción; tal vez su hermosura extraordinaria, que deslumbraba á los hombres; posiblemente, el arte de la intriga, que le proporcionara sus mayores éxitos.

Su oscuro nombre de origen era el de Emma Lyon. Había nacido en la misera aldea de Nesse, en el condado de Cheshire. Su padre era herrero en el pueblo. Muerto éste, la viuda y la hija se trasladaron al villorrio de Hawarden. Al evocar más tarde la infancia de lady Hamilton, muchos recordaban haberla visto con un borrillo vendiendo carbón de casa en casa, y más tarde, á los diez años, ejerciendo el oficio de niñera, al servicio de un habitante de Hawarden. Después marcha á servir á Londres. Cuando ella llega á la capital de Inglaterra, acaba de cumplir los catorce años. Como si la empujara un benévolo destino, en ese viaje se ponía en camino de una brillante posición social y de una nombradía histórica. En sus comienzos, ya en Londres, trabaja para no morir de hambre. Sirvienta en una taberna; niñera en casa de una familia modesta; después como vendedora en una tienda de mercería.

En ese último empleo la conoció mistres Kelly, que recibía en su casa un mundo de costumbres equívocas. A ella se fué Emma Lyon.

Y en ella conoció al capitán de navío Payne, más tarde almirante. El fué el primer amante de la futura lady Hamilton.

Después, su afán de brillar la llevó á la vida galante. Y es, sucesivamente, amiga del viejo Fetherston Mangh, luego del doctor Graham, del insigne pintor Romney, de Granville, de sir William Hamilton, que hizo de ella su es-



LADY HAMILTON  
Por G. Romney

posa, elevándola á su rango aristocrático, y, por último, la amante, ciegamente idolatrada, del inmortal marino Nelson.

Al casarse y convertirse en lady Hamilton, comienza, en realidad, su verdadero papel histórico. Su marido, amigo del rey Jorge III, había sido nombrado embajador de S. M. Británica en la Corte de Nápoles. Desde su llegada, por medio de hábiles intrigas, lady Hamilton se hizo la amiga íntima de la reina María Carolina, de Nápoles. El rey también se prenda de ella, de su hermosura irresistible. Allí, por un azar de la suerte, conoce á Nelson, glorioso ya por su triunfo en Aboukir sobre los franceses. Desde los primeros momentos, la bella embajadora y el héroe de los mares se entienden y se aman. Es lady Hamilton la que induce á los reyes de Nápoles á declarar la guerra á Francia. Pero, uno tras otro, vinieron los desastres para los ejércitos napolitanos. Los reyes tuvieron que abandonar la capital de su reino y buscar la salvación de sus vidas en la huida. Lady Hamilton preparó aquella fuga, verdaderamente dramática, aprovechando las sombras de la noche para embarcarse. Recobrada Nápoles, la Corte regresa desde Sicilia. ¡Ay de los vencidos! María Carolina es implacable en sus venganzas, secundada por lady Hamilton, que á su vez cuenta con Nelson. Así se produce aquella horrible ejecución del almirante napolitano Caracciolo, colgado de una verga de la *Minerva*, ejecución que se decía habían presenciado lady Hamilton desde el buque insignia con Nelson.

En ese momento culmina la vida de lady Hamilton. Pero pronto comienza su dolorosa y fatal declinación. Nelson muere, como un héroe, en la batalla de Trafalgar. Su último pensamiento, como las últimas letras que escribiera, y que interrumpió el primer cañonazo, fueron para Emma.

La Embajada en Nápoles había terminado, y la muerte de Hamilton, que no dejaba á su mujer el patrimonio familiar en herencia, lanzaba de nuevo á Emma Lyon á sus antiguos días de obscuridad y de pobreza. Fueron los días de la miseria y de la vejez en la expatriación, en la soledad de un albergue pobre de Calais. Tanta era su miseria, que á una inglesa de paso en Calais un compatriota le dijo que «una dama—lady Hamilton—aceptaría alegremente el peor de los trozos de carne que comprara para su perro».

Así acababa una de las mujeres más célebres.



LADY HAMILTON  
Por Jos. Reynolds

ANGEL GUERRA





«Retrato», original de  
José Pinazo Martínez





Una pintoresca escena en el

mercado de criadas de Sofia

EN LOS PUEBLOS

DE ORIENTE

Es curioso ver cómo perduran en los pueblos del Oriente de Europa las que hace algunos lustros dejaron ya de ser costumbres típicas de los países occidentales.

Aún persiste en Sofía, por ejemplo, el mercado de sirvientas, que se celebra una vez al año, en los últimos días de Noviembre, en diversas plazas de la ciudad, y al que acuden las muchachas campesinas en busca de colocaciones urbanas que al llegar el buen tiempo suelen abandonar para volver á sus trabajos campesinos.

Las muchachas van al mercado acompañadas por personas de su familia, padre y madre generalmente, que son los que cierran el trato con los burgueses.

Esa costumbre, que inspiró á Flotow una ópera y en ella el canto que en la traducción española dice:

Por buscar un señor  
al mercado yo fui...

ha desaparecido de los países del oeste, en los que también perduró algún tiempo, como



En las calles de Sarajevo se pesa aún como antaño en las carbonerías madrileñas  
(Fot. Agencia Gráfica)

Cómo perduran  
las viejas costumbres

vestigio persistente de los viejos mercados de esclavas.

Otra costumbre persistente y de la que pueden verse aún típicas escenas en la tristemente famosa ciudad de Sarajevo, es la de los hombres básulas que los madrileños que han pasado ya de la cincuenta pudieron ver durante su mocedad en Madrid, sobre todo á la puerta de las carbonerías, donde constituían el único procedimiento de pesar.

No es en definitiva otra cosa que la romana clásica á la que dos hombres, dos descargadores de carbón en el viejo Madrid, sirven de soporte en tanto que un tercero hace de pesador.

En todos los mercados de Sarajevo es posible ver escenas semejantes á las que reproducimos, desaparecidas ya hace muchos años de las carbonerías madrileñas y aún de las tiendas de ultramarinos de Madrid, que durante muchos años también usaron ese sistema para pesar los pellejos de aceite, que entonces adquirían directamente en el establecimiento.





Castillo de Manzanares el Real

(Fot. Wunderlich)

Los testigos mudos del pasado glorioso

## CASTILLOS DE ESPAÑA

**N**OSOTROS decimos «castillos en el aire»; los franceses, «castillos en España». No hay duda de que nuestra frase es infinitamente más exacta, ya que con una ú otra se quiere expresar lo puramente fantástico, creación de la imaginación exaltada sin ningún fundamento real y concreto.

«Castillos en el aire» son las creaciones puramente imaginativas. «Castillos en España» son algo sólido, serio, consistente y perdurable, que por su misma sustancial solidez tuvo fuerza para resistir por igual los embates de los hombres y del tiempo y lo que aún indica una resistencia mayor: los desengaños de la ingratitud y del abandono. Por eso son hoy, sobre los lugares eminentes de los campos solitarios, memorias del viejo poder.

Los castillos fueron primitivamente construcciones puramente militares. Se alzaban en las líneas geográficas defensivas, en las fronteras y á veces en las costas. Eran los centinelas avanzados que muchas veces se convirtieron en baluartes avanzados, en que la civilización tuvo heroica defensa contra las invasiones bárbaras.

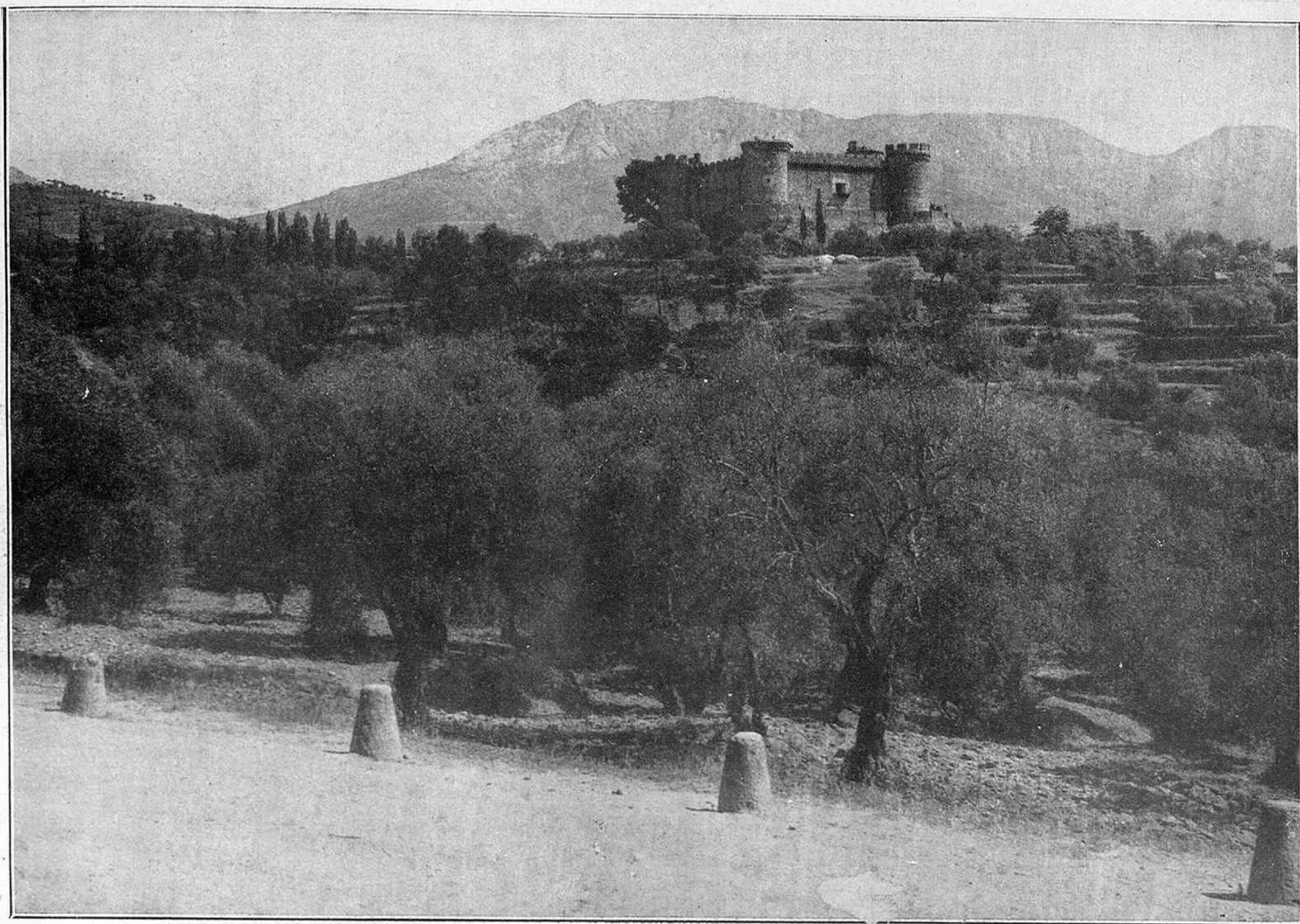
Donde había un gran macizo rocoso ó por lo menos picachos elevados propicios para establecer una atalaya avizora, se alzaba un castillo y en él se encerraba una guarnición más ó menos fuerte, según el lugar; pero siempre con vocación y, sino tanto, cuando menos con sumisión y disciplina heroicas.

La arquitectura primitiva de aquellos castillos iniciales era monótona y homogénea

en toda España. Su estructura estaba constituida siempre por los mismos elementos: un primer recinto amurallado, esclavo de los accidentes del terreno, y dentro de él, dejando un espacio mayor ó menor, pero siempre bastante para lugar de esparcimiento de la guarnición y estancia del ganado, el verdadero castillo, compuesto de un recinto de murallas de 10 metros de altura, flanqueadas por torres más altas aún, y una torre principal, donde tiene su morada el jefe.

El espacio interior así limitado constituía la *Plaza de armas*, y en ella se alzaban dos construcciones menores: la capilla, que era la principal y no falta en ningún castillo posterior al siglo x, y otra más sencilla, destinada á alojamiento de los guerreros.





Castillo de Mombeltrán en la Sierra de Gredos  
(Fot. Wunderlich)

Como destinado á prolongar la defensa en caso de ataque difícil de vencer, el ingreso al castillo era generalmente largo, siempre tortuoso y difícil de franquear. ¶

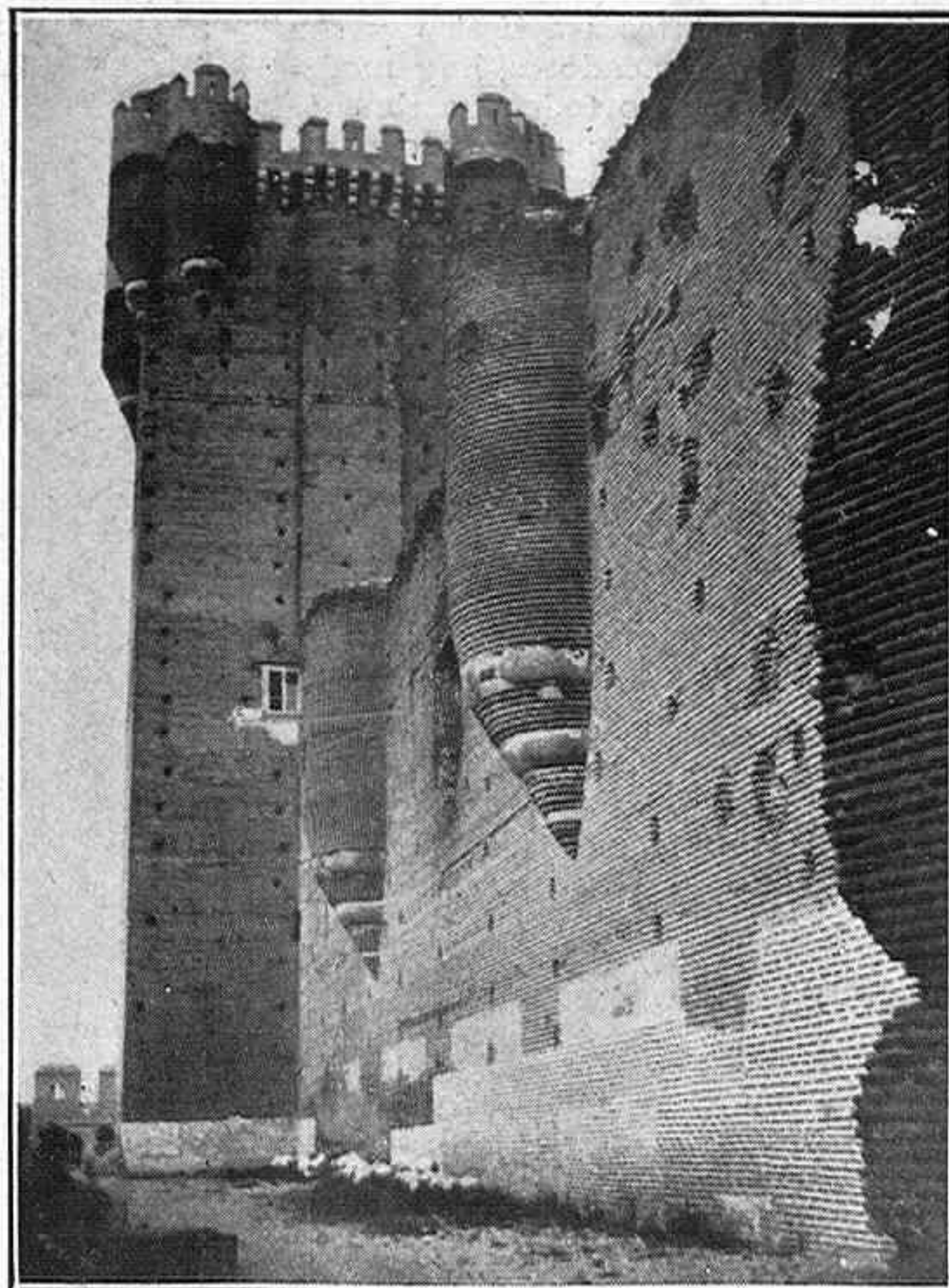
Aquel tipo primitivo se modifica y gana en amplitud y comodidad, siempre relativas, naturalmente, cuando se convierte en morada señorial.

Entonces se alza en el punto más elevado, en el lugar más estratégico del señorío, y su estructura se diversifica; ya no es tan homogénea, porque son dos las necesidades á que su estructura ha de obedecer, y según que sea una ú otra de las dos la casuísticamente más interesante, varía también la importancia relativa de los diferentes elementos.

Hay algunos que corresponden al período primitivo de la transformación, al momento en que definitivamente logrado un dominio, la lucha comienza á alejarse del castillo que la defendió, y éste comienza á transformarse, aunque primitiva é imperfectamente, en residencia señorial.

En esos castillos domina aún el elemento militar, y la transformación apenas si afecta más que á la torre principal, *Torre del homenaje* ya.

Más tarde, en los lugares en que la paz parecé ya duradera, más alejados de la frontera en que ha de concentrarse la defensa, la residencia de los señores va dominando á lo puramente militar; en torno de la plaza de armas se alzan galerías cubiertas, que la convierten en *Patio de honor*, y detrás de ella quedan las estancias propiamente militares.



El primer recinto del castillo de la Mota, en Medina del Campo  
(Fot. Asenjo)

Como antes la torre principal, las flanqueantes van dando su espacio á estancias acondicionadas para residencia de los castellanos, y el mismo adarve defensivo que une unas torres con otras y se corre por encima de cuadras y cuarteles, se convierte, partiéndose, en apacible solana ó paseador.

Cuando el palacio encajado así en las viejas construcciones guerreras es ya insuficiente para la pompa y esplendor de los señores, se convierte ya en una construcción independiente por su traza y estructura de los palacios urbanos, sino es en tener adosada á él la construcción defensiva que guarda todas las características militares del castillo primitivo guerrero.

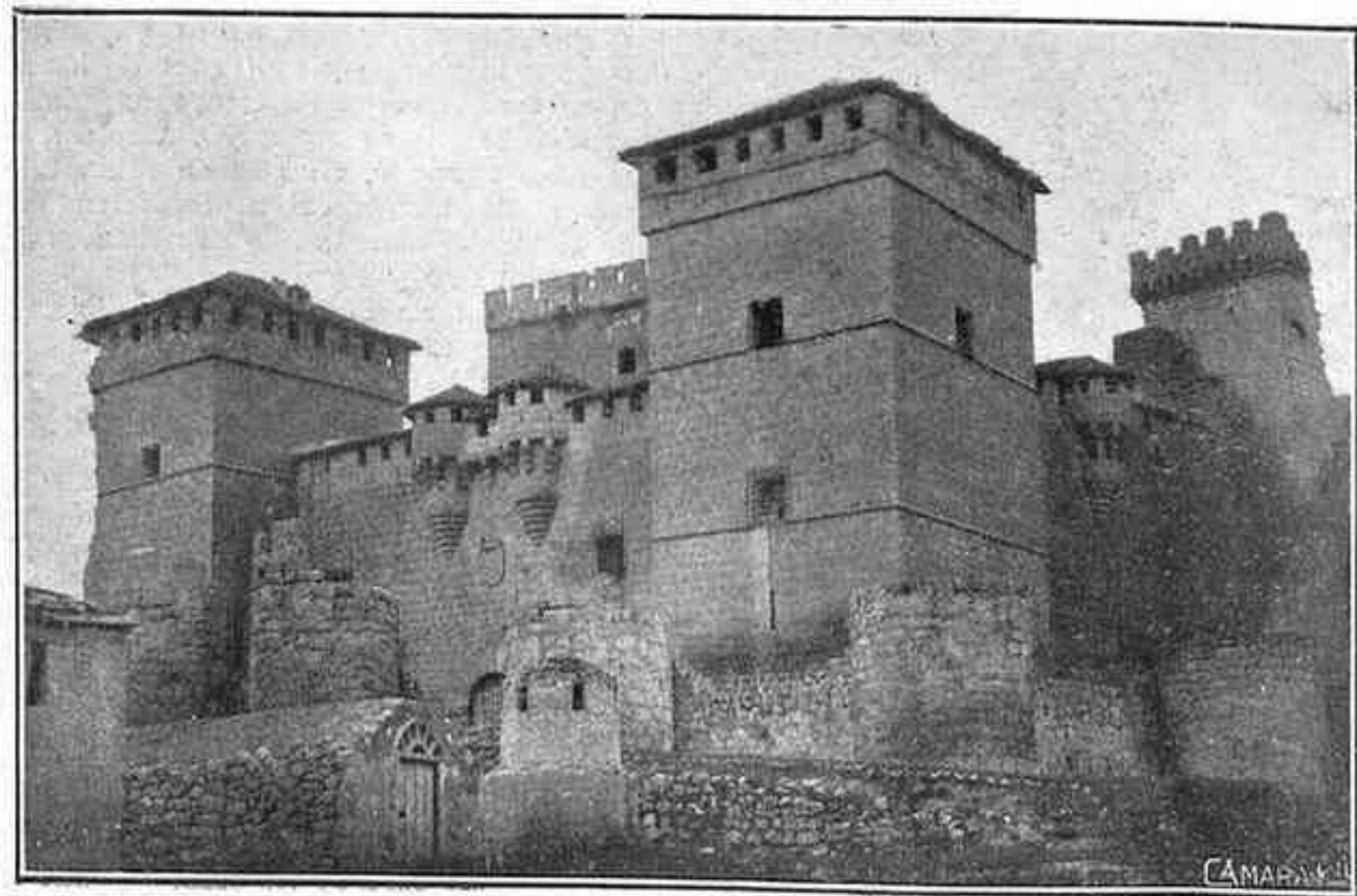
La evolución en el tiempo fué alejando cada vez más al palacio del castillo: eran épocas menos belicosas y, por otra parte, el feudalismo, consecuencia y razón simultáneamente de los castillos, había perdido ya su fuerza y los señores no lo eran á la manera antigua; el palacio fué palacio definitivamente, siquiera, y en Francia aún más que en España, siguió teniendo el nombre de castillo, y el castillo medieval, porque así requirieron los progresos del arte de guerrear, necesitó convertirse en fuerte con formas propias, ajustadas á los progresos de la artillería, sobre todo, y que llevadas á la suprema en las viejas fortificaciones belgas, singularmente en las de Amberes, demostraron pronto su ineficacia y su inadecuación ante los nuevos medios de ataque que los antiguos ingenieros militares, y con motivo suficiente, no habían sido capaces de prever.



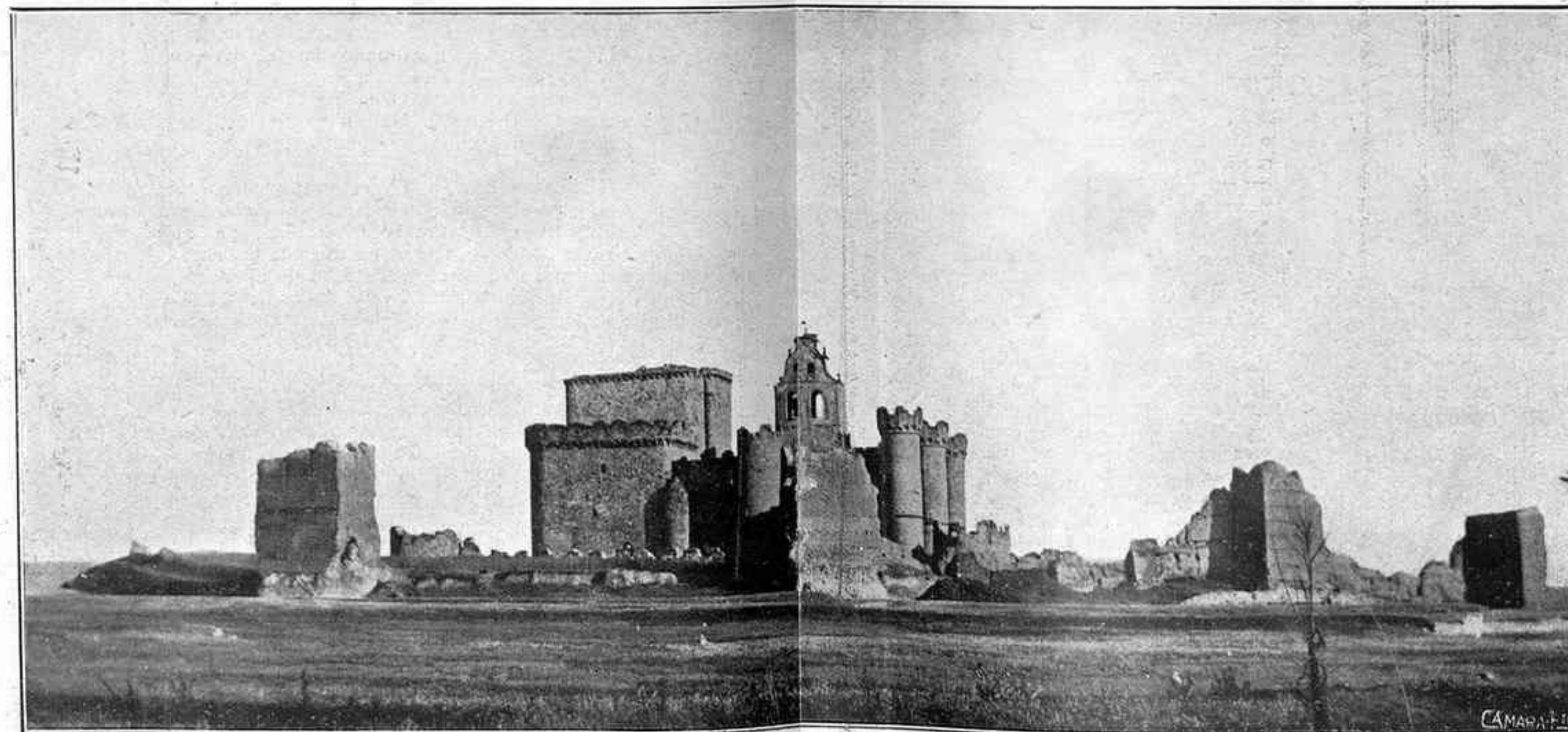


Vista general y torre del homenaje del castillo de Alarcón, en Cuenca

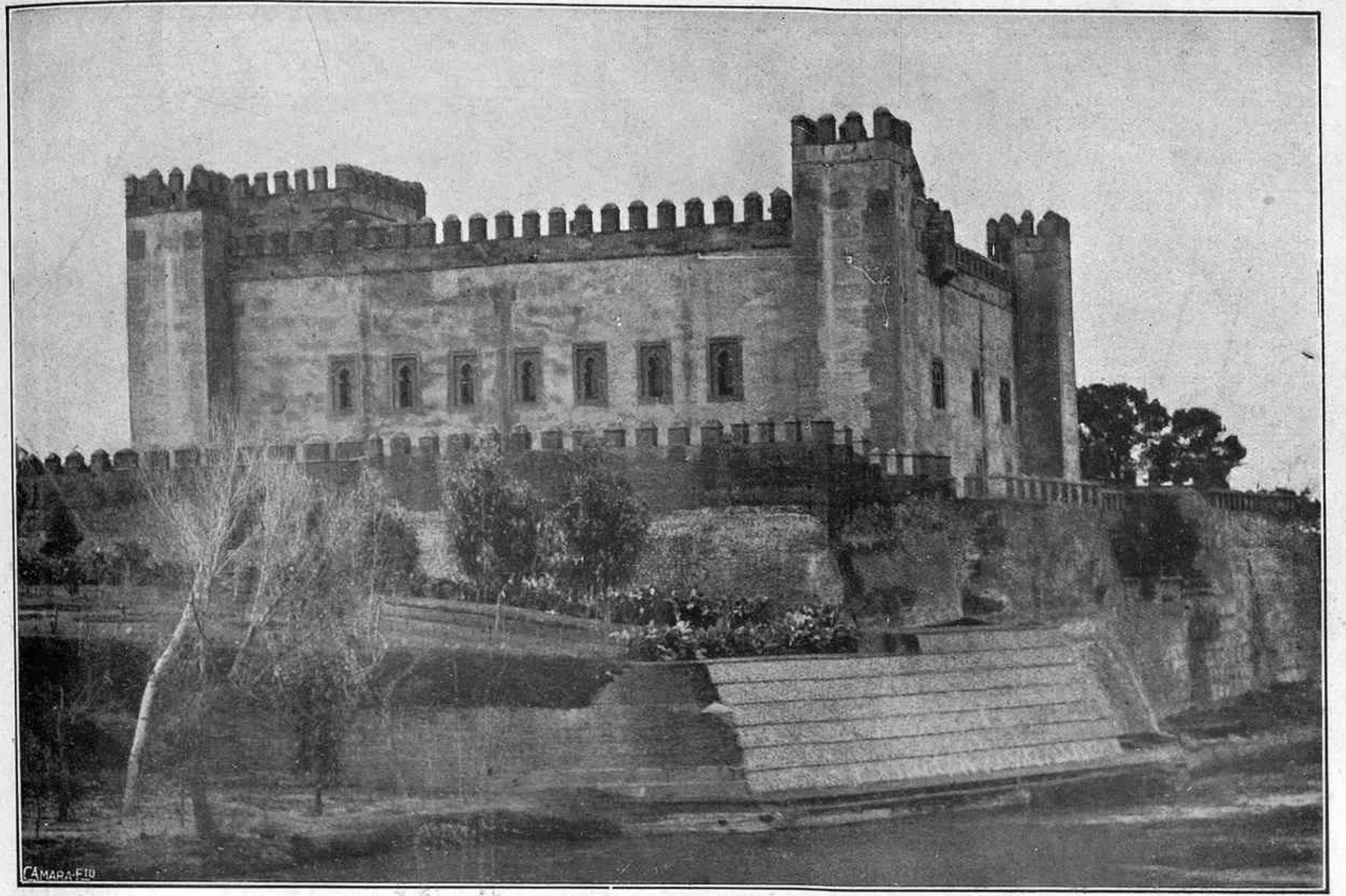
Entre los castillos españoles que tienen, además, enorme interés artístico y son en ese sentido y en el propiamente histórico muy fuertemente evocadores, hay modelos de los diversos tipos y momentos de esa evolución, aunque no todos igualmente conservados. Naturalmente, lo están infinitamente mejor los que pudieron convertirse en palacios que los fundamentalmente militares. Estos fueron siendo sucesivamente abandonados a medida que perdieron valor estratégico, y el abandono los convirtió



Castillo de Ampudia



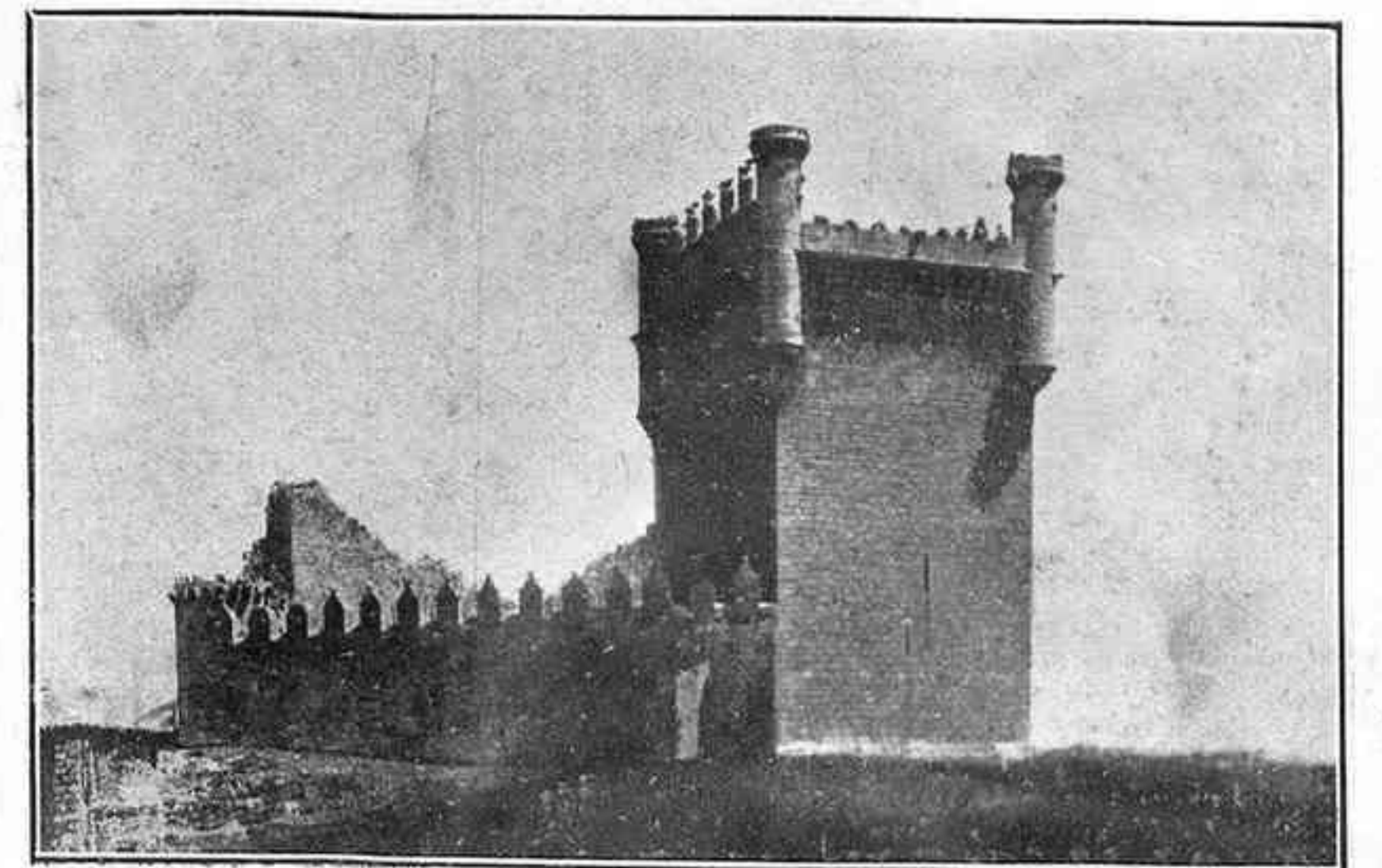
El castillo de Turégano, en la provincia de Segovia



El castillo de Malpica, en la provincia de Toledo

en ruinas, muy interesantes como tales ruinas y porque conservan mejor la huella del pasado.

Los castillos-palacios han ido modernizándose y constituyéndose como verdaderas residencias señoriales admirables para la paz, y que al ganar en confort, cada día perdían más las características de fortaleza que su destino militar las hizo tener primitivamente.



Castillo de Belmonte



Fué menos regalada y confortable la estancia en aquellas recias construcciones cuando aún no había caído en el olvido la primitiva función guerrera de ellas.

El castillo de la Mota, el famosísimo castillo de Medina del Campo, que tiene también un puesto en la historia actual, aunque, naturalmente, menos esplendoroso que en la inicial de la Edad moderna, fué durante muchos años morada de reyes, y no es comparable en comodidad y magnificencia á las moradas espléndidas de los buenos burgueses, nuevos ó viejos ricos de nuestros días.

Es el de la Mota un castillo amplio, con cuatro recintos formados por la barbacana exterior que cierra la *Plaza de armas*; el muro, de ladrillo, con almenaras, cubos y aspilleras; el castillo propiamente dicho y la torre del homenaje.

Lo más importante es, naturalmente, la torre del homenaje, ornamentada con modillones y con ángulos entrantes, flanqueados por garitas en lo alto de sus esquinas.

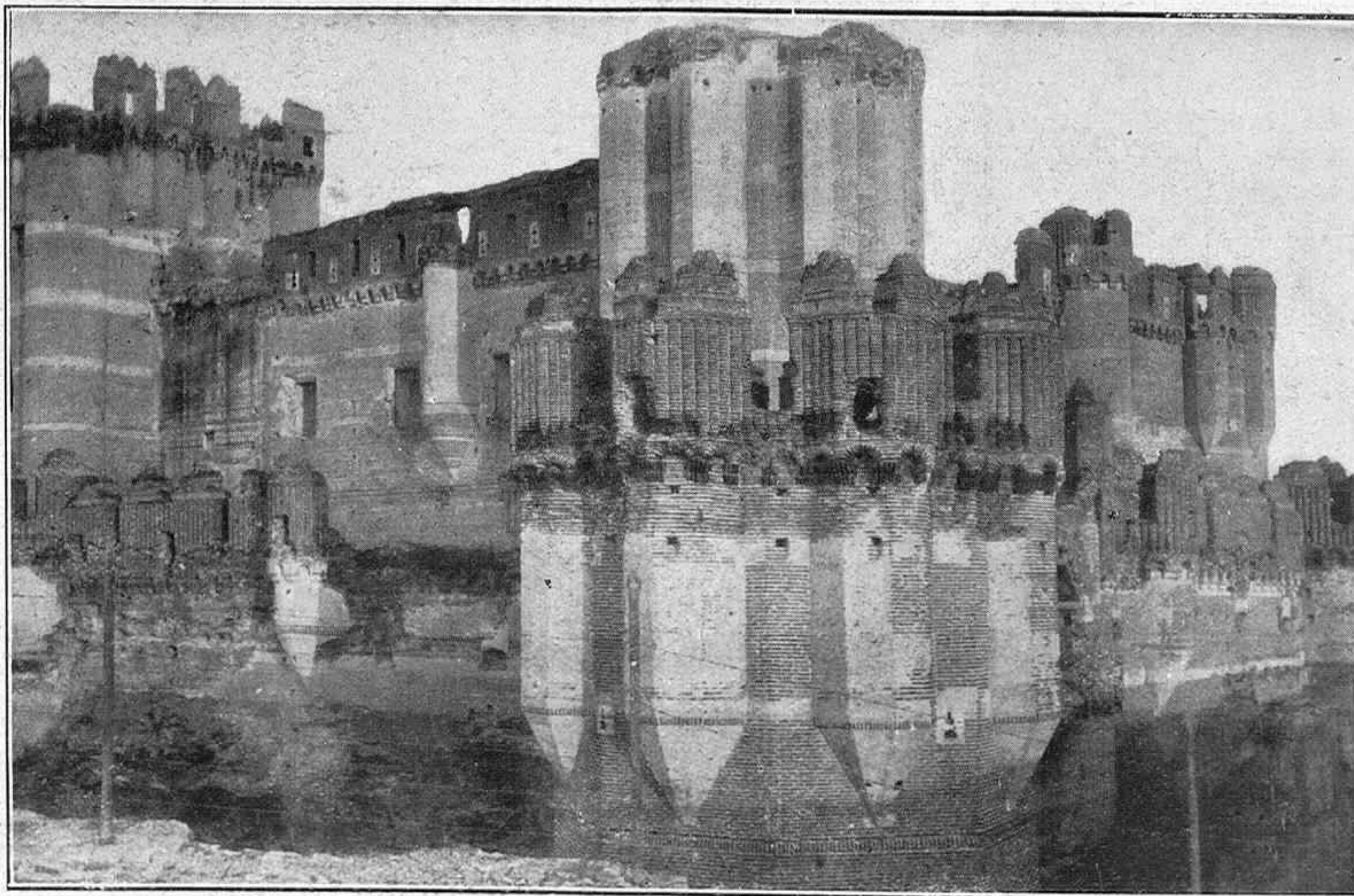
El arco del puente levadizo, que había de unir el primer recinto con el segundo, lleva indicada la época de su construcción y el alto destino de la misma, por los blasones y divisa de los Reyes Católicos que en lo alto le ornamentan.

Otro arco enorme, con doble rastrillo, conducía á las habitaciones del verdadero alcázar, una de las cuales, con admirable bóveda de lacería, es el *Tocador de la Reina*. El castillo entero y el alcázar, singularmente, merecían mejor conservación.

La Mota fué, en efecto, reiteradamente residencia real. Allí vivieron los Reyes Católicos, en cuyo reinado, en 1482, diez años antes del descubrimiento de América, fué terminado el alcázar. Allí, según la opinión más generalizada y contra la de otros historiadores que fijan para el suceso el Palacio real de Medina ó el convento de Santa María la Real, murió la reina Doña Isabel la Católica.

Allí estuvieron presos César Borja y Gonzalo Pizarro.

Al pie del castillo se alzaba una villa inmensa, riquísima y principalmente comercial, que parecía destinada á sucumbir al fuego y cumplió



Detalle de torres y bastiones del castillo de Coca  
(Fot. Unturbe)

su destino. Incendiada en 1479, en 1491 y en 1492, puede decirse que pereció arrasada por las llamas en 1520, cuando los medinenses tomaron partido por las comunidades, contra Antonio de Fonseca.

Fué el capitán de los imperiales quien la hizo incendiar en aquella fecha; había acudido á Medina en busca de la artillería necesaria, que se guardaba allí, para batir á Segovia, donde se habían hecho fuertes los comuneros. Los medinenses se la negaron, y rechazados de los débiles muros de su villa, resistían heroicamente en el centro de ella, valiéndose, precisamente, de la artillería demandada por Fonseca.

«De pronto—dice un historiador—, brotaron las llamas, y toda la villa fué un mar de fuego; y entonces, aquel pueblo de mercaderes vió im-

pasible arder sus moradas y sus riquezas, sin abandonar un punto la artillería ni distraerse de su custodia para acudir al remedio de su daño.»

Entre tanto, la soldadesca de los imperiales había saqueado los barrios más opulentos, llevando á todas partes la destrucción y el terror.

Tres días duró el fuego, que destruyó las 700 mejores casas de la villa, aniquilándola. Abrasóse el famoso convento de San Francisco, inmenso depósito de las más ricas mercancías, y toda la calle de la Joyería; oro, plata y piedras preciosas fueron allí el cebo de la hoguera, y tal fué el horrendo espectáculo, que el mismo Fonseca, horrorizado por su obra aún más que perseguido por la execración general, huyó de España.

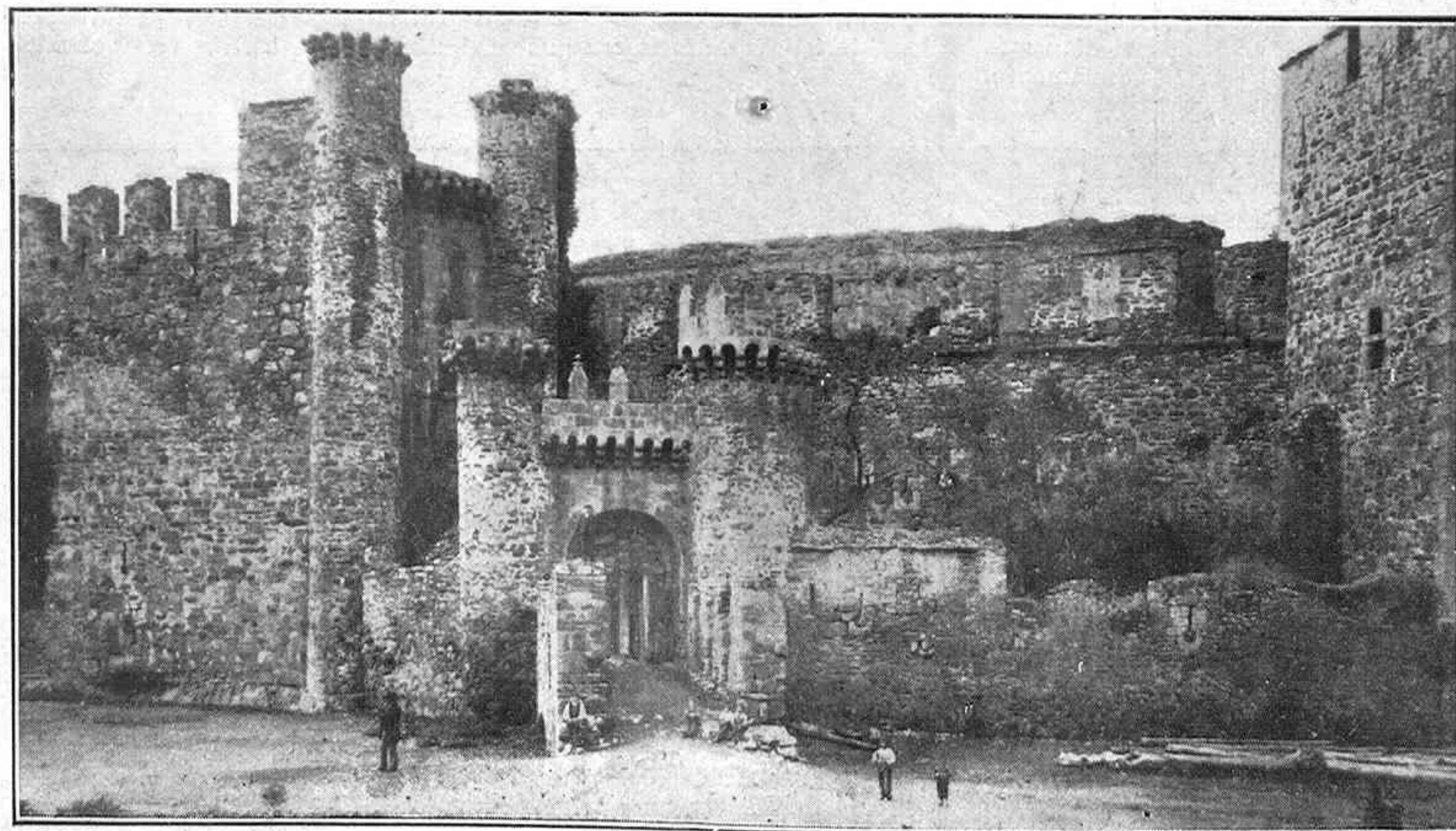
Aún recobró Medina, más tarde, una parte de su pasado esplendor, y allí residió, en 1532, la emperatriz Isabel.

En la época contemporánea tuvo aún Medina nuevas congojas guerreras, y en 1809 se dió en sus tierras una de las batallas más famosas de la guerra de la Independencia.



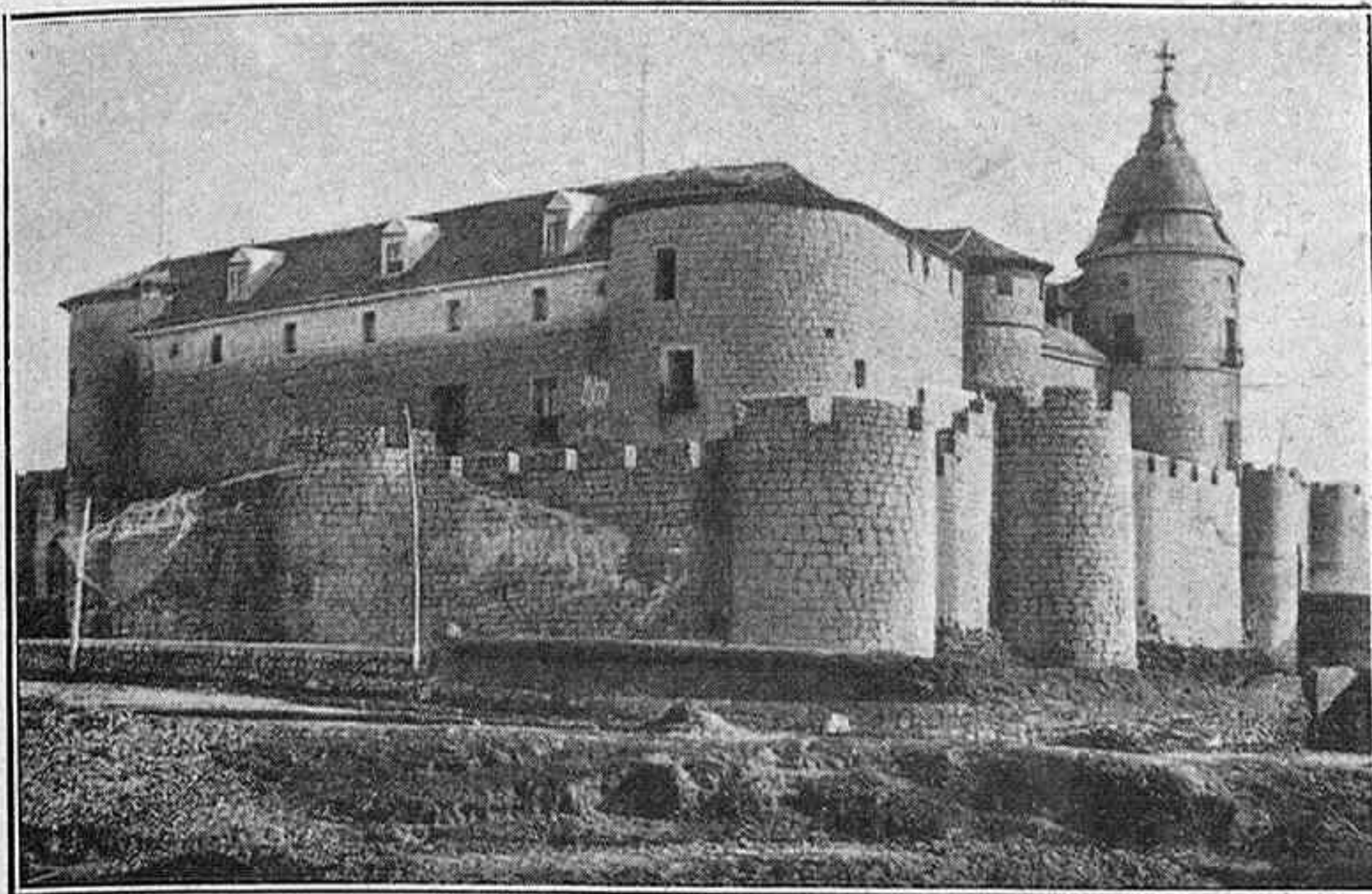
Coetáneo del de Medina es el castillo de Coca, que fué construído precisamente por los Fonseca, en el siglo xv.

Coca fué entonces una villa amurallada, y aún son visibles en muchos puntos restos y, sobre todo, cimientos de la antigua fortaleza. Su principal defensa, sin embargo, era el verdadero castillo que se alzaba al oeste de la villa, como tantos otros análogos, en la confluencia de dos ríos (el Voltoja y el Eresma). La fábrica del castillo de Coca es de ladrillo y tiene torres ochavadas, muy bellamente flanqueadas por garitas, también de planta poligonal, unidas por una arquería corrida, desde la cual á las almenas hay multitud de facetas que dan al castillo de Coca ostentosa belleza.



Castillo de Ponferrada  
(Fot. Cordeiro)





Castillo de Simancas, donde está instalado el Archivo Nacional

En los lienzos de muralla hay también cubos y garitas cilíndricas ya, pero ornamentados también, que dan al conjunto mayor riqueza y esplendor.

En el ángulo norte está la *Torre del homenaje*, lo peor conservado del castillo, aún después de la reconstrucción hecha en el siglo XVIII, y ruinosas como él están las galerías del patio, que tenía doble columnata de orden corintio ó compuesto y ornamentación de azulejos.

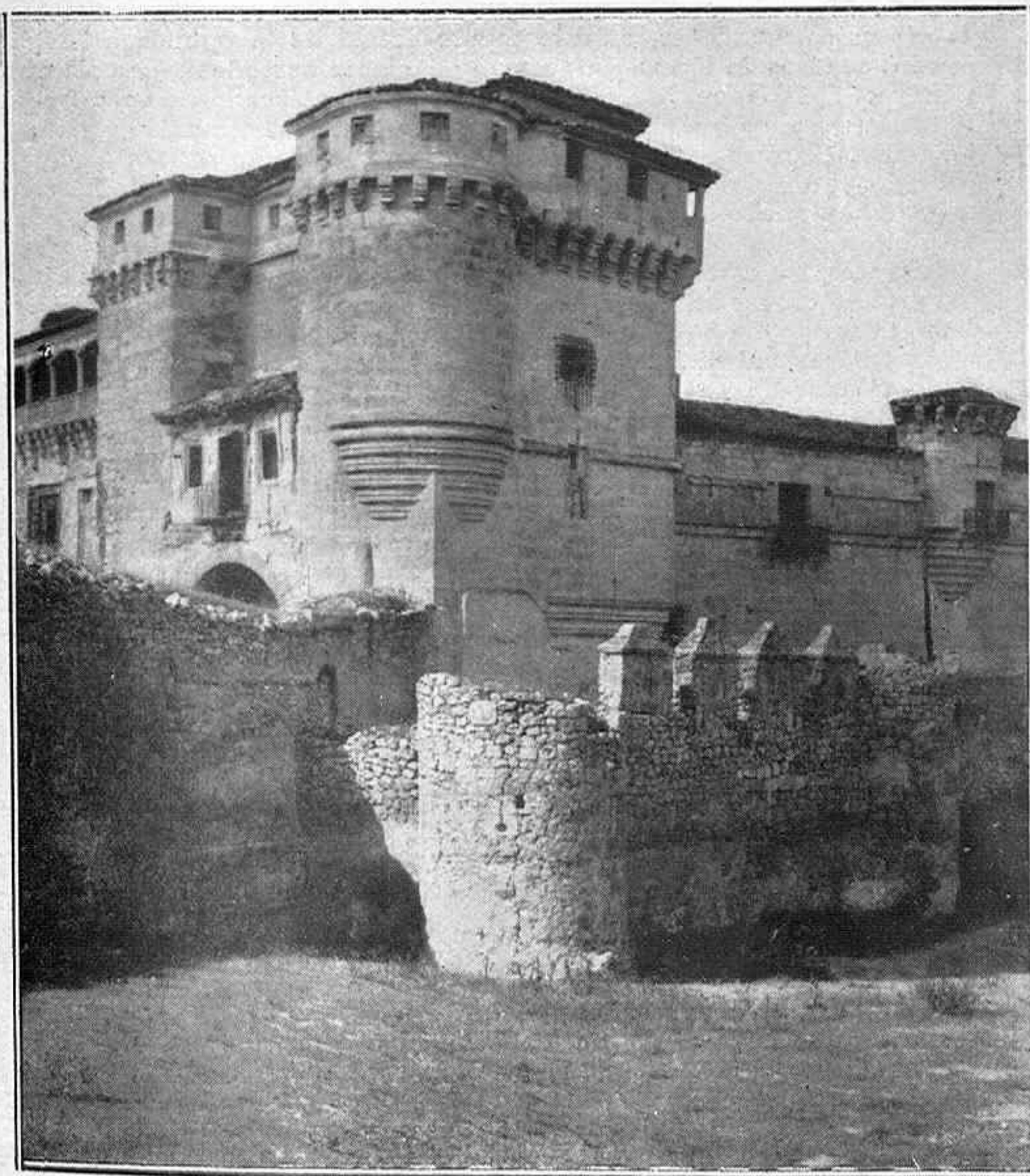
En el castillo de Coca vivió y murió, en 1473, el arzobispo de Sevilla, don Alonso de Fonseca, que tiene su sepulcro en la capilla mayor de la villa.



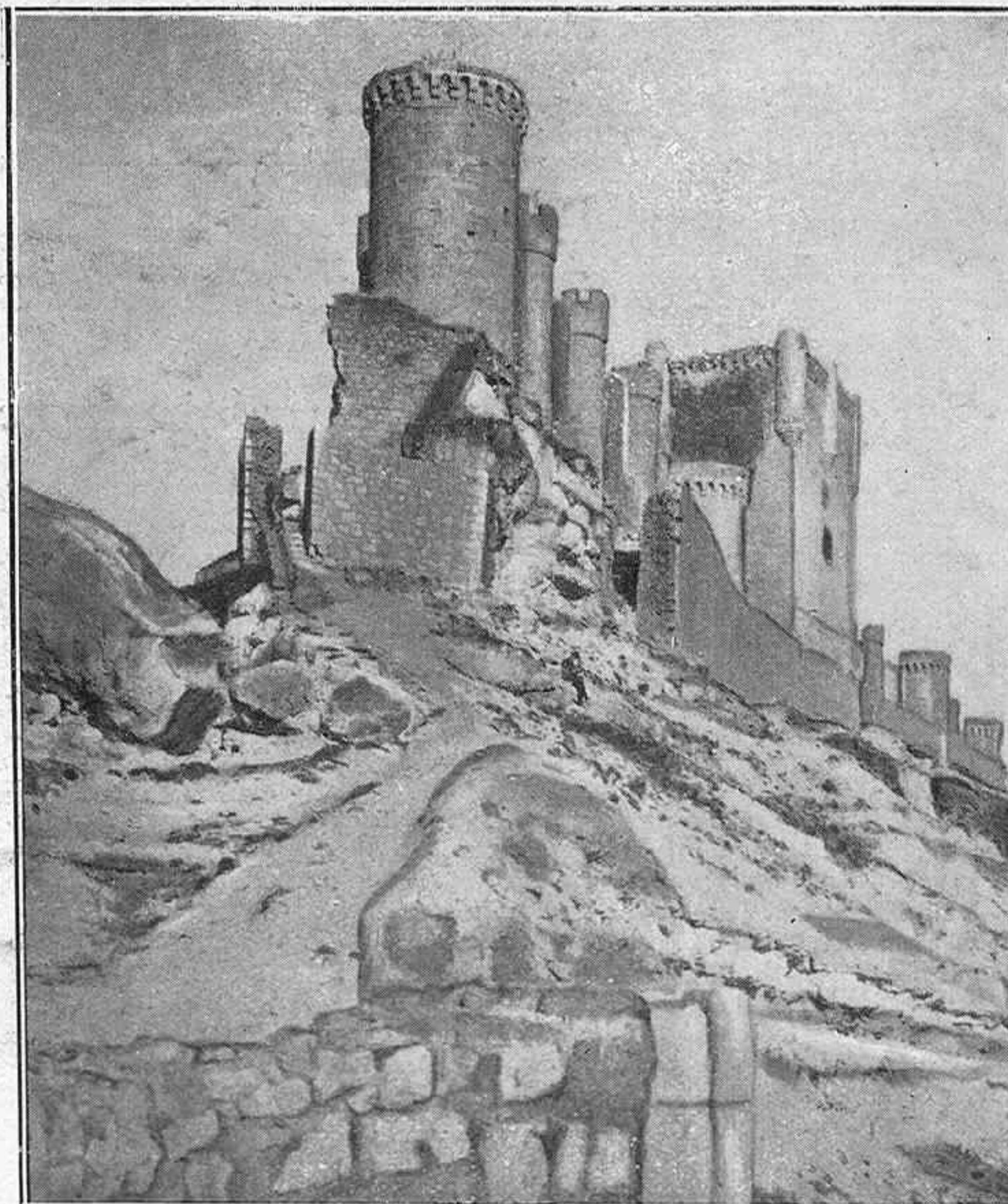
También el castillo de Simancas fué residencia regia en su época próspera (siglo XIII). Después cambió de destino, para empeorar, convirtiéndose, como otros viejos fuertes, en prisión de Estado. Felipe II le ennoblecó de nuevo trocando aquel lúgubre destino por el que aún conserva.

Entonces comenzaron ya las construcciones que, para adaptarle á nuevas necesidades, han ido modificando la traza y estructura del antiguo castillo.

Berruguete, Mazuecos y Herrera fueron los autores de aquellos aditamentos iniciales, y no supieron obedecer las órdenes del rey, que de-



Torres del Mediodía del castillo de Cuéllar

Castillo de Peñafiel  
(Cliché Antón)

seaba conservar á la vieja construcción su carácter propio de castillo palacio.

Como castillo situado en llano—en Mota—, el de Simancas tiene, como completos máximamente defensivos, foso y altas murallas.

La planta del recinto exterior es pentagonal, y sus torres, cilíndricas. La de la torre principal, cuadrada.

Fué construído en los siglos X y XI, cuando Simancas era punto estratégico fronterizo, y su aspecto actual es, naturalmente, por razones ya apuntadas, muy diferente del primitivo.



El castillo de Cuéllar tiene también historia que pudiéramos llamar regia; pero menos limpia. Su nombre figura mucho en las crónicas escandalosas del reinado de Enrique IV. Aquel rey donó á su favorito, el tristemente famoso don Beltrán de la Cueva, el castillo y con él el señorío de Cuéllar, en 1464.

De aquella construcción primitiva sólo perduran hoy los calabozos y el salón para la guardia. La mayor parte de lo conservado es de la reforma hecha en el siglo XVI y aún hay parte importante añadida en el XVIII.

Gótico inicialmente, tiene bellas adiciones mudéjares y otras posteriores y de peor gusto, Renacimiento.

De planta rectangular, porque está en terreno menos accidentado, tiene una torre principal cuadrada y tres cilíndricas; en una de ellas está la capilla, que tiene una bella bóveda nervada muy del siglo XV.



Peñafiel fué también sede de una Corte, aunque no regia. Allí tuvo la suya, tan fecunda para las letras y para el idioma patrio, el infante don Juan Manuel, aquel príncipe artista, nieto de San Fernando: «magnate ambicioso cuanto insigne escritor». Fuerte, Corte y estudio á la vez, lo dominante en él, á pesar de su brillante destino cortesano, es lo militar; sus defensas son fuertes, y, en cambio, sus estancias y cámaras que están todas en la torre del homenaje, son reducidas. Lampérez las señala como menguadas «para una existencia regia y para la gloria de haberse escrito en ellas *El conde Lucanor*...»

El escudo real de Castilla y León, compartido con otros cuarteles en lo alto del muro, indica la obra que en el siglo XIV hizo el sabio Infante.

El castillo de Peñafiel es uno de los más antiguos en que la silueta tiene ya especialísima traza muy española, gracias á la belleza intensamente decorativa de las finas torres y los airosos garitones puestos en ángulos y frentes de la torre del homenaje. No llega aún á la complicación ornamental del Alcázar de Segovia, pero es ya del mismo tipo, más ricamente construído.



PERSIGUIENDO OBRAS MAESTRAS

Dos cuadros de Hals  
recientemente descubiertos

LA moda tornadiza, ó un conocimiento más exacto del valor estético de cada pintor de antaño, ha ido haciendo subir á puestos preeminentes en la historia universal de la pintura á grandes artistas dignos de esa exaltación y que durante muchos años y aún durante siglos, fueron olvidados ó, lo que es aún más curioso, desdeñados por los que se decían inteligentes, peritos en arte pictórico.

El caso tan típico y demostrante del Greco en España, se ha repetido más de una vez con grandes pintores extranjeros; y otro caso igualmente característico es el de Frans Hals, cuya pintura fué despreciada como inferior por coleccionistas y críticos durante un largo período, y es hoy buscada y pagada á precios muy elevados, que contrastan rudamente con los que fueron pagados por obras del gran pintor holandés que figuran en los museos más famosos del mundo.

Baste para mostrar ese contraste, con citar las cifras más conocidas: el retrato de Juan Aeronius, actualmente en el Museo de Berlín, fué vendido en 1786 en cinco pesetas, y el cuadro denominado *El hombre de la espada*, conservado en la famosa galería de Liechtenstein, en 1800, no alcanzó mayor precio que el de 25 pesetas.

Frente á esas cotizaciones ínfimas pueden ser citadas las que lograron, un siglo ó poco más después, otras obras del mismo autor. En 1908, la Galería Nacional de Londres pagó 625.000 pesetas por un cuadro representando un grupo de figuras, procedente de la colección Talbot y muy asimilable á los grandes lienzos que figuran en el Museo de Harlem—el



«Un muchacho fumando la pipa». Tabla recientemente identificada como de Frans Hals



«Un muchacho tocado con sombrero negro». Lienzo indudablemente de Hals

Museo propio de Frans Hals, podríamos decir—y en el de Amsterdam, como el *Grupo de oficiales de la Guardia cívica*.

Poco antes, otro cuadro del holandés, el retrato de *Pieter van der Broecke*, había sido vendido en 110.000 pesetas, para una colección particular.

No es sorprendente, en este estado actual de la opinión artística, que los cuadros de Frans Hals sean ávidamente buscados y que sea este pintor el más favorecido por las hipótesis identificadoras de los charnileros: á poco que un cuadro tenga las características de la pintura holandesa de fines del XVII y más aún si se trata de un retrato ó de una cabeza que puede parecer tal, ó cuando menos estudio para perfeccionarse en ese género, es atribuido á Frans Hals y valorado muy elevadamente.

A veces, sin embargo, aparecen verdaderos Frans Hals que los críticos más severos y más dignos de crédito reconocen con toda seguridad como tales.

Entre los cuadros últimamente identificados de un modo indubitable como del pintor holandés, figuran los dos que reproducimos en esta página y que pueden ser incluidos justamente en el grupo de los estudios del retratista, que perseguía afanosamente lograr la penetración espiritual en que eran maestros, por Frans Hals seguramente admirados, Rembrandt y Velázquez, á cuyas sutilezas impresionantes y expresivas, definidoras de almas con el pincel, no llegó.

Los cuadros identificados ahora representan, respectivamente: *Un muchacho fumando la pipa* y *Un muchacho tocado con sombrero negro*. Ambos hacen recordar el *Retrato de un joven*, que se conserva en la colección de Rodolfo Kann.

El *Muchacho fumando* es una tabla de 57,5 por 49 centímetros, y pertenece al doctor C. Hofstede de Grool. Representa á un mozo que fuma alegremente sosteniendo la larga pipa con la mano derecha, y alzando la izquierda, que ofrece su palma al espectador, en gesto de complacencia.

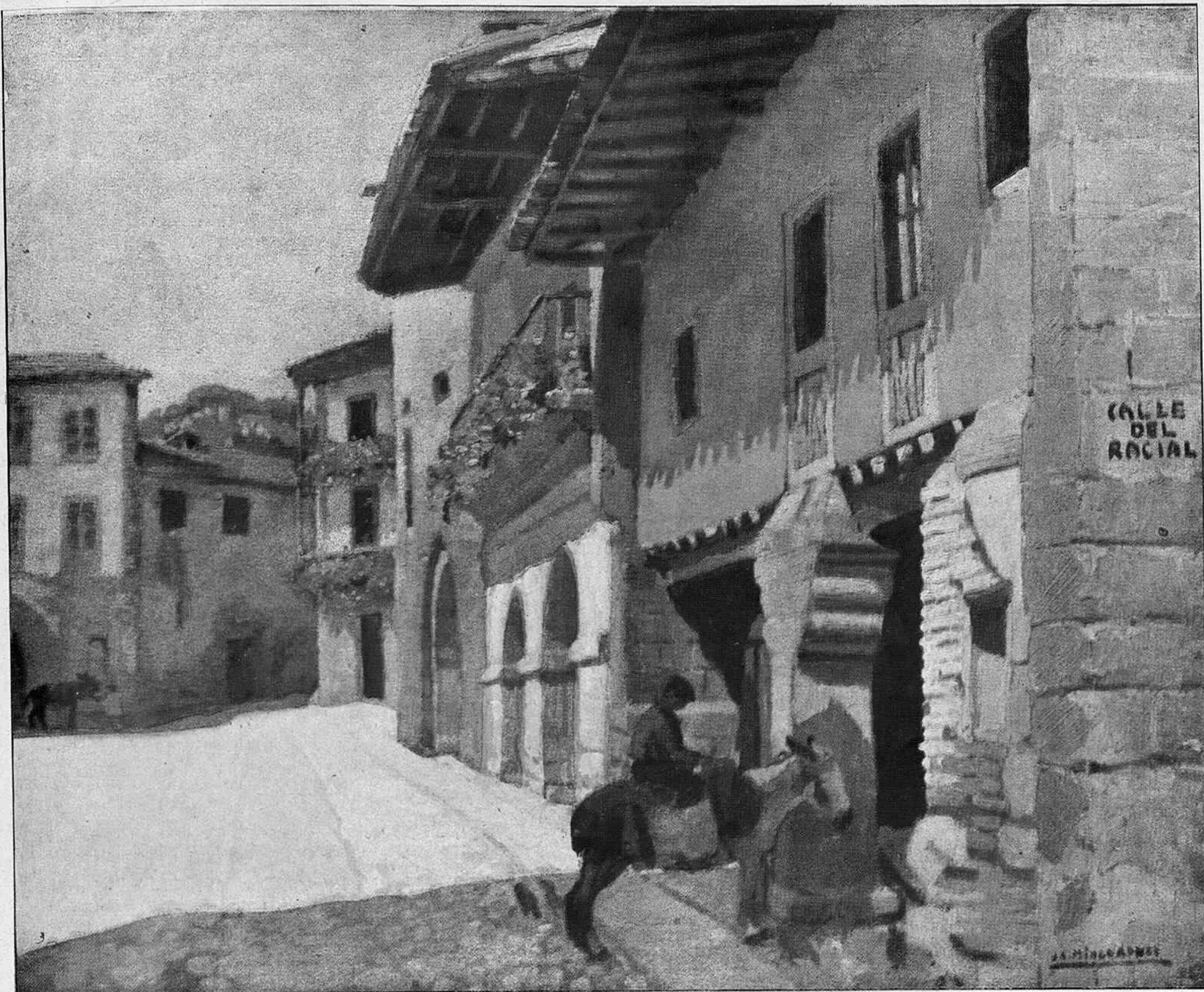
Todo el rostro muestra el regocijo; y aun tratándose únicamente de un boceto muy estudiado, son patentes las características de la pintura de Frans Hals y el anhelo de encontrar los rasgos característicos de un estado de ánimo para fijarlos con el pincel.

El *Muchacho con sombrero negro* pudiera ser otro aspecto del mismo modelo y está pintado en un lienzo ovalado de 56 por 46 centímetros. Hay, pues, una semejanza de tamaño entre ambos estudios, que hace pensar en una predilección del pintor y puede también sugerir la idea de que el *Muchacho fumando*, en una versión ulterior, definitiva, hubiese podido, adoptando también la forma oval, ser un digno *pendant* del *Muchacho con sombrero negro*.

Ambos cuadros son sumamente interesantes, y huelga decir que sus actuales poseedores no los cederán por precios irrisorios, como aquellos que se pagaban por los cuadros de Frans Hals á fines del siglo XVIII.

SANTIAGO HERRERA





«Calle de Santillana», cuadro de J. E. Mingorance, pensado en Madrid por el Ayuntamiento de Málaga

## V I V I R

*Vivir.  
Saber vivir,  
es vivir en presente.*

*Sentir intensamente  
cada palpitación  
de ese reloj del tiempo  
que es nuestro corazón.*

*Y tener la atención  
pendiente  
del momento  
presente,  
con todo pensamiento  
y toda sensación.*

*Lo demás es soñar  
Pensar  
en lo que fué  
y en lo que podrá ser,*

*sin gustar el manjar  
que nos brinda el presente  
y soñando en gozar  
un futuro quimérico,  
que rara vez logramos poseer.*

*Pensando en el futuro,  
y soñando en el ayer...*

*Y así, en vez de gustar  
esos goces pequeños que forman el caudal  
cuando salen, aún frescos, del puro manantial,  
vivimos sin vivir.*

*Y el tiempo tan pequeño  
y fugaz del presente  
se nos va sin sentir.*

*Y así «la vida es sueño»...*

Goy DE SILVA





Cátedra de fray Luis de León

## SALAMANCA

# LA CÁTEDRA DE FRAY LUIS

**C**ÁTEDRA vieja de fray Luis, del padre Vitoria, en la vieja Escuela... Púlpito para el maestro con su atril; sillón frailuno pegado á la cátedra para el lector que lee las *liciones* de Prima. Dos rayitas de luz blanca que penetran por los dos ventanales; asientos para los bachilleres y graduados á lo largo de la ancha cátedra; bancos, muchos bancos, de madera, roídos, comidos por el tiempo... ¡Cátedra vieja de fray Luis, en Salamanca!...

Siglo XVI... Dice el padre Vitoria sus lecciones de Derecho de gentes. Ningún hombre nos es del todo extraño á todos los mortales. Debemos comportarnos bien, caballerosamente, en la paz y en la guerra, con el salvaje; en el *hostes*, con el esclavo. De las balas debemos excluir siempre á las mujeres y á los niños. Solamente puede tolerarse la colisión del ejército contra el ejército. El padre dominico está paralítico; en un sillón lo traen todos los días desde San Esteban á la cátedra; sus lecciones son escuchadas por enviados de París y de Oxford, y de Bolonia, y de Padua. La voz es dulce y pastosa. Habla el latín con exquisita elegancia. Su cátedra se puebla de gentes de todo estado y condición, que le oyen con embeleso.

Siglo XVI... Ahora no es un dominico, sino un agustino, de mirada errabunda y soñadora, el que ocupa el púlpito. Sus colegas le odian á muerte; el frailecito parece no enterarse. A primera hora de la mañana viene á la Escuela desde su convento de San Agustín, que está para los Caídos. Trae siempre consigo libros caldeos, hebreos, árabes, toscanos. Habla del cisne de Mantua y del atormentado Gibelino de Florencia;

conoce al alegre arcipreste y al llano marqués que caza perdices y enamora mozas en el Moncayo; sabe de memoria las coplas del conde de Paredes y las trovas del dulce Garcilaso el Agustino. El mismo—ahora mismo—anda componiendo, en romance, una versión del *Cantar de los cantares* para una monjita de *Sancti-Espiritus*, muy su amiga—Ana de Espinosa—, que le regala unos polvitos con los que cura «las malenconías del corazón». Hay escolares amigos del fraile y escolares enemigos del fraile. Los dominicos de San Esteban militan en el bando que le persigue con más encarnizamiento. Ayer ha depuesto el fraile, por vez primera, ante los jueces y letrados del Santo Oficio. Después de su lección, abandonará la cátedra é irá prisionero á las cárceles de Valladolid á responder de los cargos que se le hacen... El maestro, serenamente, está comentando su glosa del día. Lee, glosa lo leído, sonríe. Una honda emoción se apodera del corazón sencillo de estos muchachos, que, por instinto, advierten que es injusta la persecución del maestro.

Y el maestro les dice «¡Adiós!»

Les dice «¡adiós!», y en los patios rumorosos de ayer hay un silencio religioso. Puestos en hilera, los discípulos despiden al frailecito elegante y risueño y tal vez poco cauto. Los colegas le ven pasar con encono, simulando, á su paso, zalemas y reverencias de cortesía. El sabe muy bien á qué atenerse, y sonríe siempre, siempre... Desde su palacio, frente á San Agustín, su amiga D.<sup>a</sup> María Varela de Ossorio—también con esta amistad se ceban las comadreas universitarias de antaño—le dice adiós al cautivo, con los

ojos arrasados en lágrimas. El frailecito sonríe... Algunos estudiantes, cinco, seis, le acompañan á San Esteban, donde queda ya prisionero. También los dominicos dicen apiadarse del cuitado. Fray Luis abraza á sus hijos, los estudiantes, que no ha de ver más...

No ha de ver más á sus estudiantes fray Luis de León. No se le repondrá nunca más en la cátedra; cerca de cinco años durará el enojoso proceso, para acabar en una reprensión vulgar. No podrá tornar á esta cátedra para decir su legendaria frase. Pero la frase pudieron decirla y debieron decirla aquéllos labios. Y en el silencio, si sabéis oír en el silencio, la dicen estos bancos.

Siglo XX... La historia del fraile se repite. Un hombre ha de salir solo, entre estudiantes, para no volver, acaso, más. Dirá su lección serenamente á la caída de la tarde; las piedras de las Catedrales enrojecerán de vergüenza; unos colegas, al ver pasar al solitario, fuerte y erguido, dirán unas triviales palabras de consuelo al que no lo necesita. Siglo XX: cátedra de Fray Luis. En sus muros quedan impresos nuestros sueños; temblorosamente, de mozos, hemos grabado un nombre de mujer—el de la novia—en aquellas banquetas de madera. «Lola, Dolores, María, Isabel, Carmen, Luisa...» Estos nombres—cantará Unamuno—son miel en los labios y brasa en el pecho. Una tarde de Septiembre venimos nosotros á esta cátedra. En un banco nos sentamos á meditar... ¿Cuándo serás, Escuela mía, forja de la España futura, que todos anhelamos melancólicamente hogaño?

José SANCHEZ ROJAS





.....  
**EL INVIERNO EN SUIZA**  
.....

La torre inclinada de Saint Moritz, en Suiza, pequeña rival de la famosa de Pisa, en Italia, es una de las principales curiosidades de la concurrida estación de invierno helvética.





Un minero cargando un tren de mineral para conducirlo al taller de trituración

## EL TRABAJO DURO DE LOS MINEROS

Las explotaciones mineras tienen una historia remotísima, durante la cual, naturalmente, las industrias extractivas han evolucionado paralelamente á todas las demás y muchas veces en íntima conexión con ellas.

El progreso más importante, desde el punto de vista industrial, ha sido encaminado siempre á conseguir la máxima producción en un mínimo de tiempo, lo que hace temer siempre el agotamiento de los filones aún siendo riquísimos.

Esto no obstante, hay aún en explotación minas que figuran entre las de explotación más remotamente conocidas y que siguen dando rendimiento que hace su laboreo financieramente digno de ser continuado actualmente como un buen negocio.

Como caso típico de este



Dos típicos mineros de Cornwall, con sus sombreros protectores y las herramientas de trabajo

## Una antiquísima explotación extractora

género pueden ser citadas las minas de Cornualles, que ya fueron explotadas antes de la invasión de aquel país por los fenicios.

Fenicios y cartagineses, en efecto, comerciaron con los habitantes de una supuesta isla á la que denominaban *Cositerides*, que parece ser exactamente la actual península de Cornwall ó Cornualles, limitada al NO. por el canal de Bristol, al O. por el Atlántico, al S. por el canal de la Mancha y al E. NE. por tierras del condado de Devon.

El subsuelo de esa península, formado fundamentalmente por sílice, granito, rocas ígneas y areniscas, es muy rico en metales, entre los que se destacan el cobre, el plomo, el zinc, el estaño, el arsénico y el antimonio, con los cuales comparten el territorio otros menos abun-



dantes, como el oro, la mica y elcaolín.

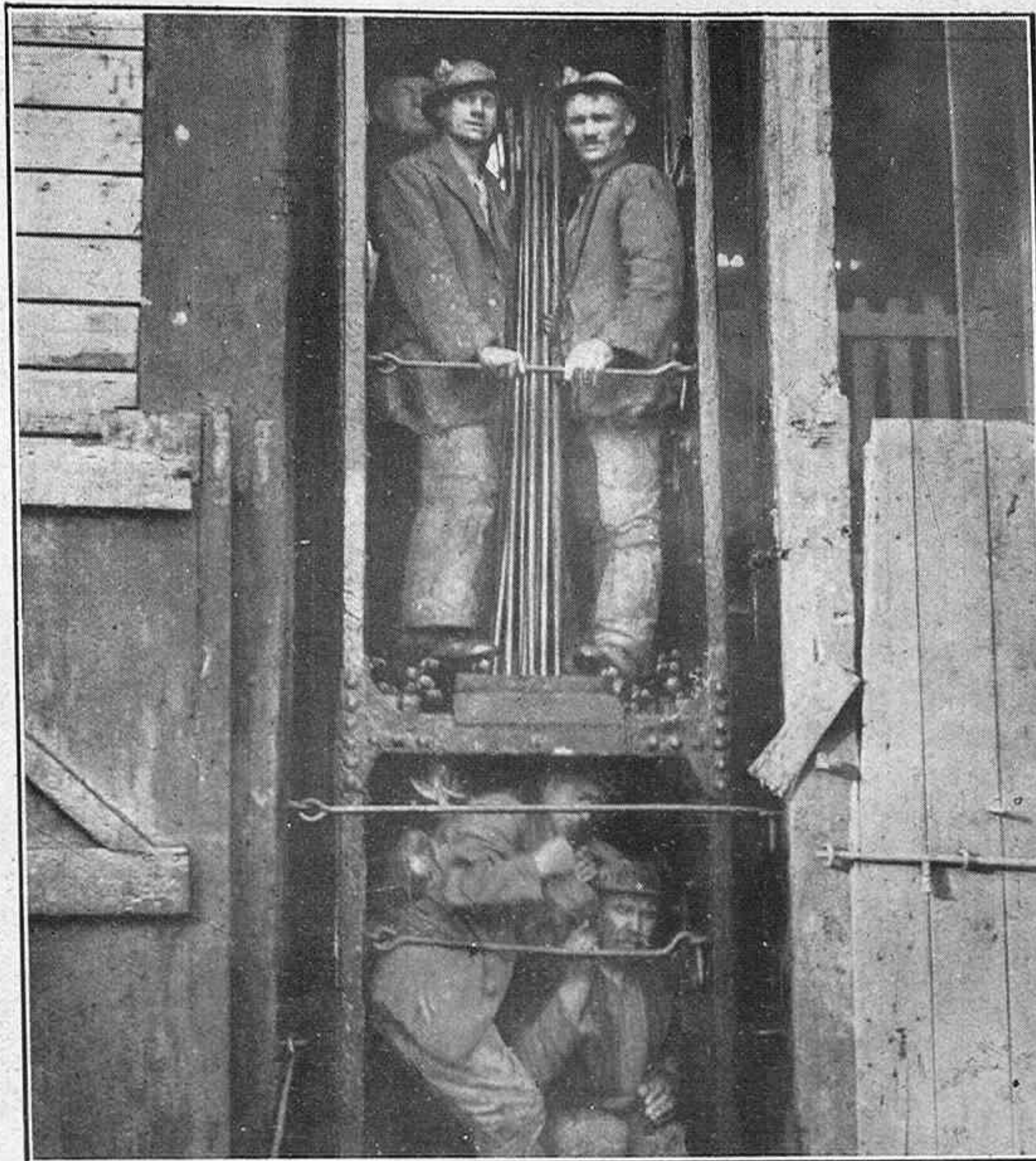
Su industria minera es consecutivamente importantísima y ocupa actualmente á más de 12.000 hombres: el cuatro por ciento de la población total.

La industria es, como ya hemos dicho, antiquísima, y su importancia, dentro de la vida de aquellas tierras, tal, que durante muchos años los que trabajaban en ella tuvieron, como fuero profesional, tribunales especiales, únicos que podían intervenir en sus contiendas y que, en cierto modo y por lo referente al ejercicio profesional, podrían ser considerados como antecedente de los actuales tribunales paritarios.

Aquellos tribunales no podían ser apelados sino ante el Duque, soberano del territorio, que dirimía, en última y suprema instancia, en casos muy excepcionales.

Estos tribunales, de origen remotísimo, perduraron durante el primer tercio del siglo XIX, puesto que su abolición fué hecha en 1838; en la misma época

Mineros descendiendo, en un montacargas primitivo, al pozo en que han de trabajar.



y hasta cierto punto como compensación, fué suprimido el impuesto sobre el estaño que antes se cobraba y constituía una de las más saneadas rentas del ducado.

En las minas de Cornualles se conservan aún métodos de laboreo que no son la última palabra de la industria minera, pero que tienen aún aspecto muy pintoresco, y son, ya lo hemos dicho, suficientemente productivos, á pesar de su vetustez.

Posible es, en cambio, que en otras condiciones no lo fueran tanto, y sobre todo, para juzgar en definitiva de ellas es indispensable tener muy en cuenta las condiciones económicas y sociales del país en que la explotación se hace.

De todos modos, es interesante el hecho de que desde época tan remota vengán siendo explotadas casi sin interrupción aquellas minas que, como ya hemos apuntado, son tal vez las más antiguas entre las laboreadas actualmente á que se refiere la historia.

Cornualles, que tiene ya otros motivos para fijar la atención de las gentes, tiene ese más, y la visita á sus minas puede, por todas las razones apuntadas, constituir una fuerte atracción turística.

D. TEJEDOR FERNANDA



Un convoy de mineral, triturado ya, al salir de la fábrica  
(Fots. Agencia Gráfica)





Bourdelle al pie del monumento al poeta polonés Mickiewicz

## UNA VISITA AL ESTATUARIO ANTONIO BOURDELLE

### LA MUERTE DEL MAESTRO

DESDE hace algún tiempo yo me honraba con la preciosa amistad de M. Antoine Bourdelle. Le veía alguna vez que otra en la *Academia de Pintura y Escultura de la Rue La Grande Chaumiere*; ya por esa fecha el maestro frecuentaba poco la academia en la que con tanto cariño se le esperaba siempre; después y á partir del pasado invierno yo le visitaba en su casa, un modesto é íntimo piso de la *Avenue du Maine*. El maestro se encontraba muy fatigado, y siempre en un estado de exaltación por el trabajo, se hacía casi imposible poderlo ver; había prohibido toda visita que no fuese á un escaso número de íntimas amistades; tenía razón para ello. Su estado de salud y su

inquietud por producir obras proyectadas no le permitían disminuir el poco tiempo que inexorablemente le había trazado su destino; últimamente y al tratarle, daba la sensación de que él presentía no se encontraba muy distante de la muerte y que, sin odio y sin amargura y sí con un gran espíritu juvenil, se disponía á dar de su vida todo cuanto le fuese posible; así fué, así se ha realizado, encontrándose él y la muerte con esa noble renunciación de todos los hombres geniales ante lo inevitable, con el dolor ¡naturalmente!, de no poder continuar produciendo, pero sí con la certidumbre de *quedar aquí entre nosotros* y con el porvenir.

Esa prudente medida de no recibir, yo no la conocía cuando estuve la última vez en su casa; la criada pasó mi tarjeta y en seguida fuí recibi-

do por Madame Bourdelle. Madame Bourdelle es griega y artista; fué discípula, primero, y después esposa del gran escultor, abandonando después el arte para consagrarse á la vida del maestro; delgada y bajita, de bondadoso acogimiento que nos hace pensar en la simpatía de la mujer madrileña, Madame Bourdelle lo primero que me preguntó fué: «¿Es usted español, verdad? Mi marido lo va á recibir á usted enseguida. Mientras tanto, hablemos de su país tan bello é interesante. ¡Ese museo del Prado! Nosotros amamos á España. Para continuar sus estudios mi hija ha de aprender un idioma y ha elegido el español; este verano lo pasará en España.» Hago esta referencia por lo que tiene de delicadeza y por la gratitud que me inspiraron sus palabras.

CÁMARA-F19



Después de un largo rato de mutuas y amables interrogaciones, que aprovecharé para un estudio sobre el gran escultor francés, Madame Bourdelle me dijo: «Mi marido sólo podrá recibirle *cuatro ó cinco minutos*, perdone, pero ya sabe usted cómo él se encuentra de salud y de trabajo.» El maestro salió de una habitación donde trabajaba en un boceto; no quiso recibirme con las manos sucias del barro ni con su blusa de trabajo; se arregló y se vistió con su bella americana de terciopelo blanco; en su pecho y sobre su lado izquierdo, una mancha roja que palpitaba difícilmente, era la Legión de Honor; en mi vida esta condecoración me ha dado una tan gran emoción de respeto; aquella mancha roja parecía una gota de sangre del corazón de Bourdelle, ya herido de muerte.

Su enfermedad había dado á su piel una tonalidad pálida y marmórea; tenía la belleza y el carácter de uno de sus bellos bustos; la cabeza de Bourdelle tenía la misma expresión plástica y espiritual de los admirables retratos que él ha producido. Es curiosa esta coincidencia de esa plasticidad de la figura de los hombres geniales como se marca en la plasticidad que ellos han creado; hasta en aquellos retratos cuyos modelos fueron distintos física y moralmente á los grandes es-

cultores, hay siempre algo del propio artista.

Los *cinco minutos* que me había concedido el gran estatuero, se ampliaron á una hora y media! Animado por mis preguntas, el maestro me habló de su exposición, celebrada poco antes en Bruselas, por invitación del Rey y del Gobierno belga; hablamos de crítica y de *críticos actuales*, de arte antiguo y del arte actual; me mostró dibujos que Madame Bourdelle buscaba entre verdaderos montones de trabajos á pluma, al carbón, á la acuarela, con lapicero negro y rojo y sanguinas. El maestro Bourdelle se expresaba con una juventud y una conciencia de amor al arte y de la vida que yo no he encontrado fácilmente en muchos jóvenes considerados *escultores* de mucho talento. Y es que



Victoria del monumento Alvea.



Victoria del monumento de Harmantvillarskop

Bourdelle era un auténtico valor temperamental «muy antiguo y muy moderno», un elevado y profundo sentimiento de artista que sabía vivir con la ciencia del gran arte antiguo y la inquietud atormentada de nuestra época; como sus estatuas, como sus retratos, plenos de emoción antigua y de esos rasgos nerviosos y un tanto enfermos tan característicos de nuestra época, pero todo ello elevado con un alto concepto de arte.

Firme en su criterio artístico, Bourdelle representaba la más alta consideración del arte escultórico actual. Muerto Rodín, Bourdelle ha sido considerado como un escultor inferior; según la mayor parte de la crítica (colocada frente á Bourdelle) éste es en sus obras menos humano, menos elegante, menos artista de genio. Puede que yo me equivoque, ¿quién no está sujeto á errores?, pero yo considero que Bourdelle, por haber sido *menos francés*, y esto sí que es bien cierto, la crítica no ve en él *al genio francés*, sino al artista de cualquier otro país latino; bien pudiera haber sido griego ó italiano de estos tiempos, con la cultura y el amor por el arte clásico anterior al Renacimiento; y esto es lo que los franceses, en el fondo de sus sentimientos patrios, aunque sepan ocultarlo de una manera sutil, no perdonan fácilmente; el francés es antes que el artista, ú otra cualquiera cosa, francés y después su profesión. Bourdelle parecerá menos humano, pero no deja de serlo, y además es más íntegro y profundo; será menos elegante, pero es más recio y sólido. La concepción artística de Bourdelle acaricia menos al sentimiento del profano, es menos fácil al sentimiento humanamente fácil del universo; en esto Rodín



Virgen de Alsacia

fué un escultor genial, no obstante sus rebeldías contra todo lo de su época. Bourdelle se elevó con un concepto más íntegro de arte antiguo, más arquitectónico y con un acento de rudeza primitiva y audacias de gran artista que al vulgo actual desorienta; eso pasa siempre ante una bella estatua y un monumento de hace treinta años. Si colocamos, por ejemplo, al «Auriga de Delphos» al lado de una estatua de hace treinta años, sin titubear, todo el vulgo se inclinará á la estatua de hace treinta años; pero si se interroga á un espectador del vulgo os dirá que el «Auriga de Delphos» le emociona *sin saber por qué*; este *sin saber por qué*, es precisamente lo que afortunadamente separa al gran arte de ese otro que muy fácilmente llega á todas las inteligencias por modestas que sean.

Su estilo clásico-romántico no ha sido muy del agrado de los críticos de avanzada ni de los timoratos defensores del *Salón de Artistas Franceses*; el público intelectual y la *crítica de vanguardia*, siendo su condición buscar *nuevas formas*, y siendo su principio estético crear sin pensar ni sentir con el antiguo, mal podía aceptar y menos contribuir á la fama de este gran escultor que se expresaba en un estilo clásico-romántico, y que, por añadidura tiene un marcado acento dramático muy lejos de las corrientes artísticas de *vanguardia*, en donde la pasión por la belleza del antiguo es falta imperdonable; lo más curioso de este caso es observar que Bourdelle es el más moderno de todos los escultores de la Francia actual, no obstante su primitivismo, su clasicismo y su dramatismo romántico, bien acentuado de entusiasmos juveniles, expresiones de temperamento que un *ultraista* calificará de «eso es literatura», y que Rodín llamaría: «la pensee profonde de l'art et de la vie».

FRANCISCO POMPEY

París, 1929.





Vestido de «crêpe» romano  
en color verde



Vestido de «taffetas» azul, con cuello de «georgette» blanco  
(Modelo Zimmermann.—Fot. Hugelmann)



Vestido de terciopelo  
estampado en tonos grises

## Elegancias

Los creadores de la moda no descansan y cada día ofrecen alguna novedad digna de mencionarse. Una prenda que evoluciona es el pijama. ¡Esto está bien! Lo decíamos porque el pijama de ahora es infinitamente más bonito y razonable que nunca; además, no se parece en nada al que usan los hombres.

El pantalón se disimula hasta las corvas con una larga túnica que ha venido á reemplazar á la chaquetita ó babero de antaño.

Los materiales que se adoptan para la confección del pijama, son á cual más bellos: encaje, i so, crespón, «toile» de seda y todo género de adamascados brillantes, sobre fondos mate. Algunos modelos son tan vaporosos que dan la impresión de que á la primera postura ha de destrozarse indefectiblemente...

Hablar de que el manguito vuelve, es algo que nos intimida; generalmente al llegar esta época del año hacemos siempre lo mismo. Y es que los modistos lanzan sus modelos con la esperanza de que las damas los acojan entusiasmadas, cosa que no siempre ocurre. El hecho se repite anualmente y ya han aparecido los primeros en París, donde ante el frío glacial de estos días, las mujeres han cedido y han adoptado la prenda-atributo de la pobre Mimi Pinson. Las manos se cobijan amorosas en el interior de estas confortables y exquisitas prendas, cuyo interior es un alarde más de elegancia y refinamiento. Todo cuanto una mujer precisa para su uso en la calle, ¡que no es poco!, está admirablemente dispuesto en el interior de estos seductores manguitos de ahora.

Nos pregunta una lectora nuestra opinión sobre esos pequeños calcetines que empiezan á llevarse sobre las medias, siguiendo modas de otros países.

¿Qué hemos de decir nosotros sino que abominamos de esta moda ridícula? Desde luego no la han aceptado en España las damas distinguidas. Acaso sea una innovación práctica para cultivar el deporte. Pero no para andar por las calles. Es absurdo que para preservarse del frío se adopten estos pequeños calcetines, pues cuando la temperatura es baja se siente con idéntica fuerza en las piernas que en los pies. Además la nueva moda ofrece un espectáculo lamentable, el de deformar la pierna. Para los días de lluvia ó muy fríos, nada tan propio como la alta bota, o la polaina de cuero, fieltro ó antilope;





Fieltro «souple beige» incrustado de «gros-grains» del mismo tono  
(Modelo Juzel.—Fot. Henri Manuel)



Vestido de «crêpe georgette» negro  
(Modelo Louise Lamotte)



Gorrita de punto de lana en «beige» y marrón  
(Modelo Figarel.—Fot. Henri Manuel)



Vestido de «taffetas» azul  
bronce



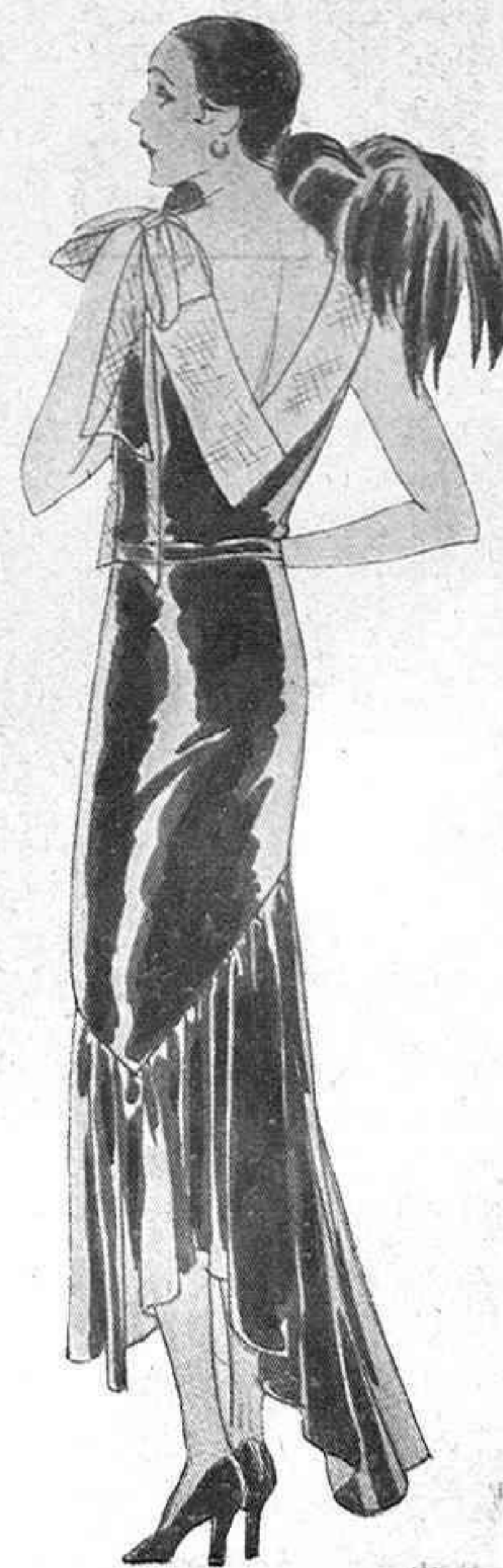
Toca de terciopelo negro, con un imperdible de brillantes  
(Modelo Delion.—Fot. Henri Manuel)

nanca ese calcetín, ni siquiera el «snoowfoots»,  
pues ambas prendas son al cual más antiestéticas.



¿Los tejidos más en boga? Imposible deter-  
minarlos con imparcialidad completa. Desde  
luego, el «tweed» y el «jersey», en colores lisos  
ó en complejos dibujos, son la base de los trajes  
deportivos. El «Djersakasha» y el «Cendrikasha»  
son muy bellas telas para trajes de tarde, de pura  
fantasía. Entre las lanas nuevas, preciso es men-  
cionar, como las más bonitas y aceptadas, las  
denominadas «Bunet», «Aélie» y «Rousshyver» y  
que son un verdadero alarde de estampación  
artística.

ANGELITA NARDI



Vestido de noche  
en «crêpe georgette» negro y azul



EVA



*Era el Edén. El árbol fecundo de la vida,  
lánguido y silencioso, sin que en sus verdes hojas  
el viento susurrara sus líricas congojas,  
mostraba macilento la áurea fruta prohibida.*

*«No probarás del fruto de este árbol», y obediente  
al mandato divino, Adán mató el anhelo  
de su carne, y ya triste, pensó sólo en el cielo,  
hundida entre las manos su pensativa frente.*

*¿Se iba á secar el río de la existencia humana?  
¿Se iba á caer podrida del árbol la manzana  
que era símbolo y savia del amor terrenal?*

*La serpiente, en acecho, fijamente tenía  
clavadas sus pupilas en Eva y se reía  
con una risa que era una voz augural.*

(Dibujo de Echea)

*Y la serpiente y Eva se entendieron. En tanto  
que Adán, meditabundo, bajo el árbol rumiaba  
sus místicos ensueños, la serpiente llamaba  
á Eva y le decía: Deja, mujer, tu llanto*

*y escúchame: Tú lloras porque te olvida Adán;  
si me haces, mujer, caso, tu triunfo será eterno;  
no temas que el milagro te venga del infierno;  
lo que á tí te interesa es conseguir tu aján.*

*Dudó Eva; mas luego, de su carne fragante  
encendióse la llama, y, á la voz insinuante  
del tenaz Enemigo, la áurea fruta arrancó*

*de la rama, y mostrándosela, como un cáliz cogida,  
hizo que Adán bebiera del licor de la Vida...  
¡y allí mismo su reino sobre el hombre empezó!*

FERNANDO LOPEZ MARTIN





Las alumnas de la Escuela de Puericultura haciéndose cargo de las envolturas regaladas por los rotarios

## LOS ROTARIOS EN LA ESCUELA DE PUERICULTURA UNA FIESTA SIMPÁTICA

El Club Rotario de Madrid ha tenido un bello gesto pensando en los primeros días del año en los niños sin abrigo al nacer, y ha elegido á la Escuela de Puericultura como intermediaria para acudir—siquiera sea parcialmente—á satisfacer esa necesidad.

Ningún intermediario mejor que la Escuela de Puericultura, por la situación especial que entre las instituciones de carácter social ocupa y por la devoción exquisita con que su director, el eminente Dr. Suñer, y todo el personal que á sus órdenes trabaja, realizan su labor.

La Escuela de Puericultura es uno de los cen-

tros en que más frecuentemente puede verse, y desgraciadamente se ven, las desdichas humanas, hiriendo á inocentes, á pobrecitos niños que no pagan culpas propias, sino todo lo más culpas ajenas. Allí saben bien que muchos míseros niños, al nacer, carecen aún de las ropitas más indispensables, y conocen, además, muchos casos concretos y apremiantes en que esa necesidad se hace sentir.

Sin duda fué del personal femenino de la Escuela la inspiración que hizo á los rotarios madrileños invertir algunos cientos de pesetas en envolturas para recién nacidos, que en un acto

muy solemne fueron entregadas á la Escuela para que los reparta entre los niños necesitados de las familias á que habitualmente socorre.

El acto fué presidido por el inspector de instituciones sociales Dr. Cortezo (D. Víctor), quien pronunció algunas palabras recogiendo las que elocuentemente había pronunciado el Dr. Suñer, contestando á las de ofrecimiento, dichas antes por el señor de Simón, en representación de los rotarios.

Fué, pues, una fiesta tan grata como trascendente, de las que, por su elevada finalidad, deberían ser repetidas muy frecuentemente.



## DE ARTE

## LOS ENSAYOS DE LA MASA CORAL



La Masa Coral, que dirige el ilustre maestro Benedito, preparada para comenzar el ensayo

(Fot. Cortés)

Yo arranco los muchachos á Madrid, precisamente á la hora en que Madrid es una palpitation luminosa.—Dice el ilustre maestro Benedito: —En otros sitios, la falta de espectáculos convierte en recreos los ensayos de la Coral, pero aquí...

Tiene razón el músico: Madrid, á las siete de la tarde, es una tentación obstinada contra las tareas obligatorias que reclaman el encierro, y este detalle dice muy elocuentemente la vocación auténtica de los cantantes que componen la Masa Coral madrileña.

En efecto, á la hora indicada van llegando «ellas» y «ellos». Reunidos en grupos, dejan volar sonrisas y miradas que se clavan, con recitividad de flechas, en otros ojos y otras sonrisas en acecho, preludeo acaso de una página nupcial, pues en los haberes de esta Sociedad, en la que ambos sexos tienen una nutrida representación, no se conocen los matices dudosos; por el contrario, el fomento del trato ha creado esa espléndida flor moderna que se llama camaradería.

Son muchos los que llegan. El local—improvisación entre el soberbio alojamiento que en el edificio contiguo al Banco de España é incluido en la reforma actual, les cedió generosamente el señor Belda (para quien la Masa Coral y su director guardan el más profundo reconocimiento) y el Palacio de Hielo, donde se instalarán en breve, por concesión del Estado—pierde sus proporciones destaraladas de viejo caserón enclavado en el barrio más sugerente de la corte, ante la continuada invasión de los cantantes.

Las frecuentes miradas del director á su re-

loj, indican que el concepto de puntualidad sufre alguna relajación. Uno de los retrasados habla, al llegar, de la jornada de ocho horas que no le permitió mayor exactitud y esta aclaración prodiga su tono meritorio á los demás retrasados:

Al fin se ordena la colocación; casi por encanto, el barullo de las conversaciones decrece hasta convertirse en un sordo rumor y los cantantes ocupan sus puestos en el orden siguiente: Tiplés y tenores á un lado; contraltos, barítonos y bajos, en el extremo opuesto. Pero á pesar de estos preparativos, el murmullo de las conversaciones continúa pesadamente.

Una terrible mirada de su director hace enmudecer á la Masa Coral de manera definitiva. Y la orden que ha de dar comienzo al ensayo, es lanzada por el maestro:

—Vamos á ver, señores, «abrazaos».

Quizá como respuesta á una estúpida cara de consternación, Benedito se apresura á deshacer el equívoco: —No se preocupe, señorita; no son malos consejos. Es que el ensayo comienza hoy con esa frase.

## LA «NOVENA SINFONÍA»

El pueblo de las fuertes individualidades, al que se niega capacidad de unión, ha dotado á la entidad artística creada por el insigne maestro valenciano, de elementos rigurosamente disciplinados, y éste, que tiene una antigua sonrisa escudándole en su lucha contra el extendido tópico, sabe que en la varita mágica de su dirección han quedado deshechas muchas suposiciones gratuitas.

Se ensaya la «Novena Sinfonía», esa obra de prueba. La grandiosa Oda á la Alegría, pasa en ritmos solemnes por los labios de los cantantes, labios rebeldes en la charla y ahora perfectamente sometidos.

Afirma Benedito, que su mayor preocupación consiste en lograr una expresividad emocional, que comunique al auditorio la esencia íntima, la desnudez vibrante de las partituras. Por eso la interpretación de cada obra ha de ajustarse al tono requerido por ella. Los cantos populares tienen que conservar la sencillez, primordial elemento de su belleza, y han de cantarse llanamente. Solamente las obras en «tono mayor» exigen ese grado dramático que culminó en la maravilla de los Coros Griegos.

Las pupilas del músico dilatan su ambición artística, pero un golpe de dificultades le confina en el estrecho círculo de «lo conseguido».

## PROPÓSITOS

—Aún queda mucho por hacer—continúa—. El desenvolvimiento de la Coral, desde su constitución, hace diez años, hasta el momento actual, se ha producido en un medio difícil, si no de franca hostilidad, de peligrosa indiferencia. Es digno de observarse cómo las agrupaciones similares del resto de España, tienen en sus respectivas Diputaciones un eficaz apoyo. Sólo la de Madrid actúa por su cuenta, ya que la subvención oficial que disfrutamos no pasa de ser un ligerísima base en la lucha contra la penuria económica. Hay también el regionalismo.

Las Casas regionales, restan á la Coral



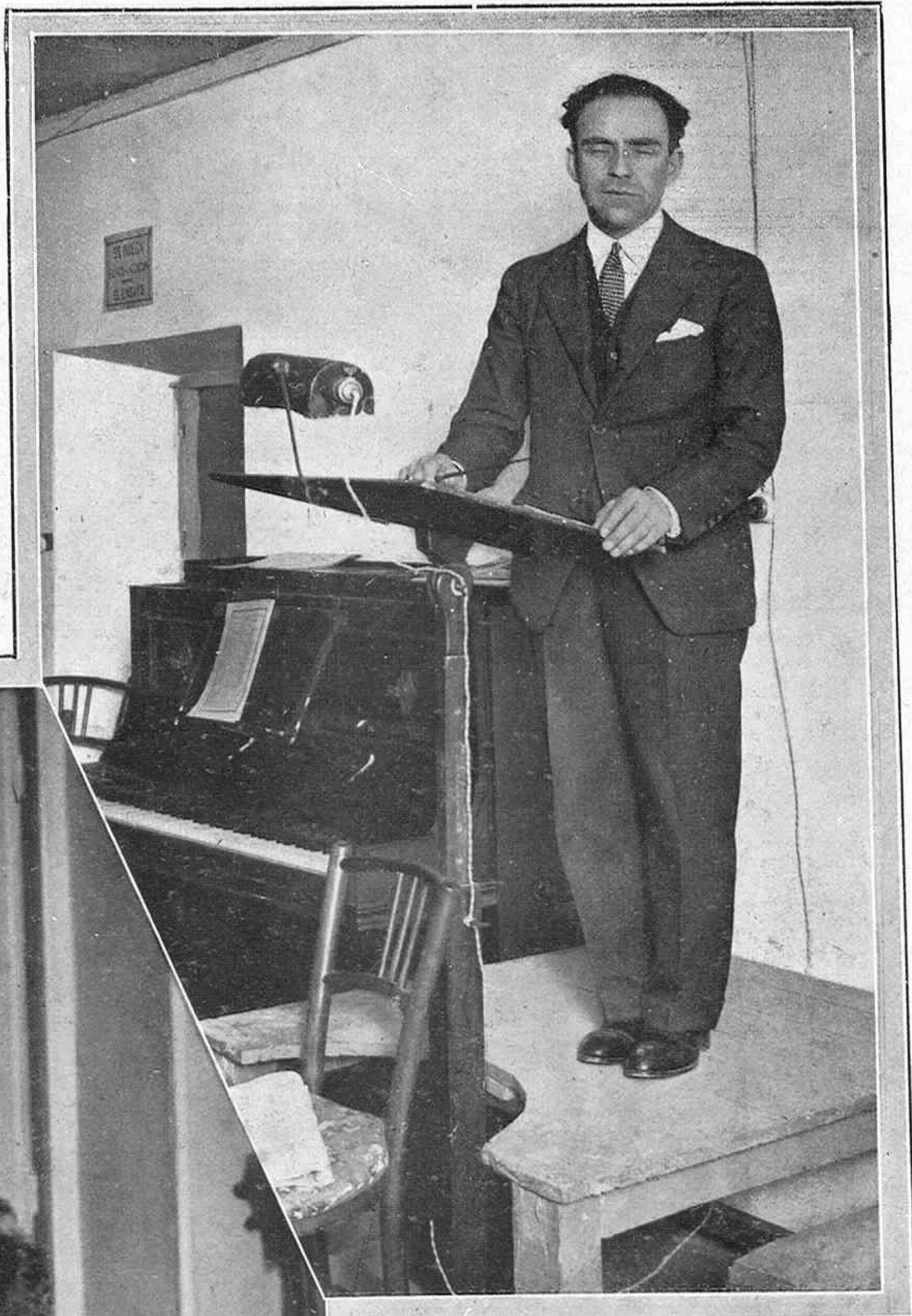
numerosas voces, con el propósito de organizar sus coros. Esto sería indiscutible si el resultado fuera digno del esfuerzo. Pero no sucede así. Desintegrados del núcleo común, la falta de número hace inútiles estas escisiones.

—Y es sensible—lamenta el maestro—que una entidad de tan amplio criterio como la Coral madrileña, donde no se pide á nadie la filiación, donde caben todas las opiniones, carezca de tan valiosos elementos por un concepto muy respetable, pero algo exagerado, de la patria chica.

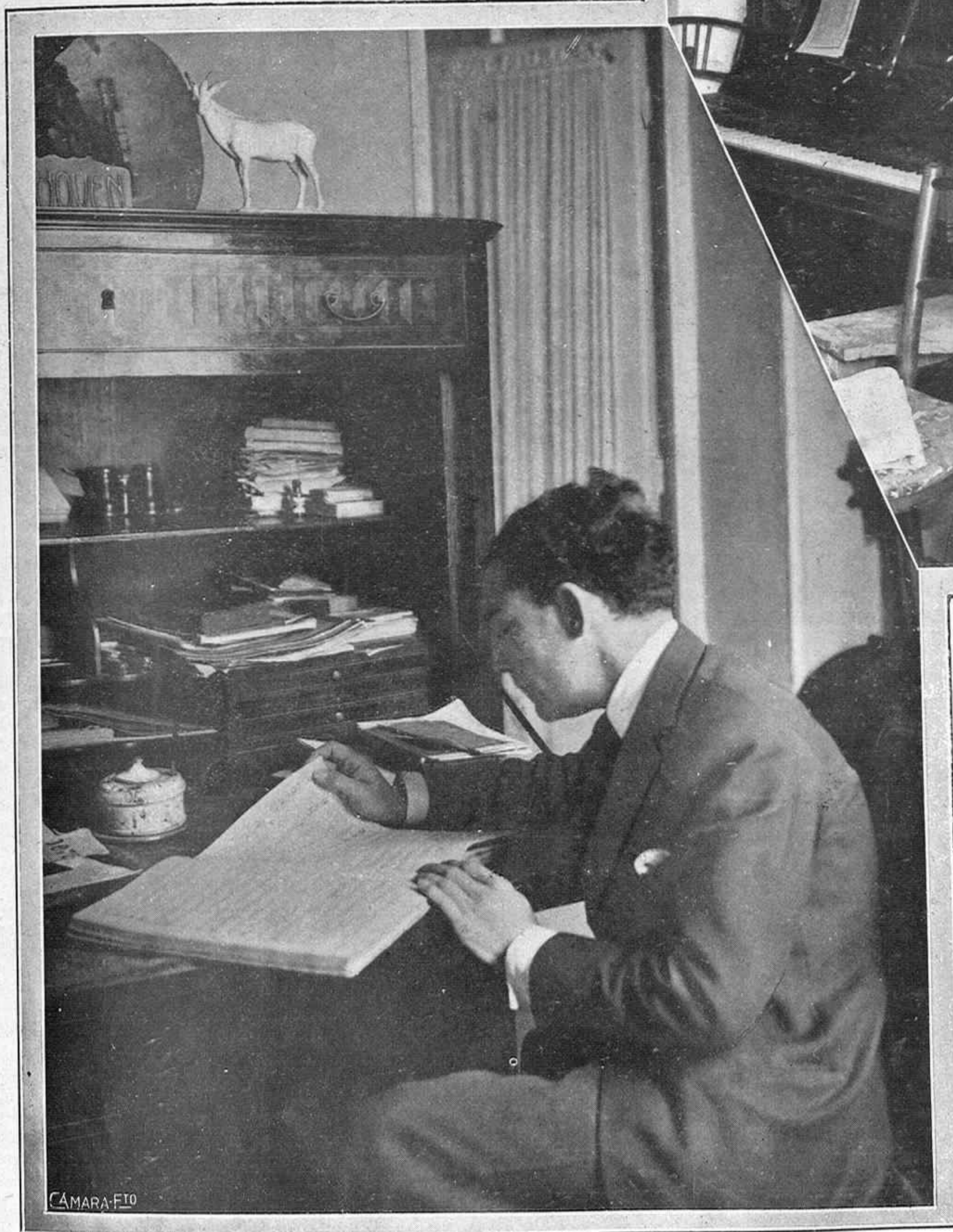
Hay un cambio de tono. El capítulo de propósitos comienza é involuntariamente la chispa levantina del músico se prende á los cables de la esperanza.

—Es necesario intensificar el concurso económico por medio de un aumento en el número de socios protectores, y después hay que llegar á la compenetración entre el público y la Masa Coral, alejada ahora por sus posibilidades pecuniarias, no le permiten actuar más frecuentemente, y gracias al absoluto desinterés de cuantos la componen se ha podido llegar á lo que hemos llegado. Aquí donde se proporcionan gratuitamente clases de solfeo, piano y violín, á los afiliados é hijos de los socios que lo deseen, nadie cobra nada por sus enseñanzas. Pero es lamentable que, á expensas del entusiasmo de unos cuantos, se sostenga una sociedad que puede hacerlo por su propios medios, si le prestan su impulso los que deben hacerlo.

Nada más lógico que las aspiraciones de este hombre, á



El maestro Benedito dirigiendo los ensayos de la Masa Coral



El maestro Benedito estudiando una partitura

(Fots. Cortés)

cuya constancia, en lucha abierta contra la rutina, debemos en Madrid la creación de una Masa Coral digna de todos los elogios. Y hay que esperar que se realicen. ¿No fué el propio maestro Benedito quien implantó los conciertos matinales designados por él como «Misas de Arte», y que le valieron las más encarnizadas censuras? Si el apogeo que hoy gozan esos conciertos es la mejor respuesta á las pasadas arbitrariedades, no es muy arriesgado augurar el mismo éxito á sus nuevos empeños. Ahora se queja de la instalación que soportan. No es muy buena, efectivamente, pero lo inconfortable se atenúa por transitorio. Y vuelve al tema predilecto: Sus coros.

—Hay que tener en cuenta que todo cuanto se canta, excepto las obras en latín, cuya sonoridad realza la música, está traducido al castellano y esto representa una labor impropia, que no se ha escatimado para alcanzar la mayor comunicación espiritual entre el público y los cantantes.

Una salva de aplausos le interrumpe. Sus huestes saludan la aparición del admiradísimo maestro Villa, que acude á presenciar el ensayo de la Coral. El maestro valenciano cede su puesto galantemente al maestro madrileño y la sesión termina cantándose una canción titulada «Madrid», original del director de la Banda, que engancha, en sus notas castizas, un banderín alegremente nacional.

ROSARIO DEL OLMO





El explorador norteamericano Holt, con dos pigmeos africanos de los llamados «kaikums»

## Del misterioso continente negro

## La raza humana más primitiva

DESDE hace más de un cuarto de siglo vienen discutiendo los antropólogos acerca de la existencia ó extinción de la raza llamada de pigmeos africanos. Recientemente, tres exploradores norteamericanos que han recorrido en automóvil la vasta región de Kalahari, en el sudoeste de Africa, permaneciendo allí seis semanas, han comprobado la real existencia de dicha raza de pigmeos, aunque reducida á pequeños grupos, cada vez más degenerados físicamente por efecto de la mala alimentación y de sus bárbaras costumbres.

Describiendo á los pigmeos africanos, dice el doctor Cradle, jefe de la exploración:

«Esta raza de los negros *kaikums* es, sin duda, la más primitiva del mundo. Animales más que seres humanos, su vida errante, mísera, famélica, no diferirá seguramente de la que debieron llevar los hombres de las cavernas. El Kalahari es una vasta región sin policía ni administración, llena de peligros de todo género, pero que pueden sortearse disponiendo de armas y de un buen automóvil. Se encuentra este país defendido al oeste por la costa abrupta del Atlántico y por extensos arenales, cuya anchura excede de 150 kilómetros. Para arribar al Kalahari tuvimos que hacer un rodeo de 8.000 kilómetros, aproximadamente, invirtiendo en el viaje varios meses. Fué un circuito terrible, bajo un sol tórrido, luchando contra verdaderas nubes de insectos. Adoptamos como



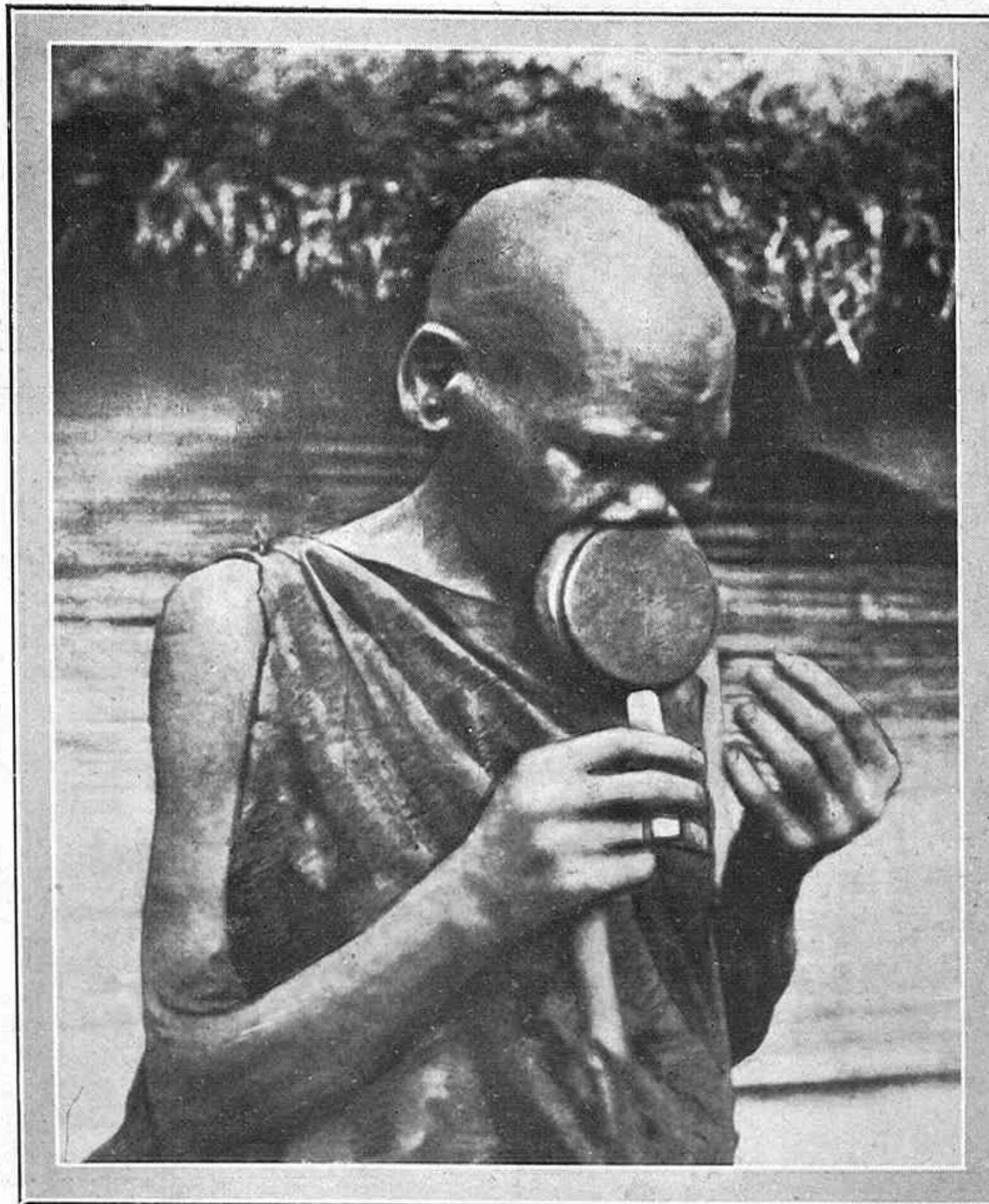
Un mago «kaikum» con sus dos auxiliares, ataviados para practicar la curación de un enfermo mediante extrañas ceremonias

punto de partida Windhoek, capital del Protectorado del sudoeste, y después de atravesar la región desierta de Kaokoveld, llamada «la tierra misteriosa», y la de Etosha, ó «tierra del espejismo mortal», en cuyos fangales de turba estuvimos á punto de fenecer, víctimas del engañoso aspecto seductor de la comarca (y de ahí el nombre con que se la distingue), logramos penetrar sanos y salvos en el verdadero país de los pigmeos. Fué al mediar el día cuando, de improviso, descubrimos los primeros *kaikums*. Eran unos cuantos hombrecillos, acompañados de sus diminutas mujeres y encanijados chiquillos, que, al borde de un pozo natural, se esforzaban en sacar agua, valiéndose de largos tubos de caña. Los primeros sonidos que emitieron al aproximarnos, hubieran podido hacernos suponer que eran monos más que seres humanos. Su lenguaje era una especie de *click-clock-click-clack* que surgía de las comisuras labiales con una vertiginosa rapidez, sin que se alterara un solo músculo de la bestial fisonomía. Al principio, los pigmeos desconfiaban de nosotros, contemplándonos, como lo hubiera hecho una bandada de macacos, con atónita mirada, en la que se reflejaba el temor al hombre blanco. Pero, luego, después de varios días de permanencia entre ellos, llegaron á familiarizarse con nuestra presencia é incluso contratamos á algunos como guías en las partidas de caza.



«Bajo ese aspecto, los pigmeos eran un auxiliar precioso. Provistos de arco y flechas con punta envenenada, solían seguir maravillosamente las huellas, á veces imperceptibles, de la cebra, del león, de los antílopes ó el avestruz, conduciéndonos con absoluta precisión al lugar donde se ocultaba la caza. Tiradores estupendos, ni una sola vez dejaban sus flechas de herir certeramente la pieza perseguida, ni su instinto de bestia de presa fallaba jamás en el descubrimiento de la pista señalada. Esto se explica fácilmente, porque los negros pigmeos viven casi de un modo exclusivo de la caza. Cuando ésta escasea, comen las carroñas de los animales muertos por las fieras, disputándoles la carne medio corrompida á los cuervos y los buitres, con los que entablan reñidas competencias de velocidad para llegar antes al lugar del nauseabundo banquete. No es raro ver el espeluznante espectáculo de seres humanos compartiendo con los buitres aquellos despojos, cuyo hedor se extiende á larga distancia. Si aun de este modo escasea la carne, los *kaikums* se alimentan de hierbas, de raíces, de huevos de hormigas, de ratones, lagartos, culebras y escorpiones, devorándolo todo sin cocer ni asar.»

Estudiando luego el doctor Cradle las costumbres de los pigmeos africanos, hace notar que todas las ceremonias de estos seres primitivos constituyen una imitación ó una glorificación de los animales. Mueven los brazos y las piernas como los monos, cuyos signos y lenguaje comprenden perfectamente. Habitan en chozas construídas con ramas de árboles y paja. Su ves-



Una belleza «kaikum» cuyos labios aparecen enormemente dilatados por un disco de madera. Este aparato de tortura tiene por principal finalidad inspirar terror á los tenorios pigmeos

timenta es sumaria: un taparrabos de hojas ó de harpillera, y en cuanto á sus utensilios caseros, emplean el sílex y los huesos de los animales para la construcción de los mismos. Hállanse, pues, los *kaikums* en plena Edad de Piedra, mostrándose en absoluto refractarios á todo contacto con la civilización. Esta extraña raza africana amenaza extinguirse en breve. Depauperada por la escasa y mala alimentación, el raquitismo y la escrófula van acabando poco á poco con ella. De cada diez niños mueren ocho antes de cumplir los dos años. Si perece la madre antes de terminar la crianza del pequeñuelo, la entierran con el hijo vivo, porque ninguna mujer de la tribu se hace cargo del huérfano. Aunque los pigmeos no observan ritos religiosos, tienen por criaturas sagradas á los perros y consideran como seres superiores á sus magos y encantadores. Perezosos en extremo, salvo la caza, rehuyen todo trabajo, y acaso esta misma pereza les aparta de todo instinto belicoso, pues se observa que, no obstante las naturales rivalidades de tribu ó de grupo, jamás se hacen la guerra. El mismo robo de mujeres, frecuente entre los *kaikums*, no les saca de su terrible apatía, dejando á las hembras el cuidado de defenderse como puedan de los ataques masculinos. Uno de los recursos empleados por las *beldades* más codiciadas entre los *kaikums* es la de desfigurarse los labios con el espantoso aparato de tortura que puede verse en una de nuestras fotografías.

D. R.



La tumba de un jefe «kaikum»



## VIDAS DE SABIOS

## Un catedrático salmantino del siglo XVI

ESTE catedrático—que dejó vivo en el lienzo Zurbarán— se llama fray Francisco Zumel; pertenece á la Orden de la Merced y es Comendador del colegio de la Vera Cruz. Fray Francisco ha salido del convento al romper el día, y se dirige á la Universidad á explicar su cátedra de Prima. Lee la Física de Aristóteles. Muy joven ha ganado esta cátedra que es de las menores; ahora, al cumplirse el cuatrienio, saldrá de nuevo á oposición. Sueña fray Francisco con una cátedra de propiedad ó vitalicia. Son pocas estas cátedras en la Universidad, cuatro en Filosofía y tres en Teología; pero están mejor retribuidas y tienen más gajes y emolumentos que las menores. El maestro percibe, por doscientas lecciones, cien florines; unas ciento noventa y cinco pesetas cada año que diríamos hoy. Jamás logra cobrar íntegra la retribución. El bedel le impone multas y medias multas; unas veces porque manda sustituto; otras—así consta en el libro que lleva el bedel—porque «nullus legit». Fray Francisco no es rico por su casa, aunque procede de una nobilísima familia. El no puede costear criado como otros catedráticos, como el maestro fray Luis de León, por ejemplo, que tiene en su servicio, años ha, á Domingo Rapun, y le sobra dinero para entregar al sacristán de San Agustín, Hulano de Valderas, que le digan misas del nombre de Jesús. El maestro León, «en todos sus cuidados, trabajos y deseos tuvo siempre por amparo este santísimo nombre».

Varias semanas hace que Zumel no ha leído en la Universidad. ¡Son tantas sus ocupaciones! El cargo de Comendador de la Vera Cruz se lleva lo más y mejor del tiempo. Todavía tiene sobre la mesa los originales del comento «In primam Secundae S. Thomae Aquinatis» y no ha podido corregirlos. El primer tomo «In primam partem» ha sido recibido con palmas; y obispos y teólogos lo apremian para que dé á luz pronto el segundo. Las Escuelas han tomado las armas. Jesuitas y dominicos, agustinos y mercedarios, bernardos y carmelitas, riñen descomunal batalla. No es una cuestión baladí: se trata nada menos que de averiguar cómo Dios conoce las acciones futuras libres del hombre. Toda España, porque vivimos en la España monacal, ha entrado en el palenque. Unos siguen la bandera de la «Ciencia media; otros la de los decretos predeterminantes». Caudillos de estos bandos son el jesuita Luis de Molina y el dominico Bañes.

Zumel ha llegado á la puerta de la Universidad. La turba estudiantil alegre, loca de juventud, rodea al maestro. Son frailes y seglares; abundan más los frailes de distintas órdenes religiosas. Zumel se allana con los estudiantes y les tiene ganada la voluntad. Dicen que es el que mejor lee. Su cátedra—según los visitantes—«se encuentra siempre con gran copia de oyentes no solo de frailes sino de seglares». El



«El maestro fray Francisco Zumel», retrato de Zurbarán

catedrático es luz y esta luz se reparte entre todos. Sus explicaciones, leídas ó habladas, llegan á las inteligencias más rudas. Es como un río que arrastra arenas de oro. Todos sacan algo; pero los expertos, los lincees, los que saben el curso del río y sus derivaciones y embalses se hacen ricos á poca costa.

Unos instantes se ha detenido Zumel en el claustro antes de pasar al aula. Conversa con unos mendigos judíos, recomendados de los maestros Martínez y Grajal y fray Luis de León. Los mendigos hablan á la perfección la lengua hebrea y por una comida, por unos mendrugos, ofrecen sus servicios al *Alma mater*. Zumel, fray Luis y Grajal, sienten predilección por estos mangantes que conocen los misterios y secretos de la lengua sagrada, lengua que sorbe el seso á los maestros, eximios escriturarios. Los tres, de común acuerdo, los protegen y procuran ponerlos á la sombra de la Universidad.

•••••

U Fray Luis de León ha pasado cinco años en las cárceles secretas de la Inquisición de Valladolid y ha vuelto de nuevo á Salamanca; pero su cátedra de Durando, de las menores, salió á oposición y la tiene hoy el benedictino fray

García del Castillo. Fray Luis no explica en la Universidad. ¿De dónde han sacado sus biógrafos la célebre frase «decíamos ayer» que ponen en los labios del egregio agustino? Harto abatido y triste se halla el poeta; ha sufrido mucho en estos años. Le sostienen los nervios y «los polvos que para sus pasiones de corazón y sus melancolías» le manda, de cuando en cuando, Ana de Espinosa, monja de Madrigal.

En julio de 1578 vaca la cátedra de Filosofía moral, por muerte del obispo de Segorbe, Francisco Sancho. Esta cátedra es vitalicia. Se oponen á ella Zumel y fray Luis de León. El agustino vive retirado en la quietud y descanso de la granja, propiedad de su convento, sabrosamente divertido el ánimo con la lectura de los autores griegos y los intérpretes bíblicos. El no quiere contiendas ni luchas; pero un sobrino suyo, tesorero de la colegiata de Belmonte, en quien fray Luis tiene puesta su voluntad, le arguye y estrecha para que haga oposición. El sobrino es hombre rico, de los que atesoran en las arcas, y ha venido á Salamanca dispuesto á que la cátedra de Filosofía moral sea para su tío. Conoce de antemano los secretos y resortes de estas campañas. Ha tenido sus inteligencias con los *catedreros* y con los estudiantes gastando largo en convites y regalos. Con unos y otros ha hecho grandes dispendios. A los catedreros y á los estudiantes se los tiene ganados. Fray Luis cuenta ya con la mayoría de los votos. El sobrino no se contenta con esto, y busca ardides y mañas para sacar triunfante á su tío. Les está prohibido á los opositores, so pena de inhabilidad, entenderse con los escolares; no pueden hablar con ellos. Los opositores han de estar recogidos en sus celdas, ajenos de cuanto ocurre en su derredor. Los estatutos y consuetas de la Universidad son severos y rígidos.

Miguel de la Cruz es un estudiante, paisano de Zumel, amigo íntimo del sobrino de fray Luis. Miguel está agradecidísimo al tesorero; lo colma de obsequios; lo lleva y lo trae; le presta dinero. ¿Qué no le pedirá el sobrino de fray Luis al estudiante que si está en su mano, no se lo conceda? Por eso esta mañana se ha presentado en la iglesia del colegio de la Vera Cruz y ha solicitado del lego sacristán hablar urgentemente con Zumel. Y lo ha conseguido. Pocas, muy pocas palabras han cruzado Miguel y fray Francisco, las suficientes para que los jueces declaren su inhabilitación.

Ha ganado la cátedra el maestro León. Fray Francisco Zumel no le guarda rencor; sigue siendo su confidente, su amigo leal. Ya vendrá otra oposición. Ahora el mercedario tiene tiempo sobrado para preparar los escolios y comentarios. «In primam secundae S. Thomae Aquinatis», donde tienen puestos los ojos y el corazón, obispos, teólogos, canonistas, juristas y los letrados de la España monacal.

HUGO MORENO



VERITAS



## Suavidad y aroma

Todas las cualidades que puede tener un excelente jabón de tocador las posee el Heno de Pravia. Tiene, además, una cualidad inimitable: su perfume. Un perfume fresco, natural, especialmente grato. Es el olor que promete lo que realmente este jabón da al cutis: frescura de juventud y suavidad de terciopelo.



# JABÓN HENO DE PRAVIA

PASTILLA

1,25

PERFUMERIA  
**GAL**  
MADRID  
BUENOS AIRES  
LONDON  
NEW-YORK



## UN PANTEÓN DE LA CIENCIA

## Las maravillas médico-históricas del Wellcome Museum

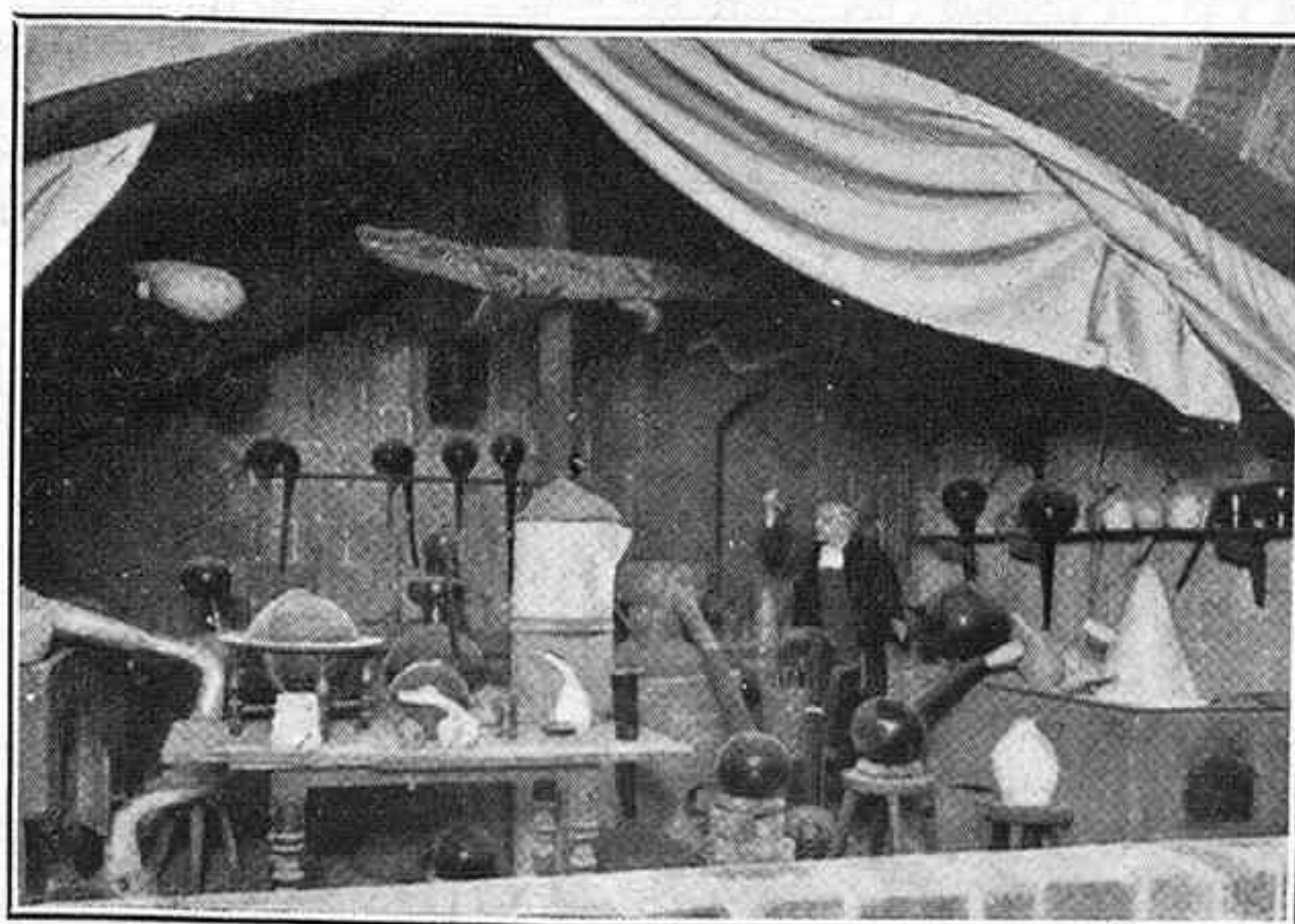
ESTAMOS en Londres. La monstruosa urbe enloquece con su tráfico inverosímil. Movimiento por todas partes. Ansiamos un rincón apacible donde esconder nuestro aturdimiento fugitivo. Y este remanso de agradable sedación lo encontramos en un severo edificio de Wigmore Street, rodeado de suntuosas residencias.

Es el Wellcome Historical Medical Museum, amplio y confortable panteón donde yace el pasado de la Ciencia Médica. Algo extraordinario que en los países latinos cuesta trabajo comprender. No porque en estos países se carezca de afición al estudio de la historia científica—que la hay muy grande—, sino porque el fundador, propietario y sostenedor de este grandioso museo es ajeno a la profesión médica. Se trata de un acaudalado ingeniero químico que ha tenido la paciencia de reunir y catalogar copiosos testimonios de la Medicina antigua, procedentes de todos los pueblos del mundo.

Mister Henry S. Wellcome es un hombre genial, que une a su cultura enciclopédica la fecunda tenacidad británica. Dirige y sostiene a sus expensas un espléndido Instituto de Estudios Tropicales, con un laboratorio flotante sobre el Nilo. Arqueólogo apasionado, es capaz de perforar el globo terráqueo en busca de una costilla fósil. Empeñado en reconstruir la Prehistoria, mantiene un ejército de dos mil obreros, que trabaja en el Sudán, realizando extensas excavaciones, en medio de enojosas penalidades. Con decir que opera en un árido desierto en que el caudal de agua más próximo está a 70 kilómetros, ya puede suponer el lector lo demás. Diariamente llegan al lugar de las excavaciones, por ferrocarril, 45.000 galones de agua para las necesidades de su colonia obrera. Es una empresa ciclópea, fantástica, que recuerda la construcción de la torre de Babel o el templo de Salomón. Y en los treinta años de esta labor inmensa, sólo ha cosechado un esqueleto grandísimo, que pretende ser el hombre fósil, y constituye el orgullo de su perseverante descubridor.

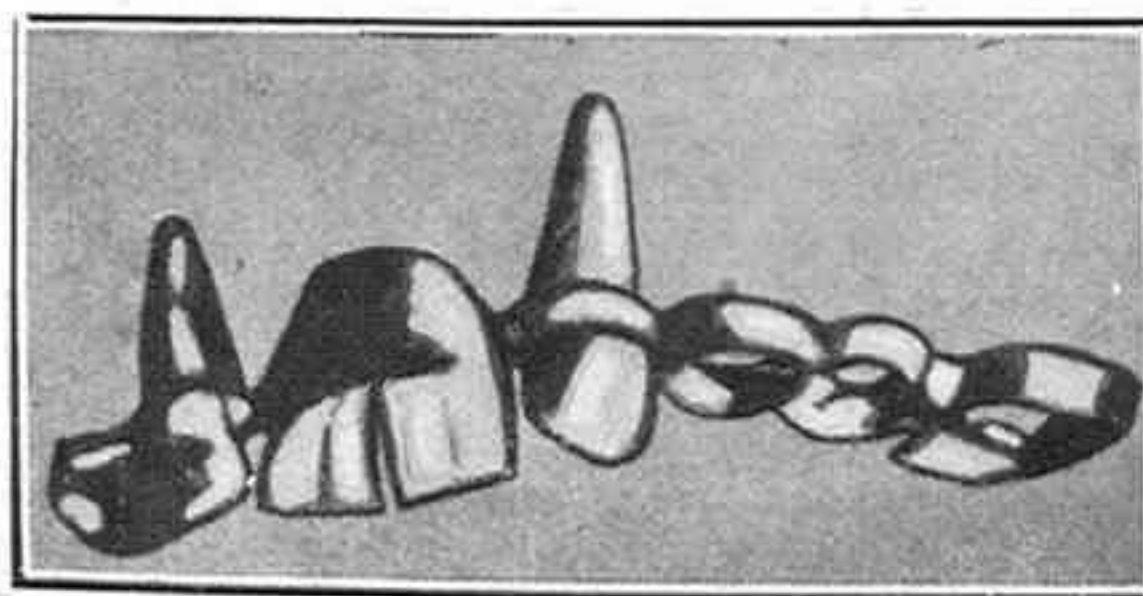
¡Caro esqueleto! Cada hueso de este hombre ignorado y remoto ha costado más oro que cien emperadores.

Imposible describir la colección medicohistó-



En este laboratorio de alquimia, del siglo XVI, examinó el sabio una reacción entre hornillas, retortas y matraces

rica de este museo, con la minuciosidad que requiere, en un trabajo de reducida extensión como el presente. Todo en él es sintético. Por ejemplo: ¿se trata del estudio de la lanceta? Pues se exhibe una copiosa colección de este útil quirúrgico representando su evolución completa a través de los siglos: desde la uña larga y fuerte del dedo índice, utilizada a guisa de tal-



Maxilar superior, con puente dentario de oro, que hace dos mil cuatrocientos años

por las primeras tribus, hasta la más perfecta y práctica de la industria moderna, pasando por las lancetas de cuarzo, hueso, concha, etc. ¿Es el trépano lo que se desea estudiar? Pues en seguida desfila ante los ojos del visitante la evolución de este instrumento, con sus múltiples variedades históricas.

Hay portentosos juegos representando el des-

arrollo de las sierras de amputación, biberones, sillas obstétricas, vendajes, cabestrillos, piezas ortopédicas, microscopios, morteros y botamen de farmacia, indumentaria profesional. La Medicina pretérita se estudia «al natural», es decir, con los utensilios pertenecientes a cada época. Si se trata de conocer la Medicina romana, pasa el visitante a una sala en la que el arte decorativo ha logrado reconstruir, con todos sus detalles, la oficina de un cirujano en Pompeya: to-

dos los instrumentos y muebles son de la época; el cirujano «en persona», vestido *ad hoc*; las ventosas, de bronce, colgadas en el techo ó en el friso; los diversos útiles quirúrgicos, reproducidos de los auténticos que se conservan en el museo de Nápoles. Todo con tal propiedad, que se siente uno trasladado al siglo I de nuestra Era.

Valiosísima es la colección grecorromana, instalada en el centro de la Sala estatuaría; el ejercicio médico, anterior a Hipócrates, se recuerda con una hermosa reproducción de templo griego, sobre el modelo del *Erechtheión*, conteniendo ofrendas votivas de extraordinario interés anatómico y patológico, procedentes de excavaciones practicadas en el templo de Esculapio, de la isla Tiberiana, y del templo de la Maternidad, en Capua.

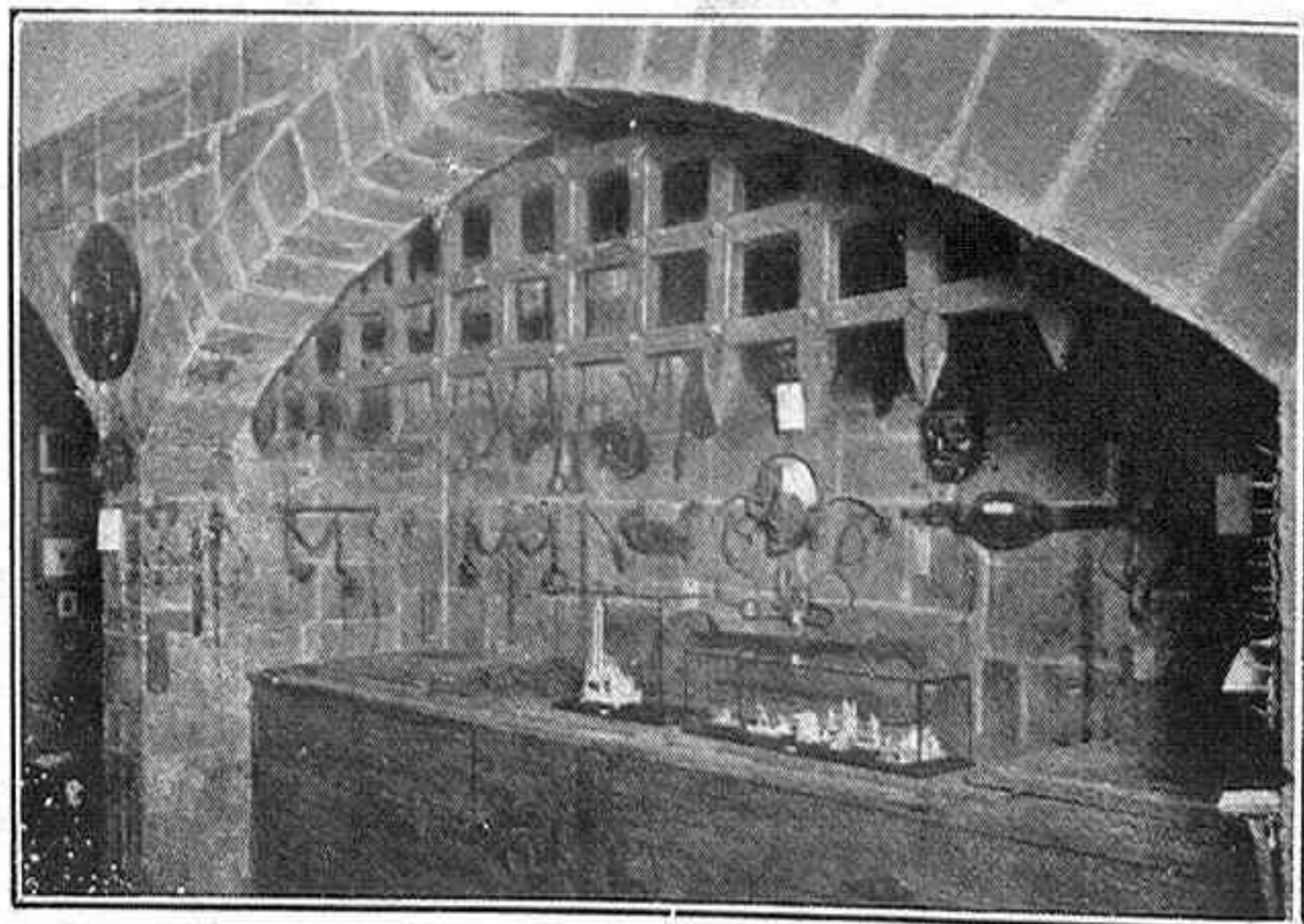
¿Qué provecho reporta a la ciencia este derroche arqueológico?, preguntará el lector.

Contesten los millares de personas cultas que visitan este original museo, cuya existencia ignora la inmensa mayoría de los médicos latinos. La historia sirve, ante todo, para destruir el insensato afán modernizante de nuestra generación, que se cree inventora y descubridora de todo lo útil, sin pensar que todo ha sido inventado y descubierto antes, y que lo que ahora hacemos es, a lo sumo, reformar débilmente lo antiguo.

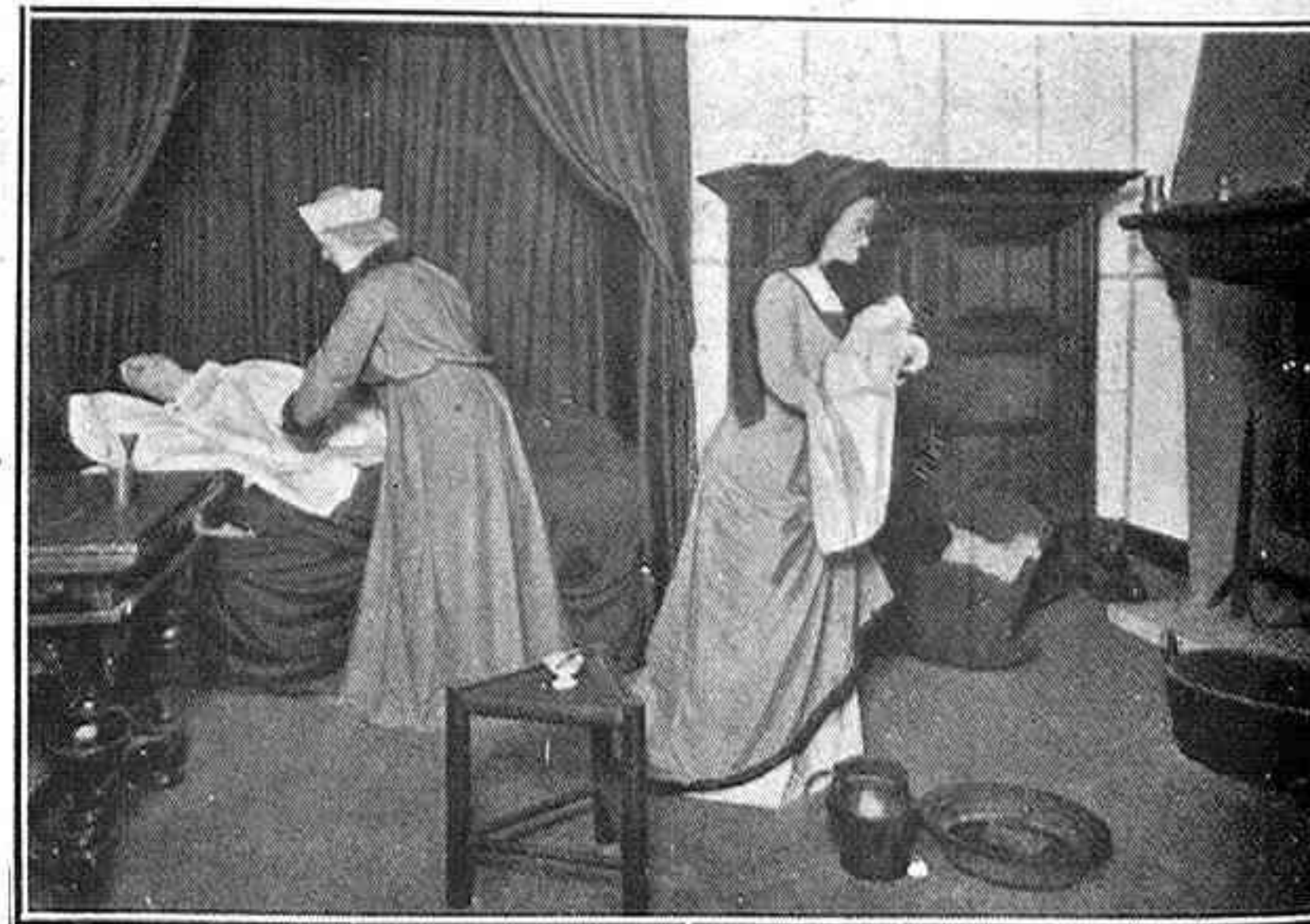
Asombra conocer que hace dos mil cuatrocientos años se construían dentaduras artificiales de oro, ni más ni menos que las actuales, como la hallada en un sepulcro etrusco de Carneto-Tarquiniya, que se conserva en el museo de Gante. Presenta la originalidad de engarzar un diente de caballo, partido por la mitad, para obtener dos incisivos.

La Humanidad siempre ha sido y seguirá siendo la misma, atendiendo primordialmente a mitigar sus dolores físicos. Y la idea directriz que presidió la confección de los instrumentos aliviadores se ha conservado desde su iniciación, según puede comprobarse visitando este museo, que enaltece a su ilustre fundador por la fácil enseñanza que proporciona y la insuperable cultura que difunde.

DOCTOR ALBIÑANA



En el siglo XVIII, los despreciados locos eran «tratados» con los grilletes, cadenas y máscaras que penden de estos muros siniestros



Reconstrucción de una alcoba natalicia del siglo XVI, con el grave doctor vistiendo el traje de la época